Arto Paasilinna

El bosque de los zorros

ANAGRAMA
Colección Compactos

EL BOSQUE DE LOS ZORROS

ARTO PAASILINNA

ANAGRAMA
Colección Compactos

Título de la edición original:
Hirtettyjen kettujen metsä

Edición en formato digital: febrero de 2023

© imagen de cubierta, Pekka Vuori

© de la traducción, Dulce Fernández Anguita, 2005

© Arto Paasilinna, 1983

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2005
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1940-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PRIMERA PARTE

1

En Estocolmo, en una antigua y respetable casa de piedra junto al parque de Humlegárd, vivía gente adinerada, como por ejemplo Oiva Juntunen. Su profesión era la de ladrón.

Oiva Juntunen era más bien flaco, tenía treinta años, había nacido en Vehmersalmi, Finlandia, y estaba soltero. Aunque ya llevaba en el extranjero casi quince años, de vez en cuando, y si venía a cuento, soltaba alguna expresión de su tierra:

—¡Hay que joderse!

Juntunen contemplaba desde su amplio mirador el parque iluminado por el sol de primavera. Los hombres de las brigadas municipales de limpieza barrían sin prisa alguna, haciendo montoncitos con las hojas podridas del otoño anterior; por su parte, un vivaz vientecillo de primavera las esparcía de nuevo por todo el parque. Así los barrenderos no necesitaban preocuparse por quedarse en el paro.

Oiva Juntunen supuso que aquellos currantes de piel morena bien podían ser de Bosnia e incluso un par de ellos turcos o griegos.

Tiempo atrás, cuando aún no era más que un miserable emigrante finlandés, también él se había tenido que familiarizar con los servicios de limpieza de Estocolmo y sus escobas. Durante un par de semanas se había ganado el pan recogiendo residuos de perrito sueco por los parques. Aquellos recuerdos todavía le producían escalofríos. Hubiera sido muy desagradable repetir semejantes experiencias.

Pero en aquel momento no había motivo para temer que nada por el estilo pudiese sucederle.

Oiva Juntunen tenía en su poder treinta y seis kilos de oro. Tres lingotes de doce kilos cada uno. En realidad no le pertenecían, pero no tenía intención de renunciar a ellos, porque les había cobrado un profundo afecto. Sabiendo que un lingote de una onza de oro de ley vale cuatrocientos dólares americanos, se entenderá fácilmente el cariño que Oiva sentía. Una onza pesa 31,2 gramos y si el curso del dólar estaba en ese momento a unas cinco coronas, treinta y seis kilos de oro valían cuatro millones de coronas. Eso sería en dinero finlandés 3,6 millones de marcos.

Cinco años antes, los lingotes habían sido cuatro. Ahora faltaba uno: Oiva Juntunen lo había derrochado llevando una vida lujosa y confortable. Sólo conducía últimos modelos de gran tamaño, bebía vinos de reserva y viajaba en primera clase. Sus sofás y butacones eran de cuero. Andaba sobre moquetas en las que sus pantuflas se hundían al menos dos pulgadas. Dos veces por semana venía una especialista en el tema a limpiar su hermosa vivienda de cinco habitaciones. Se trataba de una cincuentona yugoslava que padecía varices. Si se daba el caso de que Oiva estuviera en casa, le daba a la pobre matrona dos coronas de propina. La respetaba, porque era una vieja muy trabajadora y porque, sorprendentemente, no le robaba demasiado. Y es que, como buen ladrón, Oiva Juntunen valoraba mucho la honestidad.

El oro había pertenecido al Banco Nacional de Noruega y procedía de un robo llevado a cabo cinco años atrás. En aquella época los noruegos acababan de encontrar enormes cantidades de petróleo en su subsuelo y se habían puesto a darse la vida padre. El Banco Nacional tuvo que comprar oro del extranjero para que su sistema monetario no cayese en picado por falta de reservas. Generalmente éste se mandaba traer de Australia o de Sudáfrica y cuando la fiebre del petróleo creció aún más, Noruega llegó a comprar oro incluso a Namibia.

Por aquella época, Oiva vio en Vehmersalmi a un primo suyo que había emigrado a Australia en los años cincuenta. Fueron tranquilamente a la sauna, sudaron y se azotaron sin piedad con ramas de abedul.

—Con lo buen profesional que eres —dijo el primo alabándolo mientras echaba más agua a la estufa de la sauna—, yo que tú dejaría las chapuzas y daría un buen golpe para que no me hiciera falta estar siempre pringando.

El primo tenía una carpintería en Sidney cuyos servicios eran requeridos de vez en cuando por el Estado australiano. El oro que salía de las minas se guardaba en unas sólidas cajas de madera que la empresa del primo se encargaba de armar. En cada caja se metían doscientos kilos de oro en lingotes de doce kilos.

—Yo el oro ni lo huelo, pero sé de buena tinta que lo embarcan en esas cajas, y cualquiera puede enterarse de cuándo zarpan los barcos leyendo el periódico.

—¿Y por qué no mandan el oro por avión? —se interesó Oiva.

El primo alegó que eso era demasiado arriesgado.

—Imagínate que aterrizan para repostar en Calcuta o en Teherán…, los tíos de la aduana tendrían ocasión de meter mano a las cajas del oro. ¿Cuántos lingotes quedarían para cuando el avión aterrizase en el aeropuerto de Oslo? Y encima volar por esas latitudes tiene que dar un poco de canguelo. Dicen que cada cinco vuelos se

produce un secuestro.

El cerebro criminal de Oiva Juntunen se puso a maquinar un plan extraordinario al momento. Acordó con su primo que éste le telegrafiaría en cuanto el siguiente barco zarpase hacia Noruega. Con la fecha de salida y el nombre del navío sería suficiente. De lo demás ya se ocuparía él.

Y así lo hicieron. Un par de meses después llegó a Estocolmo un estimulante telegrama del primo, en el que le informaba del nombre del barco que transportaba el oro, el puerto de destino (Oslo) y la fecha de salida, así como su velocidad aproximada de navegación. Oiva Juntunen calculó la distancia entre Sidney y Oslo, así como la duración del viaje y observó que, dándose un poco de prisa, podía llegar a la fiesta de bienvenida.

Contrató como ayudantes a dos criminales finlandeses. Uno era Heikki Sutinen, un tipo grandullón y un poco simple, antiguo conductor de excavadoras, más conocido por Sutinen «el Leches». El otro era Hemmo Siira, perito mercantil y asesino reincidente, canijo, diabólico e inigualable en crueldad. Oiva les obligó a hacer un pacto de sangre, según el cual tenían que apoderarse de la carga de oro en el puerto mismo, ponerla después a buen recaudo en el bosque y todavía hacer como que luchaban con valentía contra la autoridad, hasta que finalmente fueran detenidos. La mayor parte del oro del botín tenía que ser devuelta a las autoridades, pero no todo, claro. Habría que conseguir distraer unos cincuenta kilos. Al final les caería un pastel que tendrían que pagar dócilmente en el talego… Se les irían unos cuantos años entre rejas, pero serían bien recompensados por ello.

—Un millón de coronas suecas por año —prometió Oiva Juntunen —. O, bueno, digamos que cuando salgáis de la trena dividiremos el botín en tres partes y que cada uno se vaya por donde vino.

Así se acordó, y empezaron a preparar el equipo: metralletas, pasamontañas, un camión y las herramientas necesarias.

Durante la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en Noruega un hecho grotesco, y es que cuando la marina alemana se presentó en Oslo, los noruegos no se enteraron de qué estaba pasando. Los buques de guerra de los nazis y las tropas de desembarco navegaron tranquilamente por los fiordos hasta el interior y las tropas desembarcaron directamente en los muelles. Como esto sucedió a altas horas de la noche, en el cuartel del estado mayor no había nadie, así que los noruegos no pusieron en marcha operación militar alguna. El general al mando de la infantería llamó alarmado al primer ministro y le preguntó qué debía hacer. Éste le ordenó que congregase al estado mayor. Pero a esas horas de la madrugada no se consiguen nunca taxis en Oslo, así que el aguerrido ejército de Noruega tuvo que rendirse a los alemanes.

Algo por el estilo sucedió en el puerto cuando se produjo el gran robo. Cuando el oro fue descargado del barco al muelle, el ex conductor de excavadoras Sutinen dio marcha atrás con su camión y lo aparcó junto a las cajas. El asesino reincidente Hemmo Siira abrió las puertas traseras y se lió a tiros con la metralleta a todo lo largo del muelle, así que no dejó en él a un solo noruego para dar fe de la fechoría. Cargaron el camión, Sutinen corrió a sentarse al volante y Siira se quedó en su puesto en la parte trasera, detrás de las cajas del oro. El pesado vehículo atravesó Oslo volando y después dio un giro, incorporándose a la carretera nacional, en dirección Suecia. Al llegar al campo, Hemmo Siira empezó a lanzar lingotes de oro a un lado del camino. Oportunamente, Oiva Juntunen iba de excursión mochila al hombro por la misma carretera y se dedicó a ir guardando en ella los lingotes. Los coches de policía pasaban sin cesar, y de la lejanía llegaba el traqueteo de las metralletas. Todo iba saliendo a pedir de boca.

Finalmente los policías consiguieron levantar unas barricadas al otro lado de las montañas, del lado de Suecia. Las dos primeras barreras fueron hechas trizas como si de un juego se tratara, hasta que al atravesar la tercera, hecha de alfombras de pinchos, el camión se paró con el radiador echando humo. Tras un tiroteo de compromiso, Siira y Sutinen se rindieron a las autoridades suecas. Los mandaron a Oslo para que los juzgaran. Pidieron clemencia, confesaron todo y les fueron impuestas penas bastante leves. En Noruega sólo sufrieron una condena de tres años y medio. Luego los trasladaron a la prisión de Lángholmen, en Estocolmo, para arreglar cuentas que tenían pendientes por unos pocos delitos menores cometidos en el pasado.

Siira había arrojado los lingotes de oro con tanto descuido, que Oiva Juntunen se las vio y se las deseó para encontrarlos. El primer día sólo recuperó dos lingotes. Al día siguiente del robo descubrió otro. La policía empezó a peinar las zanjas de la carretera y eso entorpeció algo sus pesquisas. El cuarto lingote no lo encontró Oiva hasta dos meses después. Durante dos años la policía noruega siguió hozando con tenacidad en las zanjas y dio todavía con dos lingotes más. Entonces dieron la búsqueda por terminada. En alguna de esas zanjas hay aún con toda probabilidad unos cuantos lingotes del mejor oro de ley australiano.

Oiva tenía por delante muchos años felices y confortables. Mientras Siira, el asesino reincidente, y Sutinen el Leches estaban en el talego, él vivía libre de preocupaciones monetarias en su suntuosa vivienda de Estocolmo. Le mandó a su primo de Australia mil libras y le invitó a que se diese algún día una vuelta por Humlegård.

Una vez por semana iba a la cárcel a visitar a sus compañeros de fechorías. Les llevaba las publicaciones pornográficas más recientes,

cigarrillos, chocolate y galletas de jengibre. A veces, ante la insistencia de Siira y el Leches, aceptaba hacerles llegar a la cárcel algunos tranquilizantes. Cuanto más se prolongaba la condena de los dos hombres, menos se molestaba Oiva en visitarlos. Una o dos veces al mes se pasaba por Lángholmen y en esos casos las visitas además eran cortas: un minuto por colega era más que suficiente. El ambiente de la cárcel, por así decirlo, le repugnaba.

Cada cierto tiempo las autoridades de Noruega y de Suecia hacían registros domiciliarios en casa de Oiva Juntunen. Nunca encontraron nada que tuviese relación con el gran robo del oro. Oiva tenía escondidos los lingotes en su pueblo, Vehmersalmi, bajo un montón de estiércol que había junto a una cabaña en estado de abandono que era de su propiedad. Iba allí un par de veces al año, cavaba un rato y después regresaba a Estocolmo, a continuar con su vida opulenta y descansada.

Pero aquel soleado día de primavera le había llegado una noticia desagradable de la prisión de Lángholmen. Siira, el asesino reincidente, y Sutinen el Leches pronto serían puestos en libertad por buena conducta. Y si los soltaban ya el próximo verano, se presentarían inmediatamente ante él para reclamar su parte del botín.

Durante aquellos lujosos años Oiva se había distanciado poco a poco de sus compañeros de fechorías. Le parecía del todo innecesario repartir con ellos el oro que quedaba. Bueno, había treinta y seis kilos, sí, pero de todas formas. ¿Qué iban a hacer aquellos dos pringados con tanto dinero?

En su opinión, Suecia era demasiado permisiva en lo que se refería al trato de los convictos. A los delincuentes profesionales, como por ejemplo Siira y Sutinen, se los trataba allí con mano demasiado blanda. A semejantes chorizos, reincidentes y sin conciencia, había que encerrarlos de por vida en una institución. Pero, en lugar de eso, daba la impresión de que los iban a soltar.

«Unos mantenidos. En Finlandia sería otra cosa», pensaba Oiva Juntunen con amargura.

2

La conducta de Sutinen el Leches había sido tan modélica en la prisión de Lángholmen, que las autoridades de Suecia le declararon redimido de sus hábitos criminales y merecedor del derecho a la dulce libertad. Se había pasado en total cinco años encarcelado, con lo cual uno se puede imaginar lo feliz y emocionado que estaba al salir de allí. Hacía un hermoso día de primavera y caminaba a paso ligero. Los pájaros cantaban y Sutinen el Leches iba tarareando.

A la felicidad de verse libre se le añadía la seguridad de los doce kilos de oro que le esperaban en el seno de aquella sociedad igualitaria, oro que Oiva Juntunen le entregaría y que él podría derrochar en lo que le viniese en gana.

El Leches había tenido cinco años para planear cómo invertiría su enorme capital. En cinco años, un hombre sensato es capaz de elaborar planes bastante coherentes sobre su futuro y el uso de sus ahorros.

En primer lugar, Sutinen había pensado ponerse a beber. Bebería como una esponja, sin medida y durante muchos meses, uno detrás de otro.

En segundo lugar, Sutinen había decidido ponerse a follar. Conocía en Estocolmo a un grupito de putas que con sumo gusto le echarían una mano en esos menesteres.

En tercer lugar, Sutinen planeaba comprarse un coche nuevo. Tenía que ser grande y rojo, con embellecedores a ambos lados y altavoces en la bandeja trasera. Un turbo con tracción en las cuatro ruedas estaría bien.

Con estos elaborados planes de largo alcance en mente, llegó a la lujosa casa de piedra junto a Humlegård y apretó el botón del telefonillo. El aparato emitió un zumbido, Sutinen dio un respingo y miró a su alrededor: ¿habría algún madero por allí?

—¿Quién es? —preguntó el telefonillo con la voz familiar de Oiva Juntunen.

—¡Oiva, ábreme, que soy Sutinen! ¡Abre, Oiva!

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Tú no tenías que estar pringando en Lángholmen?

—Me han soltao, déjame entrar.

—Te has fugado, seguro. Y hace cinco años quedamos en que os chupabais lo que os cayera y nada de escaparse. ¡A ver si hacemos memoria!

—¡Que no, Oiva, de verdad, que ya he cumplido! ¡Aprieta de una vez ese botón, cojones!

Colgaron el telefonillo con brusquedad. Durante unos instantes no sucedió nada. Finalmente el aparato emitió otro ruidito y Sutinen se coló en el portal.

Oiva condujo al Leches al salón. La habitación estaba amueblada con un par de sofás y butacones de cuero gris azulado. Las paredes estaban decoradas con cuadros de gran tamaño y había una librería de roble de varios metros de largo. En uno de los extremos de la habitación había una cadena estéreo. En el de enfrente, un pequeño bar, y junto a él abría su boca desmesurada una suntuosa chimenea de piedra natural.

—Quítate los zapatos —le ordenó Oiva a su antiguo compañero de fechorías, el cual se quitó apresuradamente sus zapatos de charol modelo «chúpame la punta», de moda cinco años atrás. Al momento, un embriagador aroma a pies envenenó la vivienda—. Anda, vuelve a ponerte tus zapatos —refunfuñó Oiva mientras ponía a todo trapo el aire acondicionado. En un momento, el aparato se tragó la peste a pies de Sutinen emitiendo un suave ronroneo.

Éste estaba sentado en el sofá, boquiabierto. ¡Vaya choza que se había buscado el colega! O sea, que ahora era así la vida fuera del maco… Viendo aquello apetecía lo de empezar a vivir como un hombre libre.

Oiva observaba a su cómplice con mirada escrutadora. Un tipo desagradable. Su charla era estúpida y vulgar. Cómo podría ser de otro modo. La ropa de Sutinen, chupa de cuero y vaqueros, estaba gastada y pasada de moda y decía todo de quien la llevaba. En la muñeca, burdamente tatuada, relucía un reloj de submarinista, aunque el Leches ni siquiera sabía nadar.

Oiva Juntunen suspiró. Menudo bruto le había echado encima la sociedad para que se ocupase de él. ¿Y ése era el comemierda al que tenía que darle un lingote de oro de doce kilos? El pensamiento le pareció grotesco.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó Oiva, aunque adivinaba las intenciones del ex conductor de excavadoras.

Sutinen le explicó atropelladamente todo lo que tenía pensado hacer. Cuanto más se extendía en su historia, más se convencía Oiva de que no había necesidad alguna de darle el oro a aquella acémila, ya que eso sólo acarrearía un aumento de la criminalidad y la

depravación en Suecia. Además existía el peligro de que Sutinen se fuese de la lengua sobre el botín estando borracho y terminase poniéndole a él en un gran aprieto.

Tenía que arreglárselas para poner a aquel tipo… fuera de circulación.

—Vamos, suéltame ya el pedrusco que me las piro —le apremió Sutinen.

¡Qué cachondo! Así por las buenas iba a ponerse a repartir el oro, como si se tratara de invitarle a unas copas. Oiva le explicó en un tono burocrático que, desde luego, no era muy inteligente ponerse en aquel momento a hacer el reparto. Había que esperar un tiempo prudencial, ya que las autoridades le tenían echado el ojo a su casa y, con toda seguridad, le habrían seguido al venir a Humlegárd.

Le dio a Sutinen dos mil coronas como adelanto y le informó de que ya era el momento de marcharse.

—Búscate algún sitio y mañana nos vemos en esa taberna…, como se llame, en Slussen.

—Sí…, en Brenda. Entonces me las piro. No he visto una birra en cinco años. Acuérdate de venir, a las diez. ¡Hala, hasta otra, Oiva! Oye, qué bien esto de vernos después de tanto tiempo…, quiero decir fuera del trullo, ya me entiendes.

Oiva Juntunen se quedó observando a Sutinen mientras éste atravesaba el parque y se perdía de vista tras el edificio de la biblioteca. Le dio un poco de pena, pero al menos el pobre diablo podría disfrutar por un día de la dulce libertad. Eso, en su opinión, era más que suficiente para un tipo como el Leches. Se preparó una copa para animarse y marcó el número de Stickan, un amigo suyo. El tipo pertenecía a los bajos fondos de Esto—colmo, concretamente a las capas más altas.

—¿Qué tal la familia? Me alegro. Oye, ¿podrías organizarme para esta noche una movida? Manda a algún tío a reventar el escaparate de alguna relojería, por ejemplo. Le dices que tenga cuidado de no dejar huellas, sobre todo en la mercancía. Bueno. Luego le ordenas al colega que vaya mañana a las diez al Brenda. Allí estará Sutinen el Leches, el finlandés, ¿lo recuerdas? Aquel que te llevó un camión de mercancía a Helsinki hará unos años. Ocúpate del asunto y que el botín vaya a parar al Sutinen este. Por ejemplo, que tu hombre le cuente que necesita que se lo lleve a algún sitio. Es un viejo truhan, así que aceptará. Y que tu colega le invite a cerveza, porque seguro que estará de resaca.

—¿Adonde quieres ir a parar? —se interesó Stickan.

—Bueno, que se ocupe de que Sutinen vaya con los relojes a algún otro sitio, ya sabes. Y luego llamas a la pasma y que vayan. Nada del

otro mundo, mandar al colega de vuelta al maco, sin más historias.

Stickan entendió todo a la perfección. Preguntó si podía descuidar una parte del botín para pagar a su hombre por ocuparse del asunto.

—Un reloj por aquí, otro por allá…, eso no es asunto mío —le dijo Juntunen—. Por cierto, me gustaría regalaros a ti y a tu mujer unos billetes de avión a Florida. Dicen que en esta época del año el clima no es tan sofocante allí. ¿Qué tal si lo arreglamos así?

Al día siguiente Sutinen el Leches esperaba sentadito en Bren—da con una resaca desgarradora. Se le pegó un ladronzuelo sueco, que le engatusó y le invitó a cerveza. Según contaba, tenía que llevar una bolsa de mercancía calentita a cierta esquina, a eso del mediodía. Nada del otro mundo, pero es que había quedado con un colega…

Sutinen esperó a Oiva en la taberna durante un par de horas, con una bolsa llena de relojes y candelabros de plata robados. Luego se hartó de esperar y se fue a llevar el material al lugar acordado.

Allí tampoco había nadie cuando llegó.

Pero al cabo de un rato, un Volvo gris claro se detuvo a su altura. Dos hombres jóvenes con gabardina se bajaron del coche, le pidieron que les enseñase la bolsa y con un chasquido le esposaron las muñecas tatuadas, lo metieron en el coche y se lo llevaron de allí.

Cuando Stickan llamó a Oiva Juntunen para contarle que lo de Sutinen ya estaba «arreglado», éste suspiró con resignación. Así era la vida. Había hombres a los que la libertad no les sentaba bien y el Leches era justamente uno de ellos.

Pero de Lángholmen llegaron noticias aún más amenazadoras. El asesino reincidente y perito mercantil Siira había enviado su quinta petición de indulto al rey de Suecia. En los bajos fondos se comentaba discretamente que un asesino que se había adaptado a las normas de la prisión con tanta docilidad, bien podía salir libre por fin.

Oiva pensó con nostalgia en los reyes Carlos XII y Gustavo Vasa de Suecia. Si en aquel país quedaran reyes como aquéllos, hubiera sido inútil para Siira pedir clemencia. Hubieran colgado a semejante granuja de la horca sin pensárselo dos veces. Pero ese Carlos Gustavo, un pollo tan joven…, ése sí que era un rey capaz de garabatear su nombre al pie de cualquier papelajo sin leérselo primero.

Oiva conocía bien al asesino reincidente Siira. Tenía en su haber muchos crímenes, unos expiados y otros sin expiar. Era un hombre insensible de aspecto cadavérico, un demonio sin sentimientos que generalmente iba dejando a su paso un rastro de gente apaleada, o incluso sin vida. Con él no se podía actuar con tanta ligereza como con Sutinen. Siira tenía el ojo certero y carecía de compasión y si quería su parte del oro, la obtendría. Por cualquier medio.

Pero si le daba un lingote, sólo le quedarían dos, y… ¿podía estar

seguro de que no le exigiría también la parte de Sutinen? Oiva empezó a pensar que lo más seguro sería dejar también a Siira sin su parte. Lo que los asesinos necesitan es hierro, no oro, concluyó.

Lo mejor era desaparecer de Estocolmo antes de que aquel loco saliese de la cárcel. El perito mercantil había tenido cinco años para urdir un complot contra su ex compinche y él no iba a quedarse para ver lo que en ese tiempo se le hubiera podido ocurrir. Era necesario desaparecer sin dejar rastro, rápida y eficazmente. Florida sonaba bien.

3

Florida decepcionó a Oiva Juntunen. Comparada con la frescura de Estocolmo, aquella costa tropical le pareció sofocante y ruidosa. El pasatiempo más habitual era empinar el codo, porque no había mucho más que hacer. El dinero se iba como succionado por una corriente.

Oiva conoció a unos cuantos golfos finlandeses que habían ido a parar a Florida huyendo de sus travesuras. Lo normal era que aquellos muchachos tuvieran sobre su conciencia algún que otro impago de impuestos, quiebras fraudulentas, desfalcos, sobornos o cosas por el estilo. Unos se dedicaban a los negocios y otros a gastarse el dinero que habían mangado en su país. Estando serenos elogiaban la libertad de la vida americana, pero borrachos se lamentaban con los ojos húmedos a causa de la nostalgia. Un exiliado echa de menos su país, aunque sea un criminal.

Los finlandeses organizaban a menudo eventos etílicos, en los cuales asaban carne de buey en la barbacoa, chapoteaban en la piscina e intercambiaban opiniones sobre los robos y asesinatos que hubieran sido cometidos durante la semana. En aquellos guateques siempre había hombres de negocios de constitución generosa que, morenos y engrasados, daban sorbos a sus whiskies. También había antiguas misses en proceso de descomposición, modelos en proceso de engorde y azafatas de bajos vuelos. Había también algún que otro oficial del ejército, de esos que aún andaban luchando por los bosques de Carelia, o pilotos comerciales a los que les había sido retirado el permiso de vuelo. Y asimismo viudas cotorras que habían conseguido felizmente enterrar a sus maridos —mineros finlandeses— y pasaban los últimos días del otoño de sus vidas rebajando la celulitis de sus traseros y charlando sobre el mísero nivel de vida en la Vieja Patria. Estas fiestas terminaban de madrugada en fatigada lujuria, aderezadas con melancólicas canciones del folklore finlandés. «Ya los árboles reverdecen en los cerros de Carelia» era una de las más apreciadas.

Un tal Jabala, director de algo, natural de Savo y que con anterioridad se había apellidado Jáppilá, le habló a Oiva sobre sus circunstancias. Tenía un barco grande, una casa hermosa y bien situada y dos coches. Tenía una piscina y una parienta —que por

cierto no estaba nada mal— todo el día tumbada junto a ella. El director Jabala era republicano, así que todo tenía que parecerle perfecto. Pero no:

—Cinco años que no veo una empanada de pescado, ¿te lo puedes creer, Oiva? Joder, a veces tengo tantas ganas de comerme unas albóndigas, que me arde la panza. Y las hamburguesas de aquí…, ya me entiendes.

A Jabala también le apenaba no haber visto en años un tranvía de los de verdad.

—Si aún pudiese ir alguna vez en el tranvía número tres, de Kallio a la plaza del Mercado… y allí comprar un salmón de diez kilos y marinarlo con sal, azúcar y eneldo. Aquí sólo hay ese pescado blanco, de océano, y siempre hay que coger el coche. Pero lo que más echo en falta es una sauna de las de humo. ¡Imagínatelo! Del calor tirarte al lago, y luego sentarte a la fresca… ¡Y aquí no se consiguen salchichas de las gordas! Ni una hamburguesa decente y normal; no existe un solo matadero donde sepan hacerlas. Si pudiera pasar en Finlandia aunque fuera una noche, ¡ría a la sauna y me comería un kilo de la salchicha más gorda que encontrase, hasta cruda, demonio, y además me metería en el cuerpo un cubo de cerveza casera.

—Pero si tú tienes sauna —observó Oiva Juntunen.

—¿Y quién se mete en ella, con semejante calorazo? Primero hace bochorno durante semanas enteras, y luego viene por el mar uno de esos tornados espeluznantes. Deja los barcos hechos trizas, manda los tejados a varios kilómetros de distancia y las palmeras… ¡a la piscina con ellas! Si el huracán no destroza la casa, los gángsters rompen las ventanas y se llevan todo lo que haya en ella. De madrugada, mientras duermes en un lado de la casa, te la vacían por el otro, y por la mañana el agente de seguros se cepilla el resto. Yo duermo en el sótano, porque no hay quien se atreva a hacerlo en los cuartos. La única que duerme en su dormitorio es la doncella, pero es que es negra. Imagínatelo, ¡los negros son los únicos que pueden dormir en una cama decente! Y lo más jodido es que aquí no hay invierno ni otoño, como en otras partes. Si uno tiene ganas de esquiar, tiene que irse a Canadá.

—Bueno, pero por lo menos aquí hay mujeres guapas —intentó Oiva.

—Con herpes, no te jode…

Oiva Juntunen le preguntó a Jáppilá por qué vivía allí, si tanto añoraba Finlandia.

—Sólo por dos quiebras y alguna cosilla por el estilo. Y suerte que no se presentan aquí para llevarme a la cárcel. Aquí me quedo, a ver… Y no es que me importe, pero es que cada vez que llega alguien de

Finlandia se le pasa a uno cada cosa por la cabeza… Por cierto, ¿me podrías apañar algo de dinero? Se me quedó en la Vieja Patria. Tú que eres un tío tan legal, podrías meterte a correo. Vuelos, vacaciones…, seguro que funcionaría.

Oiva Juntunen pensaba en sus lingotes de oro. Daba la impresión de que no iba a ser demasiado fácil cruzar el océano con ellos. No podía ayudar a Jabala, pero prometió traerle pescado en conserva, en caso de que volviese.

—Eso dicen todos. También un colega prometió traerme un pan de centeno como Dios manda. La madre que lo parió, me trajo unas rosquillas que no me sirvieron para nada.

Oiva Juntunen se dio cuenta de que en Florida no se hallaba a salvo de las exigencias de Siira, el perito mercantil. En cuanto éste se enterase de que su cómplice se había esfumado, volaría hasta allí sin demora. Si aquél era el lugar donde se juntaban todos los sinvergüenzas, por qué no Siira también.

Cualquier mañana podía presentarse en la terraza de su chalet con un revólver en la zarpa. Entonces tendría que darle muchas explicaciones. Y el muy cerdo le mataría, eso seguro.

Oiva se fue a Nueva York pensando en quedarse allí a vivir. Siira no le encontraría nunca en aquella gran ciudad.

Pero antes de que tuviese tiempo de instalarse en un hotel, ya le habían robado. A mediodía, en medio de la calle, en medio de la gente. Los gángsters le quitaron su dinero y menos mal que no le pegaron un tiro. Al marcharse, uno de ellos le arrancó de un tirón la corbata de seda. Al menos le dejaron el pasaporte y la mayor parte de la ropa.

Un tipo al que han dejado limpio no es una criatura especialmente digna de admiración en una ciudad de millones de habitantes. Oiva fue al consulado de Suecia, donde le atendieron con reparos.

—Chusma finlandesa —dijeron los funcionarios suecos moviendo resignados la cabeza. Entonces pidió ayuda en el consulado de Finlandia. Le dieron un billete de avión, pero no para Estocolmo, donde residía, sino para Helsinki, ya que era ciudadano finlandés.

—Pues menos mal que no pide usted dinero para ir a Rusia —dijeron los funcionarios—. Vaya a la Seguridad Social cuando llegue y solicite allí ayuda monetaria para viajar a Estocolmo. Aquí sólo nos ocupamos de los trayectos largos.

¿Estaban mandándole a una ventanilla de la Seguridad Social? ¿A él, el hombre que tenía treinta y seis kilos de oro de veinticuatro quilates bajo un montón de estiércol en la provincia de Savo? Grotesco, pero ¿es que acaso la burocracia ha tenido alguna vez sentido común?

En el avión decidió que no volvería más a América. En el mundo tenía que haber sitios más seguros para un ladrón.

Nada más llegar a Helsinki Oiva llamó a su amigo Stickan, el cual le hizo llegar dinero. Recibido el envío urgente, alquiló un coche magnífico y se dirigió hacia su granja abandonada de Vehmersalmi. Allí le esperaban una pala oxidada y el montón de mierda más caro del mundo.

Como hijo pródigo que regresa al hogar, se detuvo en lo alto del sendero que llevaba a su casa a contemplar los campos cubiertos de maleza. Pensó que, después de todo, su país era hermoso. ¡Qué encantador era el susurro del viento estival en el viejo serbal! El tejado del establo se arqueaba de manera conmovedora, en la cubierta del pozo crecía una suave capa de musgo. Los escalones de la cabaña estaban casi podridos y la puerta colgaba de sus goznes medio abierta, como invitando al viajero a entrar.

Pero Oiva no entró en la cabaña, sino que dirigió su mirada hacia la parte trasera del establo, al montículo de estiércol en el que crecían salvajes ortigas y tréboles. Qué hermoso se alzaba el montón junto a la valla de madera que el tiempo había envejecido… ¡Allí había sustancia, fuerza vital! ¡Allí había oro! Aquél era el escondite del tesoro de Oiva Juntunen, su ingeniosa caja fuerte. Pero en cuanto el despreocupado rey de Suecia otorgase el indulto al asesino reincidente y perito mercantil Siira y éste fuese liberado, saldría pitando a husmear por los paisajes de Vehmersalmi. De eso no cabía duda, y por lo tanto había que trasladar el oro a un lugar seguro.

Oiva entró de un empujón en la caseta gris, donde una segadora oxidada le saludó con familiaridad. Cuántos veranos había cortado con ella el heno su difunto padre con el caballo, Rusko, enganchado al tiro… En un rincón estaba todavía la piedra de afilar, con su superficie milagrosamente bien conservada. Oiva la hizo girar varias veces con la mano. Todavía se podría afilar en ella el cuchillo de matarife, pensó conmovido.

Salió de la caseta pala en mano y se plantó en el estercolero. Las ortigas le picaban en los tobillos a través de los calcetines, pero le daba igual, sólo le importaba su querido estiércol.

Había que calcular tres metros y medio desde la esquina del establo y la otra coordenada estaba a poco menos de dos metros de la trampilla del estiércol. Oiva clavó la pala en el dorado punto imaginario donde ambas líneas se cruzaban. Era como dar la primera vuelta a la ruedecita de una caja fuerte, al primer número de la combinación.

Al parecer lo había enterrado bastante hondo. Tras cavar una hora, tenía un hoyo de un metro de ancho por medio de profundidad, pero los lingotes no aparecían. Sudoroso y con los zapatos de vestir llenos

de mierda, salió de su agujero. Una nube descomunal de moscardas siguió al buscador de oro hasta un lado del estercolero. Oiva se puso a fumar y se secó el sudor de la frente.

—Joder…—dijo irritado.

Tras fumarse el cigarrillo volvió al trabajo. El mundo no da de comer a los vagos. Midió de nuevo las coordenadas, esta vez haciendo un cálculo más amplio y siguió cavando tenazmente durante una hora. Resultó una fosa enorme, pero al fin tanto trabajo tuvo su recompensa. La pala sonó contra los lingotes de oro uno detrás de otro. Oiva los llevó al patio, sacó agua del pozo con la bomba y los lavó.

Allí, tirados sobre la hierba del patio, había tres brillantes lingotes de oro fino de doce kilos cada uno, con su sello del Banco Nacional de Australia. Oiva Juntunen acarició el noble metal. Las manos le sudaban, el corazón le latía desbocado. Nunca aceptaría compartir aquel botín con el perito mercantil, por muy asesino y muy reincidente que éste fuese. Antes lo escondería en el desierto, lejos, en Laponia, pero a Siira no le daría ni una onza.

Su antiguo vecino iba por el prado en el tractor. Oiva escondió rápidamente el oro en el maletero del coche, que cerró cuidadosamente con llave. Después saludó al viejo con la mano y éste se acercó sorprendido.

—¡Pero bueno! ¡Si es Oiva! ¿Te has venido desde Suecia a pasar las vacaciones? —El granjero se quedó observándole un momento—. Pero ¡si tienes los zapatos llenos de mierda! Anda, que voy a calentar la sauna y si quieres te quedas a dormir en casa.

—Es que me he metido en el estercolero a buscar gusanos. Por si esta tarde me iba a pescar.

Más tarde, cuando volvió de su pesca, Oiva se dio una buena sauna, nadó en el lago y se puso a charlar con el viejo.

—Oiva, hay que ver lo bien que te debe ir por ahí por Suecia, vaya ropa de señorito y vaya cochazo…

—Bueno, no me las apaño mal.

—Y tu primo, allá en Sitnéi, parece que también le va muy bien. Dice que es un jefazo de no sé qué. Estuvo aquí la semana pasada y no veas lo bien que habló de aquello. Me dio recuerdos para ti y dice que vayas. Dijo que le llamaras, que él te recogería en el aeropuerto.

Por la mañana Oiva se despidió del vecino. Se subió al coche y puso rumbo al norte. ¿Y si se fuese a Laponia? Si escondiese allí el dinero, seguro que Siira no encontraría el botín, aunque se pasara el resto de su vida escarbando en los páramos.

Se podía quedar a vivir allí de ermitaño y vigilar de paso el oro.

Pernoctó en Rovaniemi. Por la mañana se compró un equipo de

excursionista y algunos víveres y fue a vender algo de oro a la joyería Kyander. Partió un hermoso trozo de uno de los lingotes, lo envolvió en papel higiénico y se encaminó a hablar con el joyero.

Kyander, que tenía experiencia en la compraventa de pepitas de oro de los yacimientos de Laponia, se dio cuenta al momento de que se trataba de oro fino de veinticuatro quilates.

—Pesémoslo —dijo con la lente aún en el ojo.

El oro pesaba algo más de cuatro onzas y le pagó por él once mil cuatrocientos marcos al contado. Kyander no se interesó lo más mínimo por la procedencia del oro.

Cuando tuvo todo listo, Oiva Juntunen continuó su viaje rumbo al norte. Eligió la carretera que llevaba al noroeste, condujo hasta Kittilá, dejó atrás largas columnas de soldados en Sirkka y Tepasto y llegó por fin a Pulju, un minúsculo pueblo del páramo, en medio de una extensa zona de pantanos. Decidió dejar allí el coche y adentrarse en el bosque. Luchó con la mochila para poder echársela a la espalda y se encaminó hacia el oeste con su pesada carga.

Oiva se tambaleó bajo el peso del oro durante un día y medio, adentrándose más y más en el páramo. Cuanto más avanzaba, más seguro se sentía: las garras del asesino múltiple Siira nunca alcanzarían hasta allí para apropiarse de él.

Pero al final se le acabaron las fuerzas. Escondió el oro junto a una loma de arena, en un pedregal de la edad de hielo de varias áreas de extensión. Apartando varias piedras de gran tamaño y amontonándolas, hizo una pequeña gruta donde metió los tres lingotes. Antes de tapar el escondite, se inclinó ante ellos y besó el fresco y noble metal.

Agotado, encendió un cigarrillo y se dio cuenta de que se había perdido. Mejor que mejor. Si él no sabía dónde estaba, nadie lo sabría. El oro estaba mejor guardado que nunca. Había sido extraído de alguna mina del norte de Australia y ahora estaba allí, en el norte de Finlandia. Oiva Juntunen se sentó feliz a fumarse el cigarrillo en las piedras bajo las cuales yacían los lingotes.

4

Con la cara congestionada, el comandante Sulo Armas Remes estaba sentado en su oficina de jefe de batallón. Tras las poderosas costillas, su gran corazón latía con fuerza, pero fatigado. La cabeza le temblaba y en su estómago hervían ácidos amarillentos. Con todo, la cabeza no le dolía, porque el comandante Remes tenía una de esas cabezas que nunca duelen, jamás, aunque se la partieran en dos. De tan dura que la tenía, nunca había usado casco, ni siquiera durante las maniobras de artillería pesada con fuego real.

El comandante Remes estaba con una resaca del demonio. Solía tenerla todas las mañanas a esa hora. Remes era oficial del ejército en activo, tenía cuarenta años y era grande, vocinglero y borrachuzo. Un auténtico cerdo.

El comandante guardaba una pistola cargada en el cajón superior de su escritorio, donde también tenía una botella de aguardiente de naranja. En los demás cajones había programas de entrenamiento para infantería y algunos catálogos de inventario, ya amarillentos.

Remes abrió bruscamente el cajón y cogió su arma reglamentaria. Con la mirada inyectada en sangre observó el brillo azulado del arma, sintió en sus dedos ásperos el frío metal, le quitó el seguro y la cargó. Por un momento acarició el gatillo, entonces cerró los ojos, se metió el cañón en la boca y lo succionó un rato como si se tratara de un chupete.

Sin embargo no disparó el arma, aunque poco faltó. De repente la muerte dejó de hacerle babear, así que le puso el seguro al arma y la volvió a meter en el cajón. A continuación sacó la botella de aguardiente.

El comandante miró el reloj. Eran algo más de las diez. ¿Y si le echase un traguito al aguardiente, aunque fuese aún un poco temprano?

El tapón produjo un chirrido familiar al abrir la botella. ¿Podía echarse ese traguito?, pensaba el comandante. Se llevó la botella a la boca, el velo del paladar se abrió, la nuez se movió y el vil aguardiente le bajó gorgoteando por la tráquea hasta el estómago, donde los ácidos entraron en ruidoso combate contra el invasor.

El comandante cerró los ojos. Pues sí que entraba fuerte la cosa. Las manos le temblaban, el corazón se le encabritó en el pecho y de su frente brotó un espeso sudor. Las tripas empezaron a rebelarse, se levantó de sopetón de la silla y salió corriendo hacia el váter. Vomitó todo lo que tenía en el estómago, se lavó los dientes, hizo gárgaras, se palpó el corazón y se secó los ojos llorosos, que ardían en su desdichada cabeza como dos bolas inyectadas en sangre. Luego hizo un par de movimientos gimnásticos, brazos arriba y abajo, una flexión suave… y otra vez a darle al aguardiente.

El siguiente trago ya sí que lo aguantó. El pesado galope del corazón se le aplacó enseguida. El sudor dejó de brotarle tan abundante y apestoso como un momento antes. Remes se atusó su pelo oscuro y basto y le echó otro trago rápido a la botella antes de guardarla.

—Bueno, pues ya estamos por esta vez.

El comandante se puso a rebuscar entre un montón de papeles, mapas y listados. Estaba al cargo de un batallón, pero, realmente, ¿cuántas cosas eran dignas de atención en aquel lugar? Los mandos de la brigada le habían encomendado la organización de unas maniobras de gran envergadura en Lapo—nía. Vaya lata. En dichas maniobras tomarían parte la brigada y algunas tropas de las demás unidades de la región militar.

Remes se había formado en el cuerpo de ingenieros y era oficial, pero allí estaba al frente de un mísero batallón de destripaterrones en una guarnición periférica. El puesto adecuado para él habría sido la unidad de destacamento de algún batallón de ingenieros, o mejor aún, el estado mayor. Quién sabe por qué motivo había terminado yendo a parar tras un insignificante escritorio.

Sin mucho interés, el comandante se puso a localizar en un mapa las zonas para las futuras maniobras. Puntos de reunión, trayectorias de ataque, transportes de las tropas, puestos de avituallamiento…, un trabajo tan rutinario y tedioso que cualquier teniente o capitán hubiera podido salir airoso de él. Pero el coronel le había dado a él aquella tarea de oficinista. Humillante, si uno se paraba a pensarlo. A veces le daban ganas de partirle la cara de un guantazo al coronel Hanninen.

El comandante contempló su mano apretada formando un puño, una de esas mazas que se disparaban a la mínima. Con aquel puño le había dado lo suyo a algún que otro tipo. Cada vez que Remes se emborrachaba, se le formaba automáticamente en la mano aquel ceporro de huesos.

Le ordenó al soldado que hacía las veces de escribiente que se presentase en su despacho. El cabo primero le hizo el saludo con dejadez. A Remes le dieron ganas de retorcerle la nariz, pero eso era

algo que no estaba permitido en las fuerzas armadas. Le dio al muchacho un billete arrugado de diez marcos y le ordenó:

—Cabo primero, corra a la cantina y tráigame un par de botellas de algún refresco con gas. Tengo algo de ardor.

—A sus órdenes, mi comandante. Siempre está con ardores —respondió el amanuense y salió pitando.

Jodido imberbe, pensó el comandante Remes. ¿Quién demonios me manda darle explicaciones? Como si un jefe no pudiera beber limonada en su horario de trabajo, ¡ni que fuese contra las ordenanzas!

Al momento llegó el escribiente con los refrescos y el comandante lo echó con cajas destempladas. Luego se sirvió aguardiente en el vaso de enjuagarse los dientes y lo rebajó con limonada. Hubiera estado mejor con un poco de hielo, pero así también entraba.

—Se puede aguantar, aunque no esté bueno. En cualquier caso, algo ayuda.

Sonó el teléfono. Su mujer, coño.

—Oye, Sulo. Tenemos que hablar. Nuestro matrimonio ya no tiene sentido.

—No me llames aquí, que tengo trabajo.

—Ya no lo aguanto más. De verdad, Sulo. Yo no soy una histérica, pero es que te has vuelto tan insoportable que cualquier día voy a perder lo poco que me queda de paciencia.

Siempre era igual, quejas y exigencias. Y, sin embargo, el comandante Remes se consideraba un marido relativamente comprensivo. Y qué si últimamente se había visto obligado a soltarle algún que otro sopapo a la tía. ¿No castiga el oso a sus cachorros para que aprendan?, entonces, ¿por qué no él? Además, Remes no tenía nada en contra de que su mujer se divorciase de él. Por suerte las hijas, dos, ya eran adultas. Mujeres jóvenes, una casada y la otra a punto de casarse. Dos putones…, en fin, culpa de la madre, que las había mimado en exceso.

—Ya hablaremos esta noche. Tengo trabajo, entiéndelo, Irmeli. Adiós.

Colgó el teléfono. Irmeli… Había llovido mucho desde el día que se casó con una chica que se llamaba así. Eso fue durante el segundo año en la escuela de cadetes. Irmeli había sido una mujer guapa. Todos los oficiales tenían mujeres guapas, la culpa era del uniforme azul. Los cadetes son graciosos y decididos como herrerillos, y las chicas se enamoraban de ellos con tanta ingenuidad… A Remes le sucedió lo mismo. Luego aquellas muchachas se convertían en las señoras de los oficiales, primero en mujeres de alférez, después de teniente primero, esposas de capitán y, por fin, esposas de comandante. Con el paso del

tiempo los maridos se iban volviendo cada vez más irritables y al mismo ritmo crecía la histeria de sus esposas. Como el ascenso del marido no llegase a tiempo, éstas empezaban a avergonzarse. Son las esposas quienes mantienen la jerarquía en las fuerzas armadas de Finlandia. Las coronelas envidian a las generalas y las capitanas miran con rencor a las parientas de los comandantes.

Remes sabía que ni siquiera llegaría a ser teniente coronel, por no hablar de conseguir los tres galones de coronel. Eso era muy duro para su mujer. Cuando era joven, él se había imaginado que ascendería hasta comandante general…; entonces la idea le había parecido incluso natural, pero ya no. Ahora la cuestión era si podía al menos mantenerse en su puesto sin caerse del carro, llegar siquiera con honor a la jubilación. El jefe de la brigada le acababa de hacer una advertencia personal. Verbalmente.

«Escúcheme bien, comandante. Su comportamiento violento no está en consonancia con los deberes educativos de las fuerzas armadas. Tómelo como la advertencia de un padre. Usted ya me entiende.»

Eso era lo que el coronel le había dicho. De ahí a la patada en el culo no había mucho trecho y eso bien lo sabía Remes.

Sonó el teléfono. El coronel Hanninen preguntando por el programa para las maniobras: ¿cómo que aún no tenía nada listo?

Cuando terminó la conversación, se sirvió un buen trago de aguardiente. Una de la botellas de limonada estaba ya vacía. Qué deprimente era la vida. Y tampoco le apetecía irse de vacaciones, porque no tenía dinero.

El comandante Sulo Armas Remes pensó que si por él fuera, la Tercera Guerra Mundial podía estallar ya mismo. ¡Hala! Una guerra sería la solución a sus problemas. Los misiles volarían de un continente a otro y entonces empezaría una matanza a nivel mundial. Todo eso le ¡ría de perlas. Al estallar la guerra le destinarían al frente, al mando de un batallón de ingenieros…; llenarían el terreno de obstáculos y trampas, sembrarían caminos y bosques de minas, construirían puentes, líneas de ataque… ¡El mundo ardería! Y entonces nadie preguntaría si el comandante Remes empinaba el codo o no. La guerra haría cenizas todas las estúpidas humillaciones que había sufrido durante la paz. Él tenía claro que era un soldado, un hombre cruel que no temía a nada. La paz le había destruido.

Pero, por desgracia, esa mañana tampoco estalló la Tercera Guerra Mundial. Remes se obligó a sí mismo a concentrarse en la organización de las maniobras. Su letra era vacilante y amplió las líneas de ataque más de lo normal. Pero dónde, sino en Laponia, había sitio más que suficiente para que aquellos niñatos corriesen a gusto.

Remes pensó en solicitar una excedencia sin sueldo. Si pudiese

pasar un año lejos de aquel agujero inmundo, de aquel batallón de mierda. Podría ir a la escuela técnica superior a hacer algún curso, por ejemplo, y sacar algún título. Seguro que aún era capaz de estudiar, aunque lo de escribir fuese una jodienda. No acertaba ni a la de tres en la máquina: los índices se le metían entre las varillas cada vez que pulsaba una tecla. El comandante le arreó un puñetazo a la máquina de escribir y la cara asustada del escribiente asomó al instante por la puerta.

5

El comandante Sulo Armas Remes se terminó el aguardiente y a continuación tomó una decisión marcial:

—Me largo.

Llamó al jefe de brigada y solicitó la excedencia. Por un año. Para continuar sus estudios prácticos en la escuela técnica superior. Como comandante de ingenieros necesitaba conocimientos técnicos generales en aquellos tiempos de veloz desarrollo. Además, se trataba de la seguridad de Finlandia. Si el cuerpo de ingenieros se quedaba al margen de la modernidad, ¿qué sería de Finlandia en la próxima guerra?

El coronel Hanninen se puso muy contento. ¿Es que por fin aquel borrachín había vuelto a su juicio y se iba a regenerar?

—Apoyo tu decisión. Pero primero te ocupas de las maniobras, luego te puedes marchar.

—Oye, gracias, mi coronel.

—Pero no recibirás tu sueldo durante la excedencia, ¿eh?

—No estoy pidiendo limosna —dijo el comandante, y colgó el teléfono. Ahora se sentía en plenas facultades. Tenía un gran cambio a la vista y por su parte aquel costroso batallón podía irse a freír espárragos a la prisión militar.

Remes operó con eficiencia. Redactó rápidamente los planes para las maniobras, se los entregó al amanuense para que los pasase a limpio y después se puso a organizar sus asuntos familiares. A Irmeli, su mujer, que tenía la costumbre de aporrear el piano de cola heredado de una tía abuela, le dijo:

—Lo vendemos y te vas de viaje a España, por ejemplo. Parte del dinero se lo damos a las niñas. Ya hablaremos después de las maniobras.

Por el piano les dieron catorce mil marcos. La señora Remes se fue a España sin pérdida de tiempo y el comandante se concentró en acabar los planes de las maniobras y en empinar el codo con eficiencia.

Llegó el mes de julio, caliente y belicoso. El batallón fue transportado a unos vagones de carga del ferrocarril. Se le añadió al

tren un vagón de pasajeros para los oficiales y la comitiva salió traqueteando hacia el norte. En el tren, Remes bebía y cantaba. «Esta es la lucha final», tronaba con voz potente, impidiendo que nadie en el vagón pudiera pegar ojo en toda la noche.

Cuando llegaron a Rovaniemi por la mañana, el batallón se trasladó a los camiones. El comandante Remes se arrastró como pudo hasta un todoterreno de doble tracción cuyo chófer era el cabo primero Sántála. El chaval recibió orden de dirigirse en primer lugar a la licorería de Rovaniemi. Allí cargaron medio coche de botellas de aguardiente de naranja y volvieron a subirse al cacharro, poniendo rumbo al norte.

Se había determinado como zona de maniobras los páramos deshabitados al este del cerro de Pallas. Los planes de guerra originales del comandante Remes habían sido modificados en bastantes aspectos, pero su composición básica se había conservado y eso era lo importante. Según dichos planes, había tres unidades combatientes y no dos, como era lo habitual en las guerras. Había azules y amarillos y, además, verdes. Los azules eran finlandeses, los amarillos, rusos, y los verdes, aliados de Occidente. El batallón de Remes era el azul, o sea, el finlandés. El distintivo de las tropas verdes era el casco, los amarillos llevaban un gorro y los azules, o sea, los finlandeses, llevaban un ros, todos del color correspondiente.

La situación inicial del plan de Remes era como sigue: las tropas del Pacto de Varsovia y las de la OTAN entraban en combate en suelo finlandés con sus armas habituales, con la consiguiente intervención de las tropas nacionales, cuyo objetivo era echar a los atacantes y hacer que se largasen por donde habían venido. Se trataba, en fin, de una guerra de todos contra todos. El propósito de las maniobras era el de aclarar cómo se podían llevar a cabo en la práctica y con éxito operaciones militares trilaterales en Laponia. Para tantos contrincantes se precisaban vastas zonas de operaciones, y los páramos del este de Pallas eran lo más adecuado a dicho objetivo.

El comandante Remes fue en el todoterreno hasta Pulju, un pueblecito situado a doscientos cincuenta kilómetros de Rovaniemi. Ése era el punto de concentración de las tropas y allí se dispuso el puesto de mando de las maniobras. Remes se encontraba allí a disgusto, porque sabía de la llegada inminente de toda una bandada de tenientes coroneles, unos cuantos coroneles y dos generales, y estando de maniobras no era muy adecuado pasearse bebido ante los ojos de aquellos cabrones. Sin embargo, delante de sus subordinados se permitía echar algún que otro trago, siempre y cuando no cayera al suelo borracho perdido mientras daba alguna orden.

Así que le ordenó al cabo primero Sántálá que fuese por el camino forestal hasta Siettelóselká, a ocho kilómetros al oeste de Pulju y allí

mandó disponer el puesto de mando de su batallón. Levantaron la tienda a un lado de una pequeña loma de arena y a dos reclutas se les asignó la misión de matar a los mosquitos que se hubiesen metido en su interior. Luego extendieron por el suelo colchonetas de gomaespuma a modo de camas. Junto a la cama del comandante fueron colocados el teléfono de campaña y la mesa de los mapas. Éste se entretuvo dándole al aguardiente de naranja, así que se quedó inconsciente a una hora bastante temprana de la tarde. Ollinkyró, el capitán a cargo de la compañía, despertó a su jefe a eso de las ocho de la mañana.

—¡A sus órdenes, mi comandante! Según las informaciones, una división de las tropas amarillas está penetrando desde el cerro de Pulju. Al mismo tiempo las tropas verdes están avanzando desde el oeste, con el propósito de salir al encuentro de los amarillos en la colina de Pokku, de Vitsikkokaski. Por tanto es de esperar que se produzca un choque de gran envergadura, teniendo en cuenta que ambas partes tienen a su disposición una gran cantidad de tropas especializadas en la lucha a campo abierto.

—¡Y a mí qué coño me importa! —bramó el comandante, resacoso.

—La misión de nuestra unidad es seguir la marcha de los acontecimientos y cortar la retirada a los perdedores para que las tropas vencedoras puedan aniquilarlos tranquilamente. Luego nuestro batallón atacará a los vencedores, ya debilitados por la lucha. Según el programa, eso será pasado mañana. En mi opinión, la confrontación final durará bastantes días. Se producirá en el triángulo que forman la colina de Pokku de Vitsikkokaski por el sur, Vuossiselká por el oeste y la colina de Kuopsu por el este. Es posible que el enemigo intente una retirada por el este, en dirección al cerro de Pulju o por detrás de él, o que el otro enemigo atraviese por Salankiselá hacia el oeste, a Raattama, y desde allí por la red de caminos forestales hasta Muonio.

El comandante Remes pensó que se podían desviar las maniobras hasta Pallas durante el fin de semana sin problema alguno. Podría ir al hotel del cerro de Pallas a comerse un estofado de reno y echarse unos tragos de aguardiente de vodka. Pero todo estaba tan caro en aquellos tiempos… Si se tratara de una guerra de verdad, no necesitaría preocuparse por el dinero. Podría presentarse en el hotel, comer, beber, bañarse en la sauna hasta hartarse y saldar la cuenta a punta de metralleta.

Un par de cazas Draken pasaron rugiendo por encima de la tienda de mando y los jefes corrieron a meterse en los refugios. El comandante Remes aprovechó la ocasión para echar su primer trago de la mañana de una botella de aguardiente de naranja que sacó de debajo del colchón. Cuando cesó la alarma ya se sentía mejor.

—Que el batallón esté agrupado para el ataque hoy y mañana —

ordenó—. Y que el destacamento de ingenieros construya pontones sobre los dos ríos de Sietteló. La mayor parte del batallón se asentará en la zona de Kiimatieva, en Pulju, donde excavaremos los refugios y nos prepararemos para atacar. El batallón hará reconocimientos en dirección nordeste y oeste, noche y día.

Los pontones sobre ambos ríos de Sietteló fueron construidos esa misma tarde. El comandante hizo que le llevaran a la colina de Kuopsu, adonde mandó trasladar la compañía de ametralladoras del batallón y el destacamento de ingenieros para que despejasen las líneas de ataque. Los transportes se dejaron hasta nueva orden en la zona de Kiimatieva, en Pulju.

De vez en cuando un par de cazas o algún helicóptero solitario sobrevolaban la zona. Del este llegaba esporádicamente el estruendo de la artillería pesada. Por lo demás, el ambiente era de una paz adormecedora, casi soporífera. El comandante Remes estaba echado en su tienda pegándole traguitos a su aguardiente. No hay quien aguante la guerra estando sobrio, filosofaba.

Según una llamada recibida en el puesto de mando, de Pulju iban a llegar un general, unos cuantos agregados militares y un par de coroneles para inspeccionar las actividades del batallón de vanguardia.

Remes se ocultó tras la colina de Kuopsu, huyendo de la quema, y su ordenanza recibió orden de informarle en cuanto los jefazos se hubieran marchado.

En la ladera norte de Kuopsu había una gran cabaña de leñadores hecha de troncos, de las que en otro tiempo se usaban para albergar a los trabajadores de las explotaciones forestales. El comandante inspeccionó el viejo edificio. Se imaginó lo agradable que sería pasar allí el resto del verano, tumbado a la bartola. Por un momento pensó en la posibilidad de trasladar el puesto de mando a la cabaña, pero por razones estratégicas le pareció más recomendable alojarse lo más lejos posible del peligro.

El ordenanza vino a comunicarle que los jefazos ya se habían marchado, así que el comandante ya podía volver tambaleándose a su base. Irritado, se puso a beber aguardiente de naranja. Que vinieran a meter las narices de aquella manera en el trabajo de un militar de carrera… Tomó la decisión de atacar sin demora. ¡Y lo mismo le daba a quién! ¡Se acabó estar haciendo el vago y escondiéndose!

El comandante repartió órdenes a los oficiales. Cada compañía y cada grupo recibió claras instrucciones sobre sus objetivos. La mayor parte del batallón tenía que prepararse inmediatamente para un ataque de gran envergadura en dirección a Vuossijánka. Agarrarían a los verdes por el cogote y los echarían del norte y más tarde harían lo mismo con los amarillos.

—¡Así que, a ponerse las pilas!

El capitán Ollinkyró intentó oponerse. Lo justificó diciendo que no podían empezar las operaciones con un día de adelanto sobre los planes. El comandante rugió:

—¡Yo soy quien está al mando de este batallón! ¡Usted hará lo que yo le diga o le cae un consejo de guerra, capitán! ¡Por Satanás, que lo mando ejecutar si no obedece las órdenes!

El capitán Ollinkyró pensó que si diera parte de las borracheras del comandante, pondría a éste en serias dificultades. Pero como era una bestia parda, probablemente le machacaría la cabeza a golpes antes de que le diera tiempo a hacerlo… Ollinkyró conocía la fama de Remes. Así que el capitán decidió obedecer a su jefe, tal y como siempre se ha hecho y se seguirá haciendo en las fuerzas armadas de Finlandia.

Mil hombres se prepararon para la lucha. Se desmontaron las tiendas, los transportes se pusieron en movimiento, los reclutas iban cargados hasta las cejas. Millones de mosquitos seguían al batallón, que se había concentrado para el ataque.

Por la tarde localizaron en Vuossiselká a los soldados de casco verde de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

—¡A darles caña! —rugió el comandante Remes.

Se lió un ataque fuera de lo normal, una lucha desaforada en la cual las tropas de la OTAN fueron machacadas de mala manera en plena siesta, en medio de un caos devastador. Las tiendas fueron derribadas a patadas, se disparaban balas de fogueo sin ton ni son. Quinientos soldados fueron dados por muertos, mientras que el resto correteaba sin rumbo por los bosques intentando averiguar el paradero de su pelotón.

Entusiasmado por su éxito, Remes decidió extender el ataque hacia el este, donde se encontraba la retaguardia de los amarillos. Yendo por la colina de Potsurais, se internaron ya de madrugada en Juha-Vainaan Maa, donde los rusos se hallaban vigilantes en sus puestos, tiesos como velas. La pesada marcha a través de las ciénagas había mermado las fuerzas de la tropa, principalmente porque los caballos de tiro se resistían a internarse por los terrenos más blandos, obligando a los hombres a utilizar la fuerza para animarlos a moverse por el cieno, acosados por los mosquitos, hacia Juha-Vainaan Maa, donde esperaban los rusos.

Los amarillos pensaron que quienes les atacaban eran los verdes, que era lo convenido sobre el papel. Cuando se dieron cuenta de que los recién llegados eran los azules, la situación se les fue totalmente de las manos. Gritando como posesos, el comandante Remes y los suyos marcharon sobre las posiciones de los amarillos, provocando de nuevo un desbarajuste total. De haberse tratado de una batalla real, los

caídos se hubiesen contado por miles, los cuervos de Laponia se habrían dado el banquete más suculento del siglo y los muertos hubiesen sido llorados hasta Vladivostok.

El comandante Remes provocó en los páramos un caos nunca visto. Las unidades que participaban en las maniobras se mezclaron entre sí con tal desatino, que por los bosques vagaban verdaderas manadas del tamaño de compañías enteras de hombres desesperados, azules, verdes y amarillos. Había muertos hambrientos y cansados, prisioneros y despistados que habían terminado por unirse a aquella Santa Compaña. Las conexiones telefónicas no funcionaban y por la radio de campaña era imposible oír nada que tuviese un mínimo de sentido, aparte de la avalancha de maldiciones procedentes del cuartel general de Pulju, desde donde los mandos intentaban enterarse de qué demonios estaba pasando. Los únicos que se comportaban con coherencia eran los caballos, que intentaban sacar los carretones de los cenagales para que aquel ejército de locos no acabara muriendo de inanición.

La marcha triunfal resultó aplastante. Los azules habían ganado todas las posiciones de ambos enemigos, dispersando sus tropas y aniquilándolos. Los invasores pagaron con creces el haberse atrevido a ocupar la vieja tierra finlandesa. Un guerrero del bosque nunca perdona, sino que se venga sin piedad, sin importarle lo más mínimo la superioridad del enemigo.

Hubo solamente un hombre que no aceptó rendirse al batallón de infantería del comandante Remes. Se trataba de un civil que había sido hallado en la colina de Potsurais, en la cabecera del río Kuopsuoja, cerca del lago Potsurais.

El ordenanza le contó al comandante que el tipo en cuestión debía de tener unos treinta años, iba equipado como un excursionista y estaba acampado en la ladera de una loma de arena. Allí había un pedregal de un par de áreas de extensión y allí era donde debía asentarse la unidad de artillería pesada del batallón: por eso habían invitado al hombre a que se retirase del lugar. Éste se había irritado muchísimo ante semejantes exigencias y se había negado rotundamente a obedecer. Cuando el mando del grupo intentó ocupar el pedregal haciendo uso de la fuerza, el hombre sacó un puñal y amenazó con matar a todo aquel que se atreviera a ponerle la mano encima. No contento con esto, el hombre les había lanzado piedras del tamaño de puños a los hombres del mortero. El mando dedujo entonces que se trataba de un loco y ordenó a sus soldados que se alejaran de allí y buscasen otro emplazamiento.

Remes marcó en su mapa el lugar en el que se encontraba tan valeroso civil. Decidió darse una vuelta por allí en cuanto acabasen las maniobras y empezase su excedencia.

Las maniobras duraron dos días más de lo previsto en el programa, porque miles de hombres se habían extraviado en el campo de batalla y costó gran trabajo reunirlos. Llegado el momento de la valoración final, no se ahorraron las palabras de crítica, pero cuando los agregados militares extranjeros empezaron a alabar con tanto entusiasmo la capacidad de lucha de los azules, o sea, de los finlandeses, se decidió correr un tupido velo y archivar la cuestión como enseñanza y ejemplo de lo que no había que volver a repetir. El comandante general Suulasvuo, jefe de las maniobras, fue invitado por la academia militar de Francia para dar unas conferencias al otoño siguiente. Se le pidió una descripción con todo lujo de detalles de los métodos de lucha mediante los cuales los soldados finlandeses habían sido capaces de derrotar en Laponia a enemigos tan superiores en número. Un batallón finlandés había eliminado en dos días de lucha tanto a las fuerzas del Pacto de Varsovia, como a las tropas de la OTAN. Semejante arte para la guerra no se había vuelto a ver en Europa desde 1939, cuando la batalla de Raate, en Suomussalmi.

SEGUNDA PARTE

6

Oiva Juntunen se mantuvo firme. Una división pesada del ejército había intentado arrebatarle la cima del pedregal para ponerse a hacer disparos de fogueo con un mortero desde una de sus laderas. Pero no lo consintió. En el pedregal había demasiado oro como para dejar que lo encontrasen unos reclutas estúpidos. Hasta que no sacó el puñal no se convencieron de que la cosa iba en serio.

Estuvo sentado tres días con sus noches vigilando el pedregal. Al terminar las maniobras militares los soldados se fueron con su mortero por donde habían venido. Por primera vez en muchos días pudo dormir con tranquilidad junto a su pequeña hoguera.

Entonces se le acabaron el pan y las salchichas. De lo que no andaba falto en cambio era de contratiempos. Estaba perdido, exhausto y los mosquitos no cesaban de mortificarlo. A veces temía estar volviéndose loco. Pero no podía dejar el oro allí tirado, tenía que vigilarlo, aunque se dejase la vida en ello.

En ese momento el comandante Remes se dirigía a la colina de Kuopsu, rumbo al campamento de Oiva Juntunen. Había marcado el emplazamiento en su mapa: «Campamento del Loco». Estaba ya de excedencia y con una resaca monumental, pero por lo demás muy satisfecho. Tenía por delante un año libre y ya vería con el tiempo en qué lo iba a gastar. Ahora no tenía prisa por ir a ninguna parte.

El comandante Remes anduvo primero hacia el norte de la colina de Kuopsu, dejó atrás Juha Vainaan-Maa y se dirigió hacia el noroeste, en dirección a la colina de Potsurais. Tras una caminata de cinco kilómetros, llegó al Campamento del Loco.

Oiva Juntunen dormía junto a la hoguera apagada y tenía la cara cubierta de mosquitos. Parecía hallarse en una situación absolutamente lastimosa.

Remes dejó su mochila en el suelo y se puso a encender el fuego. Era por la tarde y se notaba el fresco. La madrugada podía volverse muy fría, así que decidió construir un cobertizo de ramas de abeto. Pero primero había que hacer café y comer algo de carne de lata con galletas de centeno. Un trago de aguardiente de naranja no hubiera estado mal, pero ya no le quedaba ninguna botella.

Se dio cuenta de que el loco no era realmente un explorador. Iba equipado, sí, pero por la manera en que había hecho el fuego se veía que no tenía ni la más rudimentaria idea de supervivencia. Aparentaba más bien ser un chico de buena familia, aunque desde luego tenía que tener agallas para habérselas apañado él solito con una compañía entera de artillería pesada. El comandante era de los que daban importancia a ese tipo de detalles.

Al avivarse la hoguera, el durmiente se despertó. Remes lo saludó, pero éste no pareció muy dispuesto a entablar amistad, porque se levantó de un salto y se alejó del pedregal. Desde su posición le miró con gesto fiero, y sacó el puñal.

—Soy el comandante Remes. Aquí hay café, si quiere.

Oiva estaba confundido, extenuado, mejor dicho. ¿Qué pintaba allí un comandante? ¿Sería un secuaz de Siira? Decidió luchar hasta el final por sus lingotes de oro.

Remes se dio cuenta de que el tipo estaba fuera de sí. Parecía realmente un loco. Tal vez se había extraviado en el páramo, estaba hambriento y eso le había hecho perder la razón. Le dio pena de aquel pobre excursionista. Flaco, viniendo de una ciudad… Vaya, había que dar de comer al pobre diablo, a ver si se recuperaba.

El comandante sirvió café en una taza, le puso azúcar y abrió una lata de carne de medio kilo, untó una galleta de pan de centeno con una buena capa de mantequilla y le puso encima unos trozos generosos de carne. Luego partió una tableta de chocolate en pedazos y lo dispuso todo sobre una piedra. Hizo gestos invitándolo a comer y se alejó de la hoguera.

Oiva se dio cuenta de que sus intenciones no debían de ser malas, ya que lo estaba invitando a comer, y se decidió a acercarse, aunque mantuvo en todo momento el puñal a la vista, por si al oficial se le ocurría atacar.

Mientras Oiva comía, Remes se construyó un pequeño cobertizo a unos veinte metros del fuego. Le hablaba de manera tranquilizadora a su camarada el loco, el cual se comía con apetito su pan y su carne y hasta se tomaba el café. Todo, menos contestarle. En cuanto tuvo el estómago lleno se retiró de nuevo al pedregal, donde se tumbó y se durmió enseguida. El comandante pensó que era mejor dejar al loco roncar, y que ya hablarían más por la mañana.

Oiva Juntunen se despertó muy temprano, fresco y con la cabeza clara. El sueño y la comida le habían devuelto a su estado normal. Se puso enseguida a urdir alguna historia que le sirviese de coartada, para contársela al comandante cuando éste despertase. Bajo ninguna circunstancia quería que se supiese cuál era su verdadero nombre, ni ningún otro dato sobre sí mismo.

En cualquier caso, no podía permitir que aquel comandante se fuese del páramo. Había aprendido la lección: solo nunca sobreviviría ni podría volver a la civilización.

Preparó café, se tomó una taza, fue al manantial a lavarse la cara y luego despertó al comandante.

—Despiértese, comandante…, hay café, si quiere.

Mientras Remes se tomaba el café, le preguntó dónde estaban. El comandante le enseñó la situación del campamento en el mapa. El pueblo más cercano, al este, era Pulju, a unos quince kilómetros de donde estaban. Al oeste había aún más páramos. Había dos leguas hasta Raattamaa. Estaban en la frontera de Kittilá y Enontekió, concretamente del lado de Kittilá.

Antes de empezar a contarle mentiras, Oiva se disculpó por su comportamiento del día anterior.

—Ayer estaba algo fatigado…, perdido y un poquitín nervioso.

—Esos chavales, los artilleros, debieron molestarte lo suyo, ¿no? —le preguntó Remes mientras sorbía su café—. Lo sé porque me lo contaron. Por eso vine.

—¡Cómo que lo suyo! Me puse nervioso cuando aparecieron en el campamento con un mortero. Tú debes de ser veterano, a que sí.

—Sí, oficial de carrera, sí. Pero disfruto de una excedencia por un año. De vez en cuando uno tiene que tomar distancia de la rutina profesional, no sé si me explico. ¡Sólo los muertos se quedan en casa, ja!

Oiva Juntunen le comprendía muy bien. Si pensaba en Humlegárd y en el asesino múltiple Siira, la exclamación del comandante era aplastante.

Había llegado el momento de empezar a soltar unas cuantas trolas.

—Soy Asikainen, funcionario —se presentó— Bibliotecario. Trabajo en la Universidad de Helsinki.

—Bueno, ¿y qué es lo que ha traído hasta aquí a este bibliotecario? —se extrañó Remes—. Aquí no es que haya muchos libros.

—En realidad he venido en busca de inspiración ecológica. Estoy muy interesado en todo aquello que tenga relación con la protección del medio ambiente.

La verdad es que el medio ambiente era algo que nunca había interesado especialmente a Oiva, pero pensó que aquel corpulento comandante estaría todavía menos enterado que él y por lo tanto era posible que su coartada resultase creíble.

—Una tía mía ha muerto…, me ha dejado una pequeña herencia y pensé que por una vez tendría la ocasión de pensar sólo en mí y venir a pasar algún tiempo aquí, en Laponia.

Que Oiva Juntunen pensaba en sí mismo era una verdad como la

copa de un pino, pero también pensaba en el ex conductor de excavadora Sutinen, en el perito mercantil Siira y en toda la policía de los países nórdicos. Todos ellos le habían obligado a refugiarse en aquellos páramos. Una tía muerta no era nada al lado de un Siira vivo.

Empezó a animarse. Le habló al comandante de su situación familiar: era soltero. En eso no mentía. Dijo que era de Helsinki, eso sí que era mentira, y que trabajaba como bibliotecario, lo cual era la madre de todas las mentiras. Todo lo que siguió era pura trola: que desde su niñez había recogido y coleccionado todo tipo de plantas silvestres, cuidado acuarios, observado con prismáticos a los pájaros e investigado las huellas dejadas por los mamíferos.

Los únicos mamíferos por los que Oiva Juntunen se había interesado en toda su vida eran las mujeres.

—Tengo mi propio telescopio y en casa una biblioteca de más de mil volúmenes, exigua todavía… Formo parte del movimiento para la defensa del medio ambiente. En Finlandia no habría que construir tantas centrales hidroeléctricas. ¡Hay que dejar que los rápidos fluyan en libertad!

Oiva habló extensamente sobre la catástrofe ecológica que se estaba avecinando.

—Pues sí que tienes preocupaciones para ser un hombre tan joven —observó el comandante.

—Cuando esta primavera mi tía murió de una piedra en el riñón, decidí venirme a Laponia para completar mi colección de líquenes —se embaló Oiva.

—¿Y cuántas clases hay? —se interesó el comandante— Yo sólo me acuerdo de tres: el musgo corriente, el que se usa para aislar las paredes y el liquen de toda la vida.

Oiva se puso a la defensiva.

—Clases, lo que se dice clases, hay unas veinte. O sea, hablamos sólo de líquenes. Los musgos y los líquenes que crecen en la corteza de los árboles son caso aparte y los hongos también. Concretamente mi especialidad son los líquenes.

—Ah, vaya… La verdad es que en la academia militar no nos dieron muchas lecciones sobre el tema.

—En los últimos años se ha producido un cambio alarmante en la atmósfera terrestre —continuó Oiva para alejarse de la flora hacia áreas más generales del conocimiento—. Enormes cantidades de dióxido de carbono han alcanzado las capas más altas de la atmósfera, y eso es a causa del ozono. Luego eso se vuelve a mezclar en la atmósfera con los desodorantes que las mujeres se echan en los sobacos. Contienen gas de ese que se expande.

Y la industria pesada que funciona a base de carbón, ésa también

tiene la culpa. ¡Y las talas de árboles en las selvas del Amazonas! Para el 2050 se va a acabar la clorofila, si la humanidad no vuelve a su juicio.

—De todas formas, siguen haciendo falta tablas y tablones —observó el comandante.

—Y existe otro peligro, aquí en el norte. Cuando la atmósfera se ensucia demasiado, el sol empieza a calentar aún más. Los humos hacen que el aire expuesto al sol se caliente. La consecuencia es que los glaciares del polo se derriten y el agua va a parar a los mares. Cuando se derrita Groenlandia, el nivel del Atlántico va a subir tres metros, y si se derrite el continente sur, entonces el nivel del océano Pacífico subirá seis metros. Eso produciría inundaciones de cuatro metros y medio en todos los mares del mundo. Te darás cuenta de lo que esto va a significar.

—Que se van a quedar los embarcaderos debajo del agua —dijo el comandante—, y habrá que dar más dinero de los presupuestos de defensa a la marina. Y a los del ejército de tierra nos van a dejar a dos velas.

—¡Habrá que volver a construir todos los puertos del mundo! Las desembocaduras de los ríos se desbordarán e inundarán todo, tierra adentro. Pori se hundirá bajo el mar. ¿Y qué será de la India y Bangladesh? Cientos de millones de seres humanos se ahogarán. En fin, que lo de la protección del medio ambiente no es ninguna tontería —dijo ardientemente Oiva Juntunen. Él mismo estaba sorprendido de la cantidad de conocimientos sobre el tema que se le habían ido pegando. Claro que los periódicos suecos hablaban cada día sobre ello y en la televisión aparecían las mismas historias cada noche.

—Vaya, eres un hombre con verdaderas inquietudes, hay que reconocerlo —dijo el comandante.

—Pero no soy ningún fanático. ¡Nada más lejos de mí! Al contrario, he participado en muchas manifestaciones pacíficas cuyo objetivo ha sido exigir a la humanidad un poco más de sensatez.

Para ser sinceros, Oiva Juntunen sólo había participado en su vida en una manifestación y fue en Kakola, la prisión central de Turkku, en el año 1969. Los presos, con él a la cabeza, empezaron a golpear al unísono platos y tazas, montando un escándalo del demonio. El objetivo de la manifestación era conseguir que se incluyeran más tropezones en la sopa de los internos.

—Bueno, ¿y cómo habías pensado vivir aquí? —quiso saber el comandante. Como soldado y hombre práctico que era, se había dado cuenta de que el bibliotecario no reunía las condiciones que una estancia prolongada en tierra de líquenes requería.

—Ése es justamente mi problema…, había pensado contratar a

algún lapón de la zona para que me hiciera de guía. Alguno tiene que haber, ¿no? Podría cazar para mí y tal vez construir también un refugio. Como tengo el dinero que me dejó mi tía al morir… He oído decir que aquí en el norte hay mucho parado deseoso de trabajar.

El comandante Remes pensó en lo mal preparado que estaba el pobre chaval para investigar sus líquenes. Sin embargo, no le dijo nada sobre las sospechas que sus planes despertaban en él. El hombre tenía dinero, eso estaba claro. Era menester permanecer a su lado… El comandante pensaba en su propia vida, que era una auténtica ruina desde el punto de vista económico. Su mujer estaría gastándose el dinero del piano de cola en España, cosa que por otra parte estaba bien, porque la mantenía lejos de su vista. Las hijas hacían vida por su cuenta y la menor de ellas tal vez estuviera a punto de prometerse… Ya no tenía casa, ni sueldo fijo, ni nadie que le lavase los pantalones de campaña. Y ante él tenía a aquel inocente chaval de buena familia, un bibliotecario sabelotodo, a cuyas expensas tal vez su vida estancada en alcohol se abriera paso hacia nuevas fronteras.

¿Y si lo atracara? ¿Y si le aplastara la cabeza de un puñetazo y arrojase su cadáver a un barranco, o lo arrojase a las profundidades insondables del lago Potsurais? Nadie echaría de menos a aquel bobo, en aquel lugar tan alejado de los ojos de Dios y la policía.

El comandante contempló sus puños ennegrecidos por el hollín de la hoguera. Sólo con descargarle a Asikainen un golpe en la sien solucionaría el asunto. Con aquellos puños había machacado cráneos más resistentes y siempre había funcionado. A veces hasta demasiado bien.

—¿Quieres café? —le preguntó Oiva Juntunen amablemente.

El comandante Remes metió el puño en el bolsillo y le ofreció su taza con la otra mano.

«Mejor que viva», pensó. «Al menos por el momento.»

7

Oiva Juntunen pensó que sería una suerte poder contratar al comandante para que le ayudara. La vida de guerrillero a la que el oficial estaba acostumbrado y sus conocimientos le hacían imprescindible en aquel páramo. Esta idea le parecía algo loca, pero decidió averiguar más sobre el tipo. Así que se pegó a Remes y empezó a hacerle todo tipo de preguntas.

Al comandante le resultaba extraño, pero agradable al mismo tiempo, que alguien se interesase por él. Eso no le había pasado en años. En realidad, nadie se había preocupado nunca de preguntarle por sus cosas. Ni su mujer, ni sus hijas, ni sus camaradas oficiales, ni recluta alguno. Era tan agradable poder charlar al fin, contar cosas sobre sí mismo sentado junto a la hoguera, en la oscuridad. Qué importaba si quien le escuchaba era un tipo rarito, un funcionario de bibliotecas llamado Asikainen. Los bibliotecarios también eran personas.

El comandante le contó que había hecho su carrera de militar como era lo habitual, ascendiendo poco a poco desde el grado de subteniente. Le habían concedido dos condecoraciones, una por méritos deportivos y otra en tiro. (Esto último era mentira, pero ¿es que todo tenía que ser verdad?)

—Después estuve en la escuela de cadetes. Allí pasé tres años durante los cuales, por cierto, fui el mejor de mi promoción. —(El vigésimo, que tampoco estaba tan mal)—. Por cierto, Asikainen, ¿dónde hiciste tú el servicio militar? No serás uno de esos objetares de conciencia…, aunque te hayas dedicado a los líquenes.

Oiva pensó que era más inteligente decir la verdad:

—En la brigada de Savo. Pero sólo fui soldado en una compañía de infantería ligera.

El comandante siguió con su historia. Era el momento de agregarle unos cuantos méritos militares, ya que el chaval no estaba muy enterado de los asuntos de los oficiales.

—Me casé durante la época de la academia militar. Después, cuando me ascendieron a teniente, serví algún tiempo como jefe de tropa, pero pronto me dieron mi propia compañía y ocupé una

vacante de teniente primero. Luego estuve un año en los cursos de capitán, nació mi hija mayor…, tengo dos hijas ya adultas. De ahí pasé rápidamente a la academia superior del ejército donde, por cierto, estudié francés y ruso, que en este momento son lenguas más importantes, militarmente hablando, que el alemán o el inglés. También estudié medio año en Francia, en la academia militar. Cuando salí de allí, trabajé como profesor en la academia superior. Eso me condujo hasta el estado mayor, pero también me he dedicado a cuestiones internacionales. Estuve al mando de las tropas finlandesas de la ONU en Chipre y Suez, y últimamente he estado con el general Siilasvuo organizando en el Sinaí las negociaciones de paz entre Egipto e Israel…; he sido, por así decirlo, su mano derecha.

Todo aquello era una absoluta patraña. A Remes lo habían destinado a una unidad en cuanto acabó la academia y en su vida había puesto un pie en Francia ni en el Sinaí. Pero le coló el cuento a Oiva, el cual le preguntó interesadísimo:

—¿De verdad que estuviste en las negociaciones de paz del desierto, en un momento histórico tan importante?

—Pues claro, allí mismo. Marcamos un hito en la ONU. Es que la labor de un soldado es la de proteger la paz, —dijo humildemente el comandante—. También fui invitado a El Golán, y ahora también al Líbano, pero ya no me sentía obligado a ir. Soy de los que opinan que hay que sacar partido de las experiencias internacionales para Finlandia. Un oficial con experiencia a nivel mundial tiene que compartir conocimientos con sus compañeros de armas, porque de lo contrario se pierde el saber que uno adquiere, se vuelve obsoleto y ya no es de provecho para la patria. Cuando volví me hicieron jefe de brigada. Una responsabilidad tremenda para un comandante tan joven, ¿qué te parece? —(Remes no había mandado en toda su vida nada más que un pelotón, pero eso ya lo sabemos)—. No es de buenos soldados quedarse estancado, por muy excepcional que sea el puesto que uno tenga. Ahora me he tomado un año sabático porque tengo planeado licenciarme en la escuela técnica superior. Tal vez hasta me doctore. El desarrollo del cuerpo de ingenieros exige que los soldados tengamos una buena formación técnica en estos tiempos. Ya no se trata de trabajar de maestro de obras, como antes.

Oiva se puso en guardia. No era sólo un soldado lo que tenía frente a él: también era un hombre de ciencia. Tal vez había sido un inconsciente al exagerar tanto sus supuestas funciones como bibliotecario de la universidad.

Pero el comandante no sospechaba nada.

—Me han dado la excedencia justamente por haber organizado y dirigido estas últimas maniobras. Un premio… ¡Ya ves, normalmente es imposible conseguir una excedencia en las fuerzas armadas, pero a

mí me soltaron un año entero con sólo descolgar el teléfono! —(Pensar que había sucedido de esa forma le hacía sentirse estupendamente y le restaba importancia al hecho de que la excedencia fuera gracias al aguardiente.)

Oiva le preguntó qué hacía entonces en aquel páramo, en vez de estar en Helsinki redactando su tesina de licenciatura, por ejemplo.

El mayor se puso a pensar febrilmente en la respuesta adecuada. Él tampoco tenía muy claro qué hacía allí, agazapado junto a una hoguera con un funcionario de biblioteca. Entonces se le ocurrió algo:

—Bueno…, es que ahora he decidido tomarme unas vacaciones. Ya tendré tiempo para estudios e investigaciones más tarde, durante el invierno. Ahora estoy recuperando fuerzas. —Contempló el fuego por un momento—. Además, ya ves, hay ciertas circunstancias económicas que me limitan —se atrevió a decir—. No tengo dinero y a esta edad ya no me conceden ningún crédito para pagarme los estudios. A veces he pensado que debería probar a buscar oro aquí, en Laponia. En estos últimos tiempos muchos lo han encontrado.

A Oiva le cruzó por el pensamiento una idea en forma de relámpago. ¿Oro? ¿Acaso el abotargado comandante sabía algo?

Remes se dio cuenta de su reacción inquieta. Lo achacó a que tal vez también en el corazón de aquel bibliotecario tan formalito palpitase la fiebre del oro. ¿Y si le estaba tomando el pelo? Tal vez había venido hasta allí para buscar oro siguiendo alguna pista segura, aunque dijese haberlo hecho para recoger muestras de líquenes. Los viejos yacimientos del río Lemmenjoki se hallaban cerca de donde estaban, hacia el nordeste. A lo mejor en aquel lugar había también algún yacimiento geológico de importancia.

Observó a su camarada inquisitivamente y le pareció que estaba inquieto. Conque para buscar líquenes…, y una mierda… ¡Aunque qué más daba! Estaba dispuesto a colaborar con él, porque el asunto le parecía rentable. Y si encima el tipo estaba forrado, pues mejor aún.

—Parece que te interesa lo de buscar oro —dijo el comandante tanteándolo con astucia.

Oiva Juntunen intentaba pensar a toda velocidad. ¿Por qué le haría el comandante esos comentarios sobre el oro? Un momento antes estaban hablando de la academia militar…, ¿cómo habían ido a parar a aquello, de repente? ¿Sabría Remes acaso que él tenía más oro del que un hombre robusto podría cargarse a la espalda? ¿Se estaría metiendo sin saberlo en una trampa a punto de cerrarse? ¿Conocería Remes al demonio de Siira?

Oiva Juntunen se obligó a sí mismo a serenarse.

—Mira, Remes, los líquenes son el centro de mi existencia, pero lo de buscar oro tampoco es que me parezca mal.

El comandante decidió no apretarle más los tornillos. Para empezar sería mejor ponerse a hablar otra vez de asuntos menos incómodos.

—Por cierto, en los años treinta mi padre cambió el apellido sueco de la familia por otro finlandés. No soy un Remes, originalmente.

Oiva se tranquilizó. Tal vez no hubiera nada que temer. Tantas semanas huyendo habían terminado por hacerle perder los nervios. Si uno lo pensaba fríamente, era imposible que Remes supiese de la existencia del oro. ¿Remes? ¿Cómo se había apellidado el padre de Remes?

—¿Qué quiere decir Remes en sueco? —preguntó con interés.

Coño, pensó el comandante, también sería mala suerte que su apellido tuviera un equivalente en sueco. No le quedaba más remedio que continuar con el cuento:

—Bueno, es que mi viejo se sentía tan finlandés que se puso de apellido Remes, aunque su familia se apellidaba Reuterholm, como el barón Reuterholm. Te sonará el nombre por los libros de historia.

Oiva asintió con entusiasmo. No tenía la más remota idea sobre los Reuterholm, pero tampoco tenía por qué decirlo en voz alta. Sospechaba que los funcionarios de biblioteca estaban al tanto de todos los Reuterholm del mundo, así que él también tenía que estarlo.

—En mi familia no hay ningún barón —reconoció con sinceridad.

—Probablemente…, pero ¿qué importancia tiene un título nobiliario en los tiempos que corren? —dijo Remes, quitándole hierro al asunto—. ¡Una mierda es lo que somos! Una élite empobrecida. Sólo nos queda la reputación de un apellido honorable, nada más. Claro, a veces me cabrea pensar que sólo doscientos años atrás mis antepasados cortaban el bacalao en el Gran Imperio SuecoFinlandés.

—Eso se comprende —admitió Oiva Juntunen—. Debe de ser a veces de lo más desagradable.

El comandante suspiró profundamente. En realidad no era más aristócrata que un caballo de tiro finlandés, pero, aun así, le fastidiaba la cosa.

Avivó el fuego.

—De verdad, podríamos ponernos con lo del oro, para probar. ¡Anda que no faltan meses hasta que llegue el invierno!

A Oiva le dio pena de aquel tosco aristócrata que ni siquiera tenía dinero para pagarse los estudios de licenciatura. Soldado, comandante, descendiente del que en tiempos fuera barón Reuterholm…, y le hablaba de pobreza. Oiva Juntunen sacó su billetera y le puso al comandante cinco mil marcos en la zarpa.

—Toma esto, para empezar. Buscarás oro, o lo haremos juntos, más bien. Tú te ocuparás de las cosas prácticas y yo de recoger líquenes. Si encontramos oro, lo repartimos a partes iguales. O como

lo acordemos.

El comandante aceptó el dinero, asombrado.

—¿Esto es de la herencia de tu tía? ¿Y te fías de un extraño como yo?

—Me fío de la palabra de un aristócrata. Dejé el coche de alquiler a un lado de la carretera de Pulju. Ve al pueblo en él y devuélvelo. Compra todo lo necesario: picos, palas, lo que se use habitualmente para buscar oro. Y comida, que vamos a estar aquí unos cuantos meses. Investigaremos los líquenes y buscaremos oro. ¿Qué prisa tenemos? Ambos estamos de excedencia.

Remes intentaba entender, estupefacto, qué era lo que estaba pasando. Aquel tipo le había entregado un buen fajo de billetes sin necesidad de arrearle ningún puñetazo. Desde luego… sí que había gente ingenua por el mundo. Bueno, ¿y qué? Valía la pena ponerse a buscar oro con aquel tipo, aunque no lo encontrasen. Un hombre joven y confiado…, qué poco común.

Oiva estaba satisfecho del giro que había dado la situación. Ahora tenía un ayudante, un oficial encargado de buscar oro. Le daba lástima la ingenuidad del comandante. Algunos son pobres de espíritu, suspiró, y están justamente para ocuparse de las tareas más arduas.

—Mañana mismo me voy a Kittilá a comprar el equipo —prometió el comandante— Pero antes de eso vamos a hacer un cobertizo mejor, para que ambos podamos dormir a gusto.

Por la mañana, el mayor se alejó por el páramo, vestido de campaña. Caminaba vigorosamente por su nueva senda de buscador de oro, libre y con dinero en los bolsillos. Oiva deseó que el hombre no se esfumara por el camino. Había dejado todas sus cosas en el campamento, así que volvería. Por algún motivo tenía la sensación de que podía confiar en la palabra del comandante.

—No todos van a ser tan sinvergüenzas como yo.

8

El comandante Remes encontró el coche de alquiler a un lado de la carretera, justo donde su compañero el ermitaño lo había abandonado. Condujo a toda velocidad hasta Kittilá, donde lo devolvió a la agencia de alquiler. Se enteró de que quien lo había alquilado se llamaba Oiva Juntunen, y no Asikainen. Bueno, tal vez Asikainen tenía alguna buena razón para hacerse llamar de vez en cuando por otro nombre, pensó el comandante con buena voluntad. También él se había inventado lo de que era un Von Reuterholm, así que estaban empatados.

En cuanto se hubo librado del coche, se apresuró a la oficina de telégrafos y le mandó un telegrama a su mujer, a España. Le informó de dónde estaba o, para ser más exactos, de que no estaba concretamente en ningún sitio. Luego llamó a su hija menor, la cual le dijo que se iba a prometer y se mudaba a vivir con su novio.

—Me cago en todo… ¿Y quién es ese niñato?

La hija puso al novio por las nubes. El hipertenso corazón del comandante se enterneció, sobre todo al pensar en la responsabilidad que por fin se iba a quitar de encima. La felicitó y le mandó como regalo un cheque de mil marcos del dinero que le había dado el bibliotecario Asikainen. Luego se plantó en la posada de Kittilá y se puso a tragar cerveza con el corazón lleno de cálidos sentimientos paternales.

Los interminables pantanos de Kuopsu se extendían ante la mirada de Oiva Juntunen. De las charcas surgían espesas nubes de mosquitos que se dedicaban a clavar sus trompas en el pellejo del delincuente. ¿Sería ésa la célebre magia de Laponia de la que tanto se hablaba?, pensó Oiva Juntunen. Había que joderse, ¡menuda magia!

Por el momento, lo más inteligente era permanecer en su retiro de ermitaño. Por aquellas fechas iban a soltar a Siira, el asesino múltiple y con toda seguridad éste empezaría a buscarle de inmediato. Saldría disparado como un galgo tras una liebre mecánica. Pero las garras del asesino Siira no iban a llegar hasta aquí.

Ojalá el comandante Remes volviese, porque él solo no podía sobrevivir, ni se sentía a gusto en aquel páramo.

Le entró morriña de su casa de Estocolmo. ¡Qué vida se había pegado allí! Buena comida, vinos excelentes, música para deleitarse y amigos inteligentes con quienes departir…, y si le apetecía la compañía de alguna mujer cariñosa sólo tenía que llamar a Stickan y él se ocupaba del asunto. Claro, la policía efectuaba una vez al mes su visita de registro, pero uno se acostumbra hasta a los polis si trata con ellos con asiduidad, como era su caso.

A veces sucedía que no venían a llevar a cabo el registro domiciliario justo cuando Oiva les esperaba. En esos momentos la vida le resultaba solitaria al delincuente y se sentía como rechazado. Como si nadie, ni familia, ni amigos, se acordarse de un paciente gravemente enfermo, ni se preocupase por ir a visitarlo. Y por otra parte estaba el sobresalto: ¿qué canallada tendría en mente la policía para tardar tanto en ir a hacer el registro? Luego, cuando tras unos días de incertidumbre los hombres de la brigada criminal se presentaban, supuestamente por sorpresa, él volvía a sentirse seguro y a gusto. Era evidente que también los policías disfrutaban durante esos registros. Oiva era un buen anfitrión. Abría amablemente los cajones de las cómodas, ahuecaba la ropa de la cama voluntariosamente y daba golpecitos en las paredes y detrás de los cuadros para demostrar que desde el último registro no había hecho ningún compartimento secreto en ellas. Y como aliciente a tan rutinario trabajo, los policías siempre tenían la oportunidad de probar algún vino de reserva y mordisquear unas galletitas saladas.

Remes se demoró cuatro días en Kittilá. Aunque Oiva era un picaro urbano, más o menos se las apañó. Le sirvieron de ayuda las raciones militares que el comandante le había dejado y la pequeña choza que habían construido para protegerse de la lluvia.

Pero el tiempo se le hacía eterno. Le traía a la mente sus años de juventud, pasados en la cárcel. Entonces también había tenido tiempo de sobra, pero nada interesante en que entretenerse. En la cárcel empleaba el tiempo en inventar planes de fuga de lo más complicado, pero por algún motivo ahora la situación le resultaba extraña y los planes que elaboraba no le satisfacían como cuando era joven. Decidió darse una vueltecita por los alrededores y buscar bayas silvestres. Encontró algunos arándanos. Debían de estar todavía verdes, porque la verdad es que no eran ninguna delicia. Al volver al campamento se hundió en una poza del pantano y se empapó hasta la cintura. El cieno se le metió incluso dentro de la billetera.

Encendió una hoguera e intentó secarse la ropa. Sacó de la cartera los billetes de quinientos marcos para ponerlos a secar sobre una piedra. De repente aquella situación le hacía sentirse miserable.

Descubrió con sorpresa que tenía compañía. Se trataba de un cachorrillo de zorro que parecía muy interesado por aquel hombre que

se movía alrededor del fuego. Oiva le tiró pedacitos de salchicha, porque adivinó que estaba hambriento.

Aquel animalito de pelo enmarañado no conocía el miedo a los hombres, ni siquiera a los delincuentes profesionales. Tenía un hambre tan canina que se atrevió enseguida a olisquear los cebos que estaban a su alcance y como olían tan bien se los empezó a zampar según Oiva se los iba lanzando. Incluso se atrevió a acercarse a unos veinte metros de la hoguera.

Al secarse los billetes de quinientos marcos que había sobre la piedra, se volvieron más ligeros y salieron volando llevados por el airecillo caliente que producían las llamas. Oiva estaba tumbado junto al fuego y tardó en darse cuenta de que su dinero estaba yendo a parar al bosquecillo cercano. Pero el zorro sí que lo había visto y pensó que, ¡qué bien!, de nuevo le estaban tirando sabrosos bocados. Valientemente, agarró uno de los billetes y se fue por donde había venido con él en la boca.

Oiva se levantó de un salto al darse cuenta de lo que el zorrito estaba haciendo con su dinero y se apresuró a reunir lo que quedaba de sus ahorros. El cachorro corría ya con los quinientos marcos en la boca a través del pantano de Kuopsu, así que Oiva nunca volvería a ver su billete. Recogió el resto del dinero de entre los líquenes y lo guardó celosamente en su cartera. Ahora era quinientos marcos más pobre que antes de conocer al zorro.

Al rato éste volvió a surgir del bosquecillo, seguramente para pedir que le echaran más de aquellos sabrosos bocados. Oiva le gritó que era un delito robarle el dinero a la gente y que haría bien en devolverle el billete del que se había apropiado. Pero el zorrito sólo le miró fijamente a los ojos y no hizo gesto alguno de devolverle su dinero. En lugar de eso, le enseñó una fila de dientecillos, de lo cual se podía deducir que no sentía remordimiento alguno. Oiva le tiró un poco de galleta y salchicha, y finalmente admitió:

—Quédate con tu dinero, yo tengo oro en abundancia.

Era delicioso ir de vez en cuando al escondite del oro para acariciar la superficie fría del noble metal. ¡Cuántos besos ardientes les daba Oiva a los frescos lingotes!

Partió con el cuchillo un pedacito de la esquina de uno de ellos para probar si resultaba fácil trabajar el oro. Era casi tan blando como el plomo y clavándole vigorosamente el filo, le sacó una hermosa viruta. Confeccionó de este modo dos o trescientos gramos de oro de Laponia. Golpeándolo ligeramente con el mango del cuchillo sobre una piedra lisa, hizo unas pepitas del tamaño y la forma adecuados. Oiva pensaba que el auténtico oro lapón, al pulirse durante miles de años en los manantiales de las colinas, perdería en parte sus fisuras, y con esta idea en mente se aplicó a trabajarlo para que resultaran

creíbles. Las pepitas minúsculas ni siquiera hacía falta tratarlas, ya que de entrada parecían auténticas.

Mientras tanto, en Kittilá, el comandante se esforzaba por ocuparse de todos los encargos. Los dos primeros días bebió como un gorrino. Cuando se le pasó un poco la resaca se puso a la labor y compró el equipo necesario para buscar oro y hacer vida al aire libre: bateas, palas y hachas, clavos, una sierra…, un hazadón, una palanca de hierro, un mosquitero, una estufa y un caldero para calentar agua en la sauna, además de ropa y una enorme cantidad de víveres. Luego llamó a la oficina de la Administración de Recursos Forestales del área de Rovaniemi y habló con Severinen, el jefe de guardabosques.

—Buenas, soy el comandante Remes, llamo de Kittilá. Ustedes tienen ahí, en la colina de Kuopsu, una cabaña de leñadores abandonada, cerca de la frontera de Enontekió. ¿Podría vivir allí por unos meses?

A Severi le pareció bien y ni siquiera le pidió que pagase alquiler, ya que se trataba de un huésped de otra institución del Estado, de un alto oficial de las fuerzas armadas.

Luego Remes contrató como porteadores a cuatro borrachos que encontró en la posada de Kittilá, los amontonó en un taxi y cargó sus compras en el remolque. Fueron hasta Pulju y desde allí por el camino forestal hasta Siettelóselká, el mismo lugar donde había estado el puesto de mando de Remes durante las maniobras. Se pusieron a descargar el remolque y los cinco hombres se echaron a hombros todo lo que pudieron. El caldero para la sauna era lo más pesado, pero colgándolo de unas parihuelas pudieron llevarlo entre dos grandullones. Además, metieron en su interior una parte de la comida y de los artículos domésticos. Los fardos eran infinitamente pesados, pero como iban a pagarles en aguardiente, la caravana de borrachínes se puso en movimiento sin tiempo que perder. Remes dirigió el transporte hasta la cabaña de Kuopsu, pagó a los hombres y al taxista y luego se marchó a la colina de Potsurais, a presentarse ante el bibliotecario Asikainen.

El reencuentro entre el comandante y el sinvergüenza fue realmente enternecedor. Se palmetearon los hombros y luego se contaron noticias el uno al otro mientras echaban un pitillo. El comandante calló prudentemente sobre las borracheras y los mil marcos que le había enviado a su hija. Oiva Juntunen le habló del zorrito y de cómo éste le había robado los quinientos marcos. Le pidió que prestara atención, dio un largo silbido y tras una corta espera, el peludo animalillo se presentó en la linde del bosque. Enseñaba los dientes y les miraba a los ojos en espera de algún rico bocado, al parecer. Le dieron galleta y por decisión unánime fue bautizado con el nombre de Quinientos.

Ya de madrugada, salieron en peregrinación hacia la cabaña siguiendo la orilla este del pantano de Kuopsu. Se trataba de un edificio construido en los años cincuenta, largo, hecho de troncos huecos y grisáceos, a uno de cuyos extremos había un cuarto para una brigada de trabajo de cincuenta hombres con una gran litera corrida de pared a pared. Al otro extremo estaba el alojamiento para los jefes, lo que llamaban «el lado de los listos», y entre ambos el alojamiento de las cocineras y la cocina misma. En el lado de los listos había una puerta que daba a las dependencias de las cocineras y del lado de los trabajadores se abría la ventana desde la cual las mujeres les repartían la comida. El comandante contó que los leñadores llamaban a aquel hueco «el agujero de la vida».

En el lado de los listos había sitio para que durmieran cuatro personas. Oiva extendió su saco de dormir sobre la litera que estaba cerca de la ventana y el comandante Remes lo hizo en la de la pared contraria.

—¿Quién habrá dormido aquí? —preguntó Oiva probando la cama.

—Es la cama del pagador contable. Ésos son los catres de los agrimensores y ésta, la cama del jefe —explicó el comandante.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Oiva.

—El jefe nunca duerme junto a la ventana, porque hace corriente, así que duerme cerca de la estufa —le dijo Remes—. El pagador y los agrimensores duermen a la corriente, el jefe no.

Oiva se quedó pensándolo. A decir verdad, él era el que pagaba, un pagador contable, pero por otra parte, también era muy sensible a las corrientes de aire.

—¿Y si cambiamos los sitios? —dijo como quien no quiere la cosa.

Al comandante Remes se le pasó por la cabeza partirle la frente a su camarada, ya que él era en todo caso comandante y aristócrata, mientras que aquel bibliotecario no era más que un simple recluta. Pero entonces recordó la herencia de la tía de Asikainen y decidió que era mejor vivir con él en armonía. Enrolló su saco de dormir y lo volvió a extender sobre el camastro del pagador. Oiva también se trasladó, y ocupó la cama del jefe.

El comandante estuvo un rato echado en la cama, irritado. Luego se incorporó apoyándose en los codos e informó:

—Quería decirte que en las fuerzas armadas la paga mensual de un comandante, sin tener en cuenta la antigüedad, es de seis mil doscientos marcos.

—¿Brutos o netos? —preguntó Oiva Juntunen desde su cama.

—Brutos, claro. En neto sería la paga de un general.

—¿Acordamos entonces que te pague lo mismo que el ejército? Descontamos los impuestos y la seguridad social y te lo doy en neto.

Se levantaron para calcular la paga de Remes. Éste recordaba que en el ejercicio del año anterior le había sido descontado alrededor de un treinta y cinco por ciento, más o menos, después de las retenciones. Calcularon entonces que la paga sería de cuatro mil marcos. Tras descontarle la manutención diaria, cincuenta marcos, acordaron que recibiría de paga dos mil quinientos marcos mensuales y en mano. A cambio de dicha paga, el comandante se comprometía a trabajar ocho horas al día para el bibliotecario Asikainen.

—¿Estamos de acuerdo en que ya has recibido tu primer sueldo? —le preguntó Oiva, refiriéndose al adelanto que había dilapidado en Kittilá.

Se dieron un apretón de manos. Oiva Juntunen se dejó caer en la cama como si fuera el jefe. Desde allí le dijo al comandante:

—Haz algo para cenar. Y… ¿serías tan amable de matar los mosquitos que hay en este cuarto?

El comandante echó insecticida por el cuarto. Luego se fue a la cocina. Pronto llegó hasta la habitación un olor a carne frita y el sonido de la sartén que chisporroteaba sobre el fogón. El comandante Remes tarareaba una conocida marcha militar mientras preparaba la comida. Media hora después, sobre la mesa del lado de los listos había dispuesta una suculenta cena: jamón frito, pepinos en conserva, cebolletas en vinagre, remolacha, salchichas humeantes y ensalada de patata. Para beber, el cocinero sirvió leche agria y como colofón a la comida, una taza de té con limón y miel dorada.

—Desde luego, aquí no vamos a pillar el escorbuto —dijo Remes.

9

Por la mañana, un delicioso olor a café y tocino frito despertó a Oiva. El comandante Remes estaba poniendo el desayuno en la mesa justo en ese momento.

—Bibliotecario, levántate a desayunar —dijo, animando a su camarada.

Oiva se incorporó en la cama. Se acarició la barbilla y comprobó que tenía una barba larga y áspera. Sentía la cabeza pesada tras haber dormido profundamente toda la noche.

—Buenos días, comandante. ¿Me traerías un poco de agua para que me adecente un poco?

Un relámpago cruzó por los ojos del comandante. Por un momento apretó el puño con fuerza, hasta que recordó que justamente las tareas de ayudante eran las que le correspondían en su actual situación laboral. Salió al patio, sacó del pozo un par de cubos de agua clara, los llevó a la cocina y allí la calentó en el fogón. Vertió en una palangana agua convenientemente templada, buscó una toalla, jabón y los utensilios de afeitarse del bibliotecario y llevó todo al cuarto. Oiva se lavó, se afeitó la barba y se secó la cara. Entonces se sentó a la mesa para disfrutar de su desayuno.

—No está nada mal —le reconoció al comandante.

—Un soldado ha de saber de todo —contestó Remes con satisfacción.

Oiva Juntunen observó la austera y tosca mesa de los leñadores, sobre la cual se había comido y llevado los libros de cuentas de la explotación maderera durante años. Era un armatoste hecho de tablones aserrados que alguien había clavado burdamente. Las cabezas oxidadas de los clavos sobresalían de la superficie. Algún agrimensor ocioso había grabado en la mesa sus iniciales y una fecha con la punta de un cuchillo mal afilado: *M. T. 1954. Ano Tomini.*

Pues sí que era vieja la mesa.

—Hay que conseguir un mantel. Es que si no la comida no me sabe bien —dijo Oiva.

El comandante sorbió lo que quedaba de su café y corrió a cumplir con los deseos de su superior. Primero pensó en sacrificar su toalla de

la sauna para que hiciera de mantel, pero después de olería la volvió a colgar de su clavo. En el cuarto de las cocineras había unas cortinas viejas, de flores. Arrancó una de ellas de un tirón, le cortó el dobladillo de abajo y luego la extendió sobre la mesa.

—La próxima vez que vayas al pueblo puedes comprar manteles y servilletas —le dijo Oiva. Recordó su casa de Estocolmo. En su opinión, aquella cabaña abandonada necesitaba aún muchos muebles y objetos de decoración antes de poder empezar a llevar en ella una vida medianamente humana.

Después del desayuno, los hombres salieron a mear. Silbaron a Quinientos para que saliera del bosque y le dieron las sobras del desayuno. Parecía que al zorro le sabía bien el tocino frito. Como agradecimiento, les sacó los dientecillos y gruñó un poquito. Ambos opinaron que las fieras tenían unos modales un poco bastos.

El comandante preguntó si ¡rían a lavar oro. En la vertiente baja de la colina de Kuopsu fluía un riachuelo cantarín que nacía del pantano e iba a desembocar unos kilómetros más abajo en el río Siettelójoki. Los hombres fueron con su material hasta el riachuelo que, la verdad sea dicha, no recordaba mucho a los ríos auríferos, como el Lemmenjoki o el Ivalojoki. En opinión de Oiva, valía la pena probar fortuna allí, aunque sólo fuera por diversión. El comandante pensó para sí que Asikainen tenía que ser realmente un chico de ciudad para creer que podía haber oro en aquel barrizal. Las orillas del riachuelo eran cenagosas, pero en su fondo se veía la arena, lavada por la corriente. Oiva se metió en él alegremente y echó un puñado en la batea. El agua estaba fría. Cuando el buscador de oro se puso a menear la batea haciendo movimientos circulares —tal como había visto que lo hacían los verdaderos buscadores en las películas sólo consiguió que el agua y la arena le entraran por la caña de las botas hasta bien adentro.

Remes seguía con aire escéptico la operación de enjuague desde la orilla.

—¿Y si buscásemos un arroyo mejor? Haz el favor de no meter más la zarpa en esa ciénaga.

Pero Oiva estaba ya enjuagando otra batea. Remes le dijo con sorna:

—Lo que estás haciendo es como buscar oro en un montón de estiércol.

Oiva le echó al comandante una mirada punzante. Le entraban ganas de decirle que él había desenterrado oro de un estercolero. ¡Treinta y seis kilos, nada menos! Pero, claro, no dijo nada, sino que se fue más allá de un recodo que hacía el riachuelo corriente abajo y volvió a sacar arena. Allí oculto, dejó caer en la batea un pellizco del oro que había fabricado y le echó por encima agua y arena.

Al final resultaría que lavar oro era una actividad de lo más emocionante. Era bonito ver cómo las pepitas de oro se iban separando poco a poco de la arena e iban a parar de manera tan hermosa al centro de la batea. Cuando ya no quedaba más que un poco de arena alrededor de los granos dorados, le gritó al comandante:

—¡Reuterholm! ¡Ven para acá!

Éste se acercó con desgana y Oiva le mostró la batea.

—¿Qué me dices? Es oro, seguro.

Al comandante se le cayó el cigarrillo de los labios. Sujetaba la batea con manos temblorosas. Su mirada iba de la brillante arena a su afortunado amigo, y viceversa. Salió del arroyo, puso cuidadosamente la batea sobre la espesa hierba y tomó entre sus dedos una de las pepitas más grandes. La observaba muy de cerca y parecía como si parte del brillo se reflejase en sus profundos ojos, dándoles un nuevo resplandor de locura: era la terrible luz de la fiebre del oro. Remes se llevó la pepita a la boca y la mordisqueó. El pedacito de oro se aplanó entre sus muelas.

—¡Oro! ¡Coño! ¡Auténtico oro de Laponia!

El comandante lavó el resto de la mezcla con habilidad y rapidez. Miraba excitado aquel tesoro. ¡Diez o quince gramos de oro puro, por lo menos!

Oiva lo guardó en el compartimento para monedas de su billetera. El comandante seguía todo aquello con la mirada y las inquietantes llamas de la fiebre ardiéndole en las pupilas.

Cogió la batea, se lanzó al arroyo, la llenó a puñados de arena y piedras y empezó a menearla febrilmente. Por su parte, Oiva se retiró a la orilla. Se puso a fumar: parecía que el arroyo ya era del agrado de Remes.

Pero éste no tuvo suerte. Por más que chapoteó en el arroyo un par de horas, revolviendo el agua y hasta las piedras de su sitio, no consiguió lavar una sola pepita. Oiva Juntunen sintió lástima por su afanoso camarada. Le prometió parte de su oro, pero éste no aceptó el regalo, sino que le dijo que él mismo lo encontraría, que podía ser que en ese momento no lo hubiese encontrado, pero que tenía por delante todo el verano y el otoño.

—Vale la pena quedarse en este arroyo. Si tú lo encontraste tan fácilmente, es que tiene que haber oro a espuertas. Vamos a la cabaña a pesarlo en el pesacartas que compré en Kittilá. Mañana me voy a poner enseguida a construir un canalón. No vale la pena intentarlo sólo con la batea, haría falta casi un milagro.

El pequeño pesacartas marcó dieciséis gramos de oro, que era lo que Oiva había lavado. Metieron el tesoro en el recipiente de las

pastillas para la resaca de Remes.

—Sí que es bonito —dijo extasiado el comandante mientras admiraba la dorada arena poniendo el frasquito a contraluz. El sol se filtraba de manera tan hermosa a través de la arena dorada… y al agitar el frasco el oro tintineaba de manera tan excitante…

Al día siguiente, el comandante arrancó las maderas de tres de las cuadras del establo. Juntó tablones en abundancia y los arrastró hasta la orilla del arroyo. Taló unos cuantos pinos jóvenes para usarlos como apoyo y empezó a montar los canalones.

Oiva no participó especialmente en las obras del yacimiento. Permanecía sentado en la orilla dando instrucciones, iba de vez en cuando al bosque a hacer como que buscaba algunos líquenes y luego se retiraba a la cabaña a echarse la siesta.

Remes construyó un tremendo armatoste, que más bien parecía pensado para una explotación a gran escala. Los canalones, de veinte metros de largo, seguían el curso del arroyo y estaban ideados de manera que se pudiera desviar por ellos el agua procedente de la parte alta del mismo, para que al circular a lo largo de ellos el oro terminase separándose de la arena. El agua arrastraría ésta a su paso, así como las piedras de menor tamaño, pero el oro, que era más pesado, se quedaría en el fondo del canalón. Por si acaso, Remes había clavado en el fondo y a lo ancho unos pequeños listones de madera. Así, si la corriente era demasiado fuerte, no se llevaría a su paso el oro de vuelta al arroyo.

El comandante se jactaba de que un hombre del cuerpo de ingenieros era capaz de construir cualquier cosa, hasta el canalón de un yacimiento de oro, si era necesario. En realidad, nunca había buscado oro antes: se limitó a construir el mismo tipo de canalón que había visto una vez en el museo al aire libre de Seurasaari durante una de sus visitas a Helsinki.

Tras una semana de esfuerzos, el armatoste de Remes estuvo listo para ser usado. Impaciente, éste empezó a echar paletadas de arena del fondo al canalón. Cuando lo tuvo lleno hasta la mitad, abrió la compuerta que había en su parte superior y dejó que el agua entrara a raudales. Oiva Juntunen seguía todo de cerca, interesado por el funcionamiento de aquel engendro.

Remes había adelgazado mucho en aquel tiempo y su aspecto había cambiado tanto que empezaba a recordar a un viejo buscador de oro. Había pasado toda una semana sin lavarse, llevaba el uniforme sucio, la barba desaliñada y sus ojos ardían con el raro fulgor del oro. Lo único que le diferenciaba de los viejos buscadores eran su traje de campaña y los galones de su rango. Hasta los correajes los llevaba llenos de barro.

El agua bramaba en el canalón y casi lo desbordó al pasar sobre la

arena en su intento de abrirse paso hacia delante. Arrastraba la grava y al limpiarse ésta de sus elementos más ligeros, sólo dejaba en él los pedazos de piedra más grandes. Veinte metros de canalón son espacio suficiente para que las pepitas de oro se queden en su fondo antes de que éste se acabe y el agua revuelta vaya a parar de nuevo al arroyo.

Remes manejaba la pala como un poseso. El agua rugía, el barro volaba en todas direcciones. En una hora, un metro cúbico de grava fue a parar al canalón y volvió a salir ya lavada. De vez en cuando el comandante iba a echar un vistazo al fondo de éste, por si hubiera aparecido ya un buen pedazo de oro lapón, pero por el momento nada de eso sucedió.

Cuando vio que el fondo del canalón estaba lleno de materiales pesados, cogió la batea y lavó el resto con sus propias manos. Lo hizo decenas de veces, pero el resultado fue totalmente descorazonador: tanto esfuerzo no había servido para encontrar una sola pepita hasta el momento. El buscador de oro se espantó de su hinchada cara los mosquitos sedientos de sangre, contempló abatido su construcción y gruñó sordamente. Cansado, fue arrastrando los pies hasta la cabaña y se puso a prepararle el almuerzo a su camarada.

Remes tenía en la mano un cuchillo de hoja ancha, de los de cortar carne. Oiva estaba echándose una siesta en la cama del jefe, aseado y relajado. Al comandante le parecía que las venas de su compañero latían como invitándole. Acarició el filo cruel del cuchillo, apretó el mango con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y se puso a cortar finas rodajas de salchichón alemán. El bibliotecario Asikainen era muy estricto y exigía que todos los fiambres se sirvieran cortados en rodajas exactamente ¡guales en tamaño y grosor, y a un soldado sin posibles no le quedaba más remedio que obedecer en todo a su patrón.

—De todos los gilipollas que se dedican a recoger líquenes, he tenido que ir a dar justamente con el más tonto —gruñó el comandante mientras intentaba cortar el salchichón en rodajas que se parecieran unas a otras. Las que no le salían bien las apartaba para dárselas a Quinientos.

10

El comandante Remes bregaba como un esclavo en su yacimiento de oro, de la mañana a la noche, un día tras otro. Excavó las orillas y el fondo del arroyo hasta una distancia de diez metros desde el canalón. Las masas de tierra que se lavaban en él y eran devueltas a la corriente más baja empezaron a formar un estuario artificial en el lecho que ocasionó que a la altura del yacimiento cambiase el cauce del pequeño arroyo. La barba del buscador de oro creció, las manos se le llenaron de callos y daba una impresión general de suciedad y descuido. Sus ojos centelleaban como los de una fiera que hubiera estado semanas sin oler siquiera una carroña.

Tanto trabajo no sirvió de nada. El yacimiento no dio una sola pepita de oro, ni siquiera una pizca de polvo dorado.

Sin embargo a Oiva le iba estupendamente en la búsqueda. A finales de julio ya tenía dos frascos de cristal llenos. Casi medio kilo de pepitas de oro, con toda seguridad. Y todo producto de la casualidad, cada vez que meneaba indolentemente su batea. Al comandante le resultaba inexplicable. Los dioses sólo favorecían al bibliotecario y se reían cruelmente de él, que lo intentaba con todas sus fuerzas.

Para que el comandante no perdiera la chaveta por la desesperación, Oiva le mandó que trajera de Pulju víveres con que llenar la despensa. Remes se fue al pueblo sin tiempo que perder y volvió cargado con una pesada mochila llena de comida, le preparó a su jefe un sabroso almuerzo y sin pausa alguna volvió directamente al yacimiento a sacar pepitas del fondo del arroyo.

Oiva decidió apiadarse de su afanoso sirviente. A escondidas, echó un pellizco de oro en el canalón, y cuando el agotado Remes se disponía a proseguir la búsqueda, el cielo se le abrió de repente. ¡Oro! Tantas semanas trabajando sin descanso con la pala habían dado por fin resultado.

Oiva había mezclado con la arena algo más de cinco gramos de oro y apostó consigo mismo qué cantidad sería capaz de recuperar el comandante.

Éste lavó la arena muchas veces, y lo hizo tan concienzudamente,

que cuando pesaron el oro había más de cuatro gramos. Oiva pensó que Remes se las hubiese apañado estupendamente en el río Lemmenjoki durante la gran fiebre del oro. En Klondyke se hubiese hecho inmensamente rico gracias a su avaricia y su tenacidad. El comandante calculó que por aquello le darían en la joyería más de trescientos marcos. Sin impuestos, claro. Todo un comienzo para su fulgurante carrera de buscador.

Oiva le planteó la posibilidad de viajar a Rovaniemi para vender lo obtenido hasta el momento, ya que las reservas de dinero en efectivo se le estaban terminando. Había que comprar víveres y demás cosas necesarias. Pero el comandante Remes estaba trabajando a pleno rendimiento en sus excavaciones, así que un viaje a la ciudad era lo último de lo que quería oír hablar. Además, sospechaba que en cuanto él se pusiera en camino, el bibliotecario Asikainen se pondría a sacar oro sin pérdida de tiempo y a su regreso se encontraría con que el rico lecho del arroyo habría sido ya expoliado de su riqueza, el terreno estaría ya muerto y estéril… La verdad, todo lo que no fuera cavar desenfrenadamente le parecía una pérdida de tiempo.

Oiva dejó por un tiempo sus exhibiciones. En vez de eso, se puso a recolectar líquenes, puesto que él era un hombre concienciado con el medio ambiente y que había viajado a Laponia con ese propósito en mente. Recogió de los arenosos cerros liquen de color gris pálido del llamado «liquen de reno», musgo, hongos medicinales de los que crecen en la corteza del abedul, peculiares líquenes arbóreos y algunas bayas raras. Llevó el repugnante material de investigación a la cabaña y lo extendió sobre la litera corrida del cuarto de la brigada para que se secara. Por las noches se ponía a hacer como que estudiaba sus hallazgos con sumo interés. Y sí, la verdad es que si uno miraba todo aquello de cerca y además lo olía, había mucho que observar. Aquellos raros vegetales tenían unas estructuras internas de lo más interesante, muchos de ellos crecían en prodigiosas formas laberínticas y otros formaban espirales vertiginosas.

El comandante se extrañaba de las aficiones de su compañero. Se convenció de que al menos el bibliotecario Asikanen había sido sincero cuando dijo que se dedicaba a investigar los líquenes. Pero ¿qué sentido tenía perder el tiempo en algo así, dejando pasar la mejor temporada para buscar oro, cuando el otoño estaba al caer y el metal más noble de Laponia estaba esperando ser encontrado?

A principios de agosto, Oiva llamó al comandante y le habló seriamente.

—Tienes que irte ya a vender el oro a Rovaniemi. Recuerda que estás a mi servicio.

—Me quitas de en medio para ponerte a buscar oro tú solito mientras tanto —intentó resistirse Remes— Ya podrías dejar que yo

también lo intentase.

Oiva fue terminante. Dijo que por el momento había que paralizar el lavado del oro y poner a la venta lo obtenido hasta el momento.

—Yo pago el viaje y las dietas. Pero antes de irte tendrás que firmarme un recibo a cuenta del oro. No es que sospeche de un aristócrata, pero como comprenderás, se trata de medio kilo de oro y es mío.

El comandante redactó un recibo y lo firmó. Oiva le dio dos mil marcos para el viaje y una larga lista de encargos. Remes se metió los frascos del oro en los bolsillos.

—Da de comer a Quinientos —le recordó a su compañero al marcharse.

En cuanto el comandante se fue, Oiva se puso a trasladar su botín de oro de la colina de Potsurais a las cercanías de la cabaña de Kuopsu. Precisamente había encontrado una madriguera de zorros abandonada en la pendiente de una loma y cargó los lingotes hasta allí. La madriguera tenía tres entradas diferentes y Oiva escondió un lingote en cada una de ellas, por si acaso. Los zorros habían escarbado tanto aquella zona a lo largo de los años, que ni siquiera necesitó tapar sus huellas.

Mientras tanto, Quinientos seguía sus andanzas desde lejos. Cuando Oiva hubo escondido el oro y volvió a la cabaña, el zorrito se acercó a olisquear la vieja madriguera. Marcó cada lingote con una meada y escarbó para echar sobre cada uno de ellos un poco de arenilla. Eso es lo que los zorros hacen habitualmente para señalar sus tesoros.

Oiva se puso a examinar su colección de líquenes. Le entristecía un poco no haberse procurado formación académica. Ésta hubiese sido una buena ocasión para idear alguna tesina sobre aquellos extraños vegetales y las colonias de hongos del abedul. Hubiera podido escribirla de un plumazo, ya que estaba en el lugar apropiado y disponía de tiempo para ello.

El comandante Remes viajó de Pulju a Rovaniemi en la camioneta del correo y se instaló allí en el Hotel Pohjanhovi. La entrada fue dificultosa, ya que su aspecto no es que entusiasmara precisamente al recepcionista. Remes le mostró el pasaporte y dio un par de golpecitos en la chapa de sus galones de comandante para que sonasen. Al mismo tiempo, tiró de su correaje y lo soltó, produciendo el sonido de un suave latigazo. El recepcionista acabó por acceder y alojó a Remes en el ala más vieja del hotel, al fondo de un pasillo y en el piso más alto, porque pensó que allí se notaría menos su olor apestoso. «De qué guerra vendrá el muy mamón…, lo menos de la de Timor Oriental.»

A las ocho en punto Remes salió disparado hacia la joyería

Kyander. La venta se llevó a cabo en la trastienda. El joyero pesó las pepitas: era más de quinientos gramos. El oro que el comandante había lavado pesó 4,207 gramos. La pureza era también excepcional. Kyander certificó que el oro era de novecientos sesenta por mil, o sea, de veinticuatro quilates. Con la lente en la cuenca del ojo derecho observó, sin embargo, que no se trataba de auténtico oro de Laponia, sino de oro de mina, artificialmente enriquecido por medios industriales. De Namibia o Australia, tal vez.

—Si fuese oro de Laponia podría pagarle ciento diez marcos el gramo, pero éste es oro fino del normal. Por una calidad como ésta sólo puedo darle sesenta marcos por gramo.

Kyander le contó que el oro lapón era más rojizo que el oro industrial. Un profesional notaba la diferencia enseguida.

—Usted me está timando —bramó el comandante—. Yo mismo he encontrado este oro. Mire estas manos, con ellas he sacado cientos de metros cúbicos de lodo.

Kyander le preguntó cuál era la procedencia del metal, pero naturalmente Remes no quiso contarle dónde se encontraba la veta. El joyero se quitó la lente del ojo y le devolvió el frasco con el oro.

—Puede usted ofrecerlo en otros negocios del ramo. Eso no cambiará nada, porque se trata de oro industrial, créame.

El comandante se metió con rabia el frasco en un bolsillo de su traje de campaña. Volvió al hotel para reflexionar sobre lo sucedido. En todo aquello había algo extraño. ¿Qué clase de persona era realmente el bibliotecario Asikainen? ¿Cómo es que tenía tanta intuición para encontrar oro —medio kilo y a fuerza de batea— cuando él sólo había podido lavar cuatro miserables gramos en un armatoste tan grande? El comandante empezó a oler—se el engaño.

Pero, por otra parte, le habían dicho que su propio oro también era industrial, aunque lo había sacado él en persona del arroyo, con sus propias manos. Tan cierto como que había sol.

Remes decidió que, en cualquier caso, iba a enterarse de quién era Asikainen. Llamó a la biblioteca de la Universidad de Helsinki y preguntó que cuándo se terminaba el permiso laboral del bibliotecario Asikainen o si el funcionario se había incorporado ya a su puesto.

La Universidad de Helsinki, en concreto su biblioteca, le contestó que allí no prestaba sus servicios ningún Asikainen. El comandante colgó el teléfono lentamente. Ahora resultaba que el engaño era jodidamente retorcido. Le vino a la memoria el coche que había devuelto en Kittilá. Lo habían alquilado bajo un nombre falso. Junttinen o Juntunen…, eso era lo que ponía en los papeles del contrato…

—Por mis muertos, que me voy a enterar de quién cono es el tal

«bibliotecario».

El comandante volvió al negocio de Kyander y vendió el oro. Le dieron casi treinta mil marcos, a pesar de que el precio por gramo era solamente de sesenta. Luego compró algo de comida y equipo, y se metió en el primer taxi que encontró. Tan excitado estaba, que ni se le pasó por la cabeza quedarse a empinar el codo.

—A Pulju. Tengo una prisa de cojones.

El taxista pisó a fondo el acelerador. El motor turbodiesel inyectó gasoil caliente a los seis cilindros del motor y el pesado coche salió volando hacia Pulju salpicando a diestro y siniestro. Una vez allí, el comandante se echó la mochila a las espaldas y continuó camino a la colina de Kuopsu dando grandes y veloces zancadas.

11

El comandante Remes le entregó a Oiva Juntunen los treinta mil marcos de la venta del oro, descontados los gastos del viaje a Rovaniemi y las compras para la cabaña. Estaba en guardia: ¿cómo reaccionaría éste al resultado de la venta? El dinero era la mitad de lo esperado. El auténtico oro de Laponia se pagaba a más de cien marcos el gramo, pero Kyander lo había pagado a precio industrial, o sea, a sesenta el gramo.

Pero el bibliotecario se contentó, contó el dinero y le hizo un recibo a Remes. Luego guardó el dinero bajo llave en uno de los cajones del escritorio, se guardó la llave en el bolsillo de la pechera y se cerró la cremallera de la chaqueta hasta arriba. Remes pensó: «Este tipo o no tiene ni idea de lo que vale el oro de Laponia, o es que es un sinvergüenza de marca mayor.»

Y se puso de nuevo a lavar oro, aunque le devoraba por dentro la creciente sospecha de que Asikainen no estaba siendo honesto con él. ¿Cómo era posible que en su canalón no apareciera una sola pepita, y en cambio el oro apareciese una y otra vez en la batea del inútil bibliotecario? Decidió que semejante injusticia había que vencerla con el afán y se puso a dar paletadas con tanto ímpetu, que el barro volaba en todas direcciones.

Oiva tomó la costumbre de sentarse a la orilla del arroyo y echarle discursos al esforzado buscador de oro sobre lo hermoso que era recolectar líquenes. Mientras tanto, hurgaba con un palo entre el musgo y si por casualidad encontraba alguna rara criptógama, la guardaba en un rollo de corteza de árbol para conservarla y le explicaba al sudoroso excavador el contenido de su hallazgo. A Remes no le interesaban lo más mínimo aquellas historias, incluso le hubiese apetecido más escuchar un transistor, pero al menos tenía algún ruidillo de fondo para amenizar su monótono trabajo, aunque había que admitir que el parloteo del bibliotecario sobre los líquenes era de una gilipollez extrema.

De vez en cuando, Oiva se pasaba por la zorrera y sacaba una virutas del oro, para luego «encontrarlas» entre la arena de la orilla del arroyo.

El comandante no perdía de vista a su camarada. ¿Por qué se perdía de tanto en tanto por detrás de la cabaña de Kuopsuvaara, por la zona donde se encontraban las madrigueras de zorro? Algo debía de estar buscando por allí, ¿se trataría sólo de líquenes?

El tiempo refrescó en agosto. Había menos mosquitos y el cielo no era tan azul como durante los calores de julio. Oiva dedujo que el otoño debía estar llegando a Laponia. En un par de meses empezaría a nevar y comenzarían las heladas.

—¿Qué tal si dejásemos por esta temporada el lavado de oro? Hay que ocuparse de poner la cabaña a punto para el invierno —le dijo al comandante un día frío y húmedo.

El comandante hizo oídos sordos.

—Ahora es cuando hay que cavar, antes de que hiele y se congele el arroyo.

Oiva opinaba que muy bien podían dejar la búsqueda del oro para la primavera, cuando los hielos pasaran, porque había que hibernar también…

—Puedes trabajar de albañil, instalar la estufa y el caldero en la sauna. Y hay que buscar un calentador de petróleo para la cabaña, lámparas de gas, papel para las paredes. Y también estaría bien tener una nevera, un estéreo…, y habría que conseguir un generador para tener electricidad.

El comandante clavó la pala en el barro de la orilla.

—¡Nos ha jodido, el señorito!… ¿Y el piano y el tresillo? ¿No me va a mandar también que se los traiga?

Oiva recordó con nostalgia su casa de Estocolmo. Hasta tenía un piano blanco. Y un estupendo mueble bar, su propia sauna, un baño alicatado en azul turquesa, moquetas donde se hundían los pies…

—Cuando se hielen las charcas del pantano se podría traer hasta aquí un sofá, con ayuda de un tractor.

Eso ya fue demasiado para el agotado Remes. Empezó a sublevarse: hubiesen podido continuar buscando oro, aún quedaban muchas semanas de verano, pero el puñetero bibliotecario se había puesto a exigir que le trajeran su tresillo hasta aquel bosque remoto. Remes gruñó ofensivamente por lo bajo:

—Oye, Asikainen. Tú no eres ningún funcionario. Ya me he enterado. Ni siquiera te llamas Asikainen. Tengo la sensación de que eres un sinvergüenza.

Oiva casi se cae al arroyo al oír aquellas palabras. Con voz temblorosa se dispuso a negar los argumentos de Remes:

—¡Pero qué dices, Von Reuterholm! ¡Te has vuelto loco!

El comandante salió del arroyo. Se acercó amenazadoramente a «Asikainen» y le dijo que sospechaba que él era en realidad un tal

Junttila o Juntunen. Que ya lo había visto en verano cuando fue a Kittilá, en los papeles del alquiler del coche. Y que en la Universidad de Helsinki nadie había oído hablar del «bibliotecario Asikainen». Y aún más:

—Y el oro que me diste era industrial, para que te enteres. —El comandante dio rienda suelta a su ira—. ¡Me cago en la leche! ¡Me has tenido cavando todo el verano en esta asquerosa zanja de barro y no he sacado más que unos cuantos gramos! —En ese momento se hizo la luz en el cerebro de Remes y halló la solución al enigma de aquel verano—. ¡Tú has estado mezclando oro con el barro para que yo no perdiera el entusiasmo, para que me quedara aquí para hacerte siempre de chacha! ¡Yo te mato!

Oiva no se esperó a que el comandante llevase a cabo sus intenciones homicidas. Salió por piernas. Pensó angustiado que tenía que refugiarse enseguida en algún lugar civilizado, huir lejos de aquel militar asesino. Pero no a un pueblo, ni a una ciudad…, allí le esperaba Siira, el asesino reincidente… ¿Qué sitio le quedaba? Encerrarse en la cabaña no serviría de nada, porque el enfurecido Remes arrancaría la puerta de sus goznes y en cuanto entrase le daría una tunda de muerte con la pala.

Corrió monte arriba oyendo tras él la respiración entrecortada del comandante, el cual, agotado hasta el límite por tanto trabajo, agitaba en su mano la pesada pala, mientras profería rugidos amenazadores:

—¡Me cago en tus muertos! ¡Me has hecho cavar media Laponia para nada!

Angustiado, Oiva intentó arreglar las cosas hablando. Le prometió una subida de mil marcos en su sueldo, pero el despechado Remes ya no estaba a la venta, sino ciego de ira, sediento de sangre como un oso siberiano al que hubieran hecho salir con humo de su guarida.

Mientras corría, Oiva recordaba su miserable vida. Le vino a la mente su infancia en Vehmersalmi, los soleados días pasados en los prados, las visitas al quiosco del pueblo, luego su primer trabajillo y el tiempo en la cárcel que vino después… y los últimos y despreocupados años en Estocolmo. No le apetecía morir todavía, le quedaban demasiadas cosas por hacer, tantas cosas que nunca había probado ni disfrutado. Pensaba febrilmente en cómo salvar su pellejo y librarse de las garras de aquel loco furioso.

Como si de la caza de una liebre se tratara, la persecución continuó monte arriba por la vertiente del arroyo. Dejaron atrás la cabaña de leñadores y continuaron hacia la pendiente menos elevada. Oiva Juntunen era más joven que su perseguidor y corría ligero, pero no tenía la resistencia de un militar de carrera. Consiguió sacarle al comandante un par de cientos de metros de ventaja, pero a un tipo como él, acostumbrado a la vida muelle de las cárceles y los salones,

le faltaba tenacidad. Empezó a sentir pinchazos en el pecho al llegar a la parte alta de la ladera y temió asfixiarse, pero prefería morir antes que descubrirle a Remes dónde tenía escondido su botín. Sediento de venganza, se juró a sí mismo que nunca le regalaría a su asesino los treinta kilos de oro.

El fugitivo pensaba desconsolado que si su perseguidor hubiera sido un oso, al menos hubiese tenido la posibilidad, por pequeña que fuese, de salvarse trepando a un árbol. Pero ¿serviría de algo para escapar de un oficial del cuerpo de ingenieros?

Tal vez valiese la pena intentarlo. Oiva buscó un árbol apropiado en el que poder refugiarse. Los sonoros pasos del comandante Remes se acercaban, así que había que dejarse de contemplaciones. Oiva se precipitó hacia el primer pino que se le puso por delante.

En Vehmersalmi, de chaval, Oiva había trepado a los árboles como solían hacer los golfillos. Dicen que lo que se aprende en la cuna siempre dura. Oiva Juntunen hizo una demostración viva de la sabiduría del viejo proverbio. Se subió a aquel robusto pino más rápido que nunca. Sólo se oía el crujir de la corteza mientras el granuja trepaba hacia lo alto. En aquel mismo momento el comandante llegó resollando al pie del árbol y se puso a dar tales golpetazos con la pala en el tronco, que éstos resonaban por todo el monte.

Intentó subirse al árbol en pos del fugitivo, pero en cuanto se le acercaba, éste le propinaba patadas en la cabeza con sus botas de goma hasta hacerle caer. Finalmente, se convenció de que por esos medios nunca atraparía a aquel granuja.

Oiva respiró hondo. Por el momento se hallaba a salvo. Encendió un pitillo y se puso a hacer circulitos con el humo. Era el momento de tranquilizarse y encontrar alguna solución que fuera también del agrado de Remes.

Oiva le habló guardando un tono de camaradería de lo más conciliador. Apeló a su amistad, que ya duraba largo tiempo, a las semanas que habían pasado en armoniosa compañía, a todo lo que ambos tenían en común. Volvió a ofrecerle una subida de sueldo. Finalmente, apeló a la nobleza de su cuna:

—No es de aristócratas obligar a un amigo a subirse a un árbol. Los Von Reuterholm se revolverían en sus tumbas si se enterasen de lo que me estás haciendo.

El comandante le informó de que no pertenecía a la aristocracia. Y de que no sabía lo que era la compasión.

—¡Si no me cuentas enseguida dónde escondes ese oro, te juro por mi madre que corto el pino!

Oiva se lo pensó. Estaba en lo alto de la copa del pino. Las cosas se

iban a poner muy feas para él si el comandante conseguía tumbar el árbol. Había una caída tres veces más alta que desde el muro de una prisión. Pero por otra parte, teniendo en cuenta los tres lingotes de oro de doce kilos escondidos en la madriguera cercana, rendirse no le parecía lo más sensato. Para dejar claro lo que opinaba, Oiva echó el humo en dirección a Remes y le tiró unas cuantas pinas. Aquello fue definitivo. El acoso continuó.

El comandante trajo de la cabaña una sierra y un hacha. La cosa iba en serio. Se lió a hachazos hasta hacer una hendidura en la base del pino y luego se agachó para serrarlo.

Oiva siguió intentando que el comandante desistiera de sus intenciones. Intentó apaciguarle, persuadirle, hasta rezó. Se esforzó en hablarle con dulzura:

—¡Sulo, piénsalo! ¿Qué va a ser de nuestro Quinientos? ¿Ni siquiera te da pena que el pobre cachorrito se quede huérfano si yo muero?

El comandante no se enterneció. La sierra rugía al pie del árbol con un sonido espantoso. Remes se paraba de vez en cuando para enjugarse el rostro.

—¡Si ese oro no suena pronto, este árbol va a caer!

Oiva apretó los dientes y pensó que si aquello significaba que iba a morir, qué se le iba a hacer, porque lo que estaba claro era que no pensaba entregarle el oro a Remes. También él era finlandés, qué puñetas: antes dejarse matar que compartir el oro. Al cabo de quince minutos el árbol empezó a bambolearse. Desde abajo le llegó la última amenaza:

—¡Que se cae! ¿Me lo cuentas o no?

A modo de respuesta, Oiva se quitó una de las botas de goma y la lanzó, golpeando a Remes en la espalda con la fuerza de un latigazo. Habían agotado el camino de las negociaciones. El comandante dio unos cuantos tirones más de la sierra, lo cual fue definitivo. Luego empezó a empujar el grueso tronco para tumbarlo.

Oiva intentó escoger un lugar de aterrizaje guiándose por la dirección de la caída, que iba a ser de ordago. Por toda la ladera del monte se extendía un pedregal cubierto sólo por una fina capa de liqúenes. Nunca como ahora Oiva iba a tener la oportunidad de observarlos tan de cerca y quién sabía si por última vez en su vida.

Lentamente, el enorme pino empezó a balancearse. En varias ocasiones volvió a su vertical, como tomando impulso, pero cuando el comandante, los ojos ya fuera de las órbitas, lo empujó de nuevo, el gigante del páramo se precipitó al fin hacia su destrucción, llevándose con él a Oiva Juntunen.

¡Qué hermoso era ver cómo se derrumbaba aquel árbol vetusto! El

tocón crujió con sonido centenario al romperse. El robusto tronco se inclinó al principio con lentitud, dignamente, y su espeso ramaje empezó a silbar cuando se precipitó hacia abajo. El silbido se convirtió en viento que hizo que los ojos de Oiva Juntunen se llenasen de lágrimas, pero él decidió quedarse hasta el final.

Sintió por un momento el placer suicida de precipitarse monte abajo a lomos de aquel gigante estruendoso. De su garganta salió un aullido penetrante, no se trataba de un grito de muerte, ni de una petición de socorro, sino más bien de un aullido de determinación: la confirmación de una decisión tomada. Todo el paisaje del norte pareció ponerse patas arriba, la colina de Kuopsu se volcó, Juha-Vainaan Maa voló hacia el cielo, y entonces todo quedó a oscuras para el pobre picaro. Su cuerpo salió disparado decenas de metros monte abajo, igual que si hubiese sido lanzado con una feroz catapulta. El descomunal árbol cayó con gran estrépito, buscando un lugar donde reposar y luego la paz volvió al corazón del bosque.

Remes se sentó en el tocón, agotado. Se cubría el rostro sudoroso con sus manos encallecidas. Acababa de talar el árbol más grande de su vida y al mismo tiempo había matado a su primer y único amigo.

Quinientos llegó por una de las laderas del monte, alarmado. Trotó sin temor hasta el cuerpo sin vida de Oiva, olisqueó al pobre diablo, le lamió con su lengua roja la oreja y finalmente soltó un gemido triste y tenue. Entonces miró en dirección al comandante Remes con sus graves ojillos. El comandante desvió su mirada de la del zorro, se levantó pesadamente y se acercó a la víctima. Quinientos se apartó de su camino con un gruñido y volvió al bosque.

12

Con las piernas flojas, el comandante Remes se inclinó junto a su camarada. El hombre estaba en un estado lamentable y no daba señales de vida.

El comandante se sentía sinceramente arrepentido. Sabía que lo que había hecho era lo último, que había matado a un ser humano, único e ¡nocente. ¿Cómo había podido cometer semejante disparate?

Oiva estaba tumbado en postura fetal, encogido en un hueco entre dos placas de liquen. Los mosquitos se habían lanzado inmediatamente a chupar la sangre del rostro lívido de la víctima. A ellos les daba lo mismo si la persona estaba viva o muerta, lo importante era que la sangre fuese fresca. El comandante los espantó de la frente de su compañero. Suspiraba pesadamente.

—Dios santo…

Quiso tomar el pulso a Oiva, pero estaba aún tan excitado, que no pudo sacar nada en claro. Se puso a cuatro patas junto a él y acercó su nariz a la de él. Comprobó que ya no respiraba. Un poco de sangre, de un rojo brillante, le manaba de uno de los orificios de la nariz, hasta el labio superior.

Remes se la limpió con su pañuelo empapado en sudor, lo colocó en una postura más cómoda y empezó a practicarle el boca a boca. Le insuflaba el oxígeno en los pulmones con tal ímpetu, que hubiese podido dedicarse a inflar globos en una feria. Al mismo tiempo le iba dando un masaje cardíaco con tanta determinación que, si el corazón estaba parado, no le quedó más remedio que ponerse a bombear sangre de nuevo para poder permanecer en el pecho de su dueño.

El furioso masaje y la ruidosa respiración continuaron durante cinco minutos. Remes notó que el muerto empezaba a volver en sí. De la boca de Oiva Juntunen brotó un extraño suspiro y su corazón se puso a funcionar con una especie de golpeteo. El comandante contempló por un momento los signos de reanimación y colocó al herido en una postura algo más cómoda. Suspiró feliz al fin y encendió un pitillo.

—¡Cono, se ha despertado! ¡Gracias a Dios!

Se fue a la cabaña a buscar un viejo trineo. Las patas metálicas de

éste soltaban chispas contra las rocas al arrastrarlo Remes hasta el lugar del homicidio. Con extremo cuidado puso a su camarada sobre él y lo transportó hasta la cabaña. Suavemente acostó a Oiva en su cama y lo cubrió con los edredones.

—Hay que ver lo que aguanta este hombre.

Le puso a su amigo un paño húmedo en la frente, le ahuecó las almohadas para ablandarlas, le quitó la bota que le quedaba y le desabrochó los botones de la camisa. Por si acaso, le cruzó las manos sobre el pecho.

Oiva estuvo inconsciente hasta el día siguiente. Aquellas horas fueron extremadamente duras para Remes. Hablaba solo sin cesar, se mostraba arrepentido y lloraba por la salvación de su compañero. Incluso hizo varios intentos de algo parecido al llanto, pero fue inútil. Hacía ya tiempo que los lagrimales del comandante se habían atrofiado.

A la mañana siguiente y tras pasar la noche en blanco, Remes cocinó un sustancioso caldo de carne y se lo hizo tomar al herido con tanto cuidado como fue capaz. Lo importante era que no se deshidratara. Le forzó a abrir las mandíbulas y dejó que el caldo le bajara hasta la garganta. La nuez hizo unos cuantos movimientos reflejos y el caldo fue a parar al estómago de su amigo.

Se juró a sí mismo que si éste sobrevivía, él empezaría una nueva vida, mejor que la que había llevado hasta entonces. Pero que si éste moría, en cuanto lo enterrase se mataría. No quería sufrir la humillación ante un consejo de guerra por haber matado a un civil. En su opinión, lo más aconsejable era volver a creer en Dios y luego pegarse un tiro, o ahorcarse, ya que no tenía una pistola a mano.

A eso del mediodía, los monólogos de Remes empezaron a llegar hasta la oscurecida conciencia de Oiva Juntunen. En ellos hacía planes para una nueva y mejor vida, o a ratos para ahorcarse. Sus arrepentidas frases resonaban patéticas en los oídos de Oiva. Su perseguidor se había convertido en un devoto enfermero que soltaba sin parar todo tipo de chorradas sobre los pesares de su alma. Oiva comprobó para su satisfacción que la batalla había terminado, que había sobrevivido y que, en cierto modo, él había vencido.

Por si acaso, siguió con los ojos cerrados. Para resucitar siempre quedaba tiempo. Era mejor observar el desarrollo de los acontecimientos y luego volver en sí cuando fuese conveniente.

Por el parloteo del comandante pudo deducir que había estado inconsciente desde el día anterior. ¿Cómo de serias serían sus heridas? Sentía un dolor insoportable por todo el cuerpo, pero si se esforzaba por mover los dedos de las manos y de los pies parecía que éstos no le dolían demasiado. Si podía mover los miembros, significaba que la columna no estaba rota. Tampoco se le habían dislocado las

cervicales, ya que movía las orejas igual que antes.

Oiva recordaba con claridad la caída a lomos del árbol. ¡Qué hermosa experiencia! Un vuelo vertiginoso, de cabeza a las tinieblas…; fue como si el ángel de la muerte hubiese pasado volando junto a él, moviendo pesadamente sus alas, volando hacia el futuro incierto, hacia la negra destrucción. Y después…, ¡la madre de todos los estruendos! Eso era algo que a un vulgar granuja no le pasaba muchas veces en la vida. Podía anotar el acontecimiento en el ya de por sí grueso libro de su vida como uno de los más fascinantes que le habían sucedido.

La verdad era que el comandante Remes no tenía mucho que ver con las enfermeras de bata blanca del hospital central. Al margen de sus buenas intenciones, era un matasanos remendón, algo bruto y bastante manazas. Después de cada cura el enfermo se sentía aún peor. Lo que más le desagradaba a Oiva era la forma en que le alimentaba. Cada vez que Remes le metía la cuchara del caldo por la garganta le entraban ganas de arrancarle los dedos de un mordisco, pero cuando uno está inconsciente no se dedica a hacer esas cosas.

Así que decidió volver en sí para liberarse de aquellas curas y cuidados. Hizo un par de ruidos guturales y abrió los ojos.

Remes, que estaba en cuclillas junto a la cama, se alegró inmensamente al ver que su camarada se reanimaba. Poco faltó para que, conmovido como estaba, se pusiera a darle palmadas en la espalda al convaleciente. Hasta se oyó como un estruendo, cuando cayó al suelo de la cabaña la pesada carga de piedras que agobiaba su corazón.

Oiva Juntunen se incorporó para sentarse. Le dolía el cuerpo y la cabeza le daba vueltas. ¿Tendría alguna costilla rota? Por lo demás, daba la impresión de que los dolores eran más bien debidos a causas internas.

Remes le suplicaba perdón hablando confusamente. Daba explicaciones, farfullaba incongruencias acerca de su brutalidad y sobre la nueva vida que iba a emprender. Intentaba sollozar, juntaba las manos y hacía todo tipo de promesas. Le trajo agua fresca, ventiló el cuarto y mató los mosquitos.

—Vale. Pero no pienso darte nada del oro. Antes me muero, porque ese oro es mío.

El comandante preguntó que si podía ir al pueblo a buscar a un médico, ya que por fin había vuelto en sí.

Sobresaltado, Oiva rechazó la idea. ¡Lo que faltaba! ¡Un médico! Estaba seguro de que si dejaba que un médico se acercase a su cama, lo siguiente sería ponerse a rellenar innumerables impresos. Tomarían nota de su nombre, de su fecha y lugar de nacimiento, dirección y

número de la Seguridad Social, grupo sanguíneo…, justo lo que un delincuente profesional no podía permitirse bajo ningún concepto.

—Cuéntame quién eres —le rogó Remes.

Oiva se lo pensó. Remes estaba enterado, así que no valía la pena seguir haciéndose el amigo de la naturaleza, ni el investigador de líquenes. Le contó que se llamaba Oiva Juntunen y que era ladrón de profesión. Y sí, tenía cierta cantidad de oro escondida allí, en Laponia. Había peregrinado hasta el lugar huyendo de sus cómplices, que muy pronto quedarían libres. Esperaba que el comandante comprendiese el asunto. Remes estaba feliz por no tener que ir al pueblo a dar explicaciones sobre las causas de la desgracia. La confianza se volvió a instalar entre ellos. Los hombres decidieron volver a tutearse, ahora que también tenían nuevos nombres.

—¡Oiva!

—¡Sulo![1]

Desde aquel día, en la cabaña de Kuopsuvaara no se volvió a hablar de Von Reuterholm ni del bibliotecario Asikainen y la vida continuó de manera dulce y espléndida.

Los hombres acordaron un aumento de sueldo para Remes de mil marcos al mes. Había que pertrecharse de todo lo necesario con vistas al invierno, y éste salió hacia Kittilá con ese fin. Oiva le dio cinco mil marcos para comprar víveres para un mes y demás equipo necesario. Antes de marcharse, Remes le dejó lista la comida sobre la gran mesa. Había latas de carne, pan, mantequilla, mayonesa, cebolletas, pepinillos, agua y tabaco. También recomendó a su camarada que se cuidara:

—No te esfuerces demasiado…, en tu estado debes descansar para recuperar las fuerzas.

El comandante volvió tres días más tarde en un tractor, cargado con todo lo necesario. Era un encargado de abastos nato y nunca olvidaba las cosas que hacían falta. Las alacenas y cada rincón de la cocina estaban llenos de enormes cantidades de alimentos: carne de cerdo y ternera en conserva, latas de albóndigas y sopa de guisantes, pastillas de caldo de carne y de verduras, paté de hígado de cerdo, salsa boloñesa en sobres, cajas de puré de patata, muchos salchichones rusos, salchichas de varios tipos, pesados jamones ahumados, salami… y, naturalmente, el comandante había comprado también un gran queso de bola, queso azul hecho en Dinamarca, queso con comino y ahumado. Por supuesto, había pescado: incontables botes de arenques en salsa, arenques conservados en sal y azúcar, latas de caballa, gambas de Islandia. Mantequilla, margarina para repostería y aceite de colza, harina de trigo y de centeno, leche en polvo, sémola de avena y sacos de arroz. Montañas de cajas de galletas de pan de centeno, café, cacao en polvo, té de bayas silvestres, además de una

buena selección de las especias más necesarias: laurel, pimienta aromática, sal, azúcar, curry, sal de ajo, pimienta blanca, vinagre de vino blanco, cardamomo en polvo. Y además, el comandante Remes había comprado pasta de dientes, champú anticaspa, detergente en polvo para la ropa y líquido para fregar los cacharros, limpiador para baños y muchas velas.

A Quinientos le había comprado muchas latas de comida para perros y un gracioso hueso de goma.

—Esto debería hacerle gracia al bichejo…

Durante la expedición del comandante, Oiva se había recuperado a buen ritmo y en cuanto Remes le enseñó las pomadas y analgésicos, las vendas y los linimentos, su mejoría se hizo aún más evidente.

Por la noche, mientras estaban sentados sorbiendo su té de bayas frente a la chimenea, dijo Remes:

—Llamé a mi mujer, a España. Parece que se lo pasa bien allí.

Oiva Juntunen contempló el fuego y se quedó un rato callado, hasta que contestó:

—Hay que ver lo a gustito que estamos…

—Todo gracias a ti, Oiva.

13

Ociosamente pasaban los hombres su tiempo en la cabaña, al calor de la chimenea, disfrutando de sabrosas comidas, jugando al parchís y contándose mutuamente todo tipo de historias. Las conversaciones adquirieron un tono más vigoroso, ahora que ya no tenían que ocultarse su pasado.

Cierto día al anochecer, el comandante le preguntó con curiosidad a Oiva Juntunen:

—Entonces, ¿en serio eres un granuja, un delincuente de los de verdad?

—Soy un sinvergüenza. Y además delincuente profesional. Aunque es cierto que he estado alguna vez en la biblioteca de la universidad. Les pedí que me hicieran unas fotocopias de algunas obras de investigación criminológica. En las bibliotecas uno encuentra una cantidad sorprendente de material de apoyo para planear delitos.

Al comandante le interesaba saber cómo es que Oiva Juntunen se había extraviado por el camino de la delincuencia.

—¿Es que eras desgraciado en tu casa?

—Siempre se dice que la niñez influye, que casi siempre los delincuentes han tenido una infancia y una juventud duras… Y así suele ser, pero no es mi caso. Mi hogar, en Vehmersalmi, no era el de una familia rota, ni tenía allí amigos que me echaran a perder con su ejemplo. Al contrario, en casa todo estaba bien. Éramos pobres, pero no demasiado en comparación con nuestros vecinos. Nuestro hogar era seguro y acogedor. Madre hacía pan y bollos y padre siempre me llevaba con él de pesca. La maestra me alababa continuamente y me ponía buenas notas. En serio, no había nada de lo que me pudiese quejar. Lo único que no me gustaba de la granja era el trabajo. A decir verdad, siempre he sido algo vago.

El comandante Remes observó que eso él ya lo había notado.

—Después de la mili ya no me apetecía volver a casa, me hubiese tenido que poner a cultivar la tierra y a dar de comer a los bichos. La verdad es que no tenía ganas. Intenté un trabajillo en Helsinki, de ayudante en un almacén. Fue entonces cuando mi madre se murió. Pensé en emigrar a Australia, porque un primo mío con el que me

escribía me había hablado de lo bien que allí se ganaba uno la vida. Hasta solicité los papeles de inmigración en el consulado de Australia en Dinamarca, y por poco no volé hasta el otro lado del mundo. Pero, por suerte, me llegó una carta de mi primo en la que me hablaba de lo bien y lo mucho que uno tenía allí que trabajar. Empecé a darle vueltas y decidí quedarme en Finlandia. Nunca me he arrepentido. Si vieras a mi primo…, acaba de cumplir los cuarenta, y parece un corredor de maratón. Tiene problemas con los huesos, todos desgastados. Está obsesionado con el trabajo, el hombre. Hace dos veranos vino a Finlandia y fuimos a un masajista. Gritaba como si lo estuvieran matando, de lo que le dolían los huesos.

»Cuando estaba de ayudante de almacén, distraje un par de aparatos de soldar y otras cosillas por el estilo, y lo vendí todo por la provincia de Pohjanmaa. Saqué por ello dinero en abundancia y un año de cárcel. Fue entonces cuando se murió mi padre. Por suerte fue antes de que me juzgaran, porque de haber vivido hubiera sido una vergüenza para él. Cuando salí de la trena, decidí que nunca más intentaría trabajar. El trabajo honesto es algo que me repugna en extremo. Me parece humillante hacer un trabajo para que otra persona, encima, me pague por ello. Además, es agotador. Siempre me han dado lástima los que viven obsesionados por el trabajo.

—Seguro que es una pregunta tonta, pero… ¿tú tienes conciencia?

—La conciencia es algo que nunca me ha preocupado. Puedo robar lo que sea, y eso no despierta en mí ningún tipo de sentimiento. Claro que nunca le robaría a una viuda o a un vagabundo sus últimos céntimos, pero no porque los pobres diablos me diesen pena, de ningún modo, sino más bien porque no habría nada que robarles. Perfectamente podría dejar limpia a una viuda que acabase de heredar, y de hecho eso ha sucedido. Una vez, en Kerava, le vacié el salón a una vieja. Todo antigüedades, se vendió muy bien. La tipa no se pudo llevar los muebles a la tumba. Soy realmente un hombre malo, pero no me parece nada raro. A lo mejor hacerse el duro suena pretencioso, pero un delincuente profesional nunca podría tener éxito si después de cada trabajo tuviese que dedicar sus energías a endurecerse el corazón. Eso angustia mucho. Hay que ser insensible y malo ya desde el principio. El trabajo es sólo trabajo, ése es mi lema.

Al comandante le interesaba saber cuál era su opinión sobre las cárceles. ¿Es que los castigos repetidos no ayudaban a enderezar a los criminales?

—He estado en la cárcel veinte veces. He de admitir que las condenas son la parte tenebrosa de este trabajo. Si los delincuentes no se vieran obligados a ir a la cárcel de vez en cuando, ésta sería una profesión muy codiciada. Lo de esconderse, como yo ahora mismo en este páramo, todavía tiene un pase. Pero nunca me he acostumbrado a

disfrutar en la cárcel. La primeras veces fueron un verdadero infierno y muchas veces llegué a pensar en cambiar de ocupación. Da la impresión de que al preso se le quiere reducir a un estado animal. Las pesadas puertas de hierro se cierran de golpe, los pasillos tienen eco y no hay adonde ir. Uno no puede decidir nada por sí mismo, todo está establecido con anterioridad. Si uno quiere hablar con alguien, siempre termina por oír los mismos cuentos: los tipos allí no saben hablar más que de chochos, aguardiente, los golpes que han dado y los planes que tienen para escaparse. A mí nunca me ha interesado hablar de mis trapicheos. No quiero dar a conocer mi forma de trabajar. A veces me apetecería hablar, aunque fuera de política, de la sociedad, también de arte. Pero los tíos que están en la cárcel no tienen ni idea sobre esos temas. La vida allí es siniestra y solitaria. A veces he pensado que si me dejasen elegir, antes iría a trabajar que a la trena.

—¿Has matado alguna vez a alguien? —le preguntó el comandante Remes.

—¡No! La violencia me parece gratuita, además de una bajeza. En cierto modo, la cosa toma un tono criminal cuando un ser humano golpea a otro quitándole la vida. He conocido a hombres que les han disparado a otros en el estómago, les han hecho tomar veneno, les han rajado la garganta o les han machacado la cabeza con un ladrillo. Yo los he tenido como compañeros de celda. Son tipos silenciosos y simples. Vivir en la cárcel con asesinos es de lo más desagradable. Nunca he conocido a un asesino alegre. Cuando están borrachos resultan la mar de tranquilos, pero en la cárcel siempre están sobrios y, créeme, no son buena compañía. —Oiva recordó a Siira—. Una vez conocí a un tío brutal de verdad, que además era perito mercantil. Es un asesino reincidente, habrá matado a bastante gente. Se apellida Siira. Le encargué que robara el oro, y le interesó el trabajo. De él es de quien me estoy escondiendo aquí. No me parece sensato repartir el botín con semejante fiera. —Oiva habló sobre el asesino reincidente Siira. Dijo que podía ser que pronto fuera puesto en libertad y que, quién sabía, tal vez estaba ya en la calle buscándole—. Normalmente los asesinos son hombres estúpidos. Pero es que este diablo encima tiene cerebro. Por eso es tan malo.

»La minimización del riesgo es algo corriente en el mundo de los negocios; cualquier director de empresa más o menos dotado ha de tener capacidad para ello. Por el contrario, en el mundo de la delincuencia se toman riesgos completamente absurdos, se cometen demasiados crímenes, se codicia, se derrocha y se bebe. La consecuencia es que las cárceles se llenan de gentuza incompetente. Ha nacido un sistema que en realidad sería totalmente innecesario si los delincuentes se centrasen en desarrollar actividades por las que no fuesen detenidos. Si los criminales tomasen menos riesgos estúpidos,

tal vez hasta podríamos prescindir totalmente de las instituciones penitenciarias. Se trata, claro está, de una hipótesis, porque la delincuencia crecería automáticamente en cuanto desapareciese el riesgo de ser detenido. La tasa de delincuentes se multiplicaría… y, en mi opinión, la mayoría de las personas se pondría a delinquir. Entonces el pastel sería más pequeño, habría menos para robar por el gran aumento de la delincuencia. El resultado sería el caos, ya que al final no quedaría nada que llevarse. La criminalidad se asfixiaría a sí misma. Un hermoso pensamiento, ¿no te parece, Remes?

—¿Y todo eso lo has pensado mientras estabas en la cárcel?

—Desde el punto de vista de la sociedad este sistema, en el que las autoridades son las que se ocupan de controlar la tasa de delincuencia y de proteger a la población, es el mejor. Se trata de una regulación al estilo de la que se hace en otoño, cuando se levanta la veda del alce. Imagínate, Remes, que los delincuentes son alces. ¿Cuántos alces se cazan cada otoño en Finlandia?

—Alrededor de sesenta mil.

—Vale, pongamos que así es. Los destrozos en los planteles de árboles, los accidentes por choques y las pérdidas en las cosechas se pueden tener bajo control, ya que se mata cada año sesenta mil alces. Al mismo tiempo, a los alces supervivientes se les garantiza el que tengan suficiente espacio para vivir y pastar. El resultado es buena carne de alce y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Pues con la policía y los jueces pasa lo mismo. Pongamos que cada año se atrapa… vamos a decir que a dos mil criminales y que se los encierra. El sistema parece más decente, porque a los criminales no se los ejecuta como a los alces, pero el objetivo es el mismo. Los alces que sobran van a parar a la cazuela y los ladrones de más, al trullo. Una parte de la población ha de estar siempre fuera del pastizal. Así de simple es el funcionamiento de la sociedad. —Oiva contempló el fuego y su boca esbozó una leve sonrisa—. Yo soy en cierto modo una excepción, algo antinatural, porque no he pisado la trena desde hace seis años. De hecho como demasiado pasto. Y claro, también tengo que ocuparme de que la situación permanezca equilibrada, ya que ando suelto. Hace un par de meses mandé a un tipejo, un tal Sutinen el Leches, de vuelta a la trena. Y a Siira también habría que retirarlo de la circulación por algún medio. Así se mantendría en equilibrio la tasa de delincuentes encarcelados y la de los que andan sueltos. Desde luego, lo de Siira es un asunto difícil de organizar. Pero por el momento estemos aquí tranquilos, hay tiempo de sobra para pensarlo. Puede ser que el verano que viene vuelva a Estocolmo.

—¿Tienes casa propia en Estocolmo?

—¡Y estupenda, por cierto! Daremos allí una fiesta cuando todo se solucione.

Oiva describió su casa junto al parque de Humlegárd. Habló de su círculo de amistades: tenía mucha relación con varios actores famosos, conocía a artistas y periodistas, funcionarios de urbanismo y hombres de negocios, curas y comerciantes de porno, capitanes de la marina mercante y camellos… y además a un tal Stickan, un tipo alto, excelente persona, que se dedicaba al proxenetismo, la extorsión y demás cosas relacionadas con el ramo y que era todo un caballero.

—La próxima vez que vayas a Kittilá te daré una carta para que se la mandes. No está bien olvidarse de los viejos camaradas.

Los recuerdos de Humlegárd hicieron que a Oiva le entrara la morriña. Contempló las desnudas paredes de la cabaña y los muebles. Aquella vida de ermitaños no se podía comparar con la suntuosidad de Estocolmo.

—Hay que hacer reformas en esta cabaña antes de que llegue el invierno. Irás a comprar lo necesario, porque vamos a vivir a todo lujo.

14

Oiva Juntunen preparó los planes para la reforma de la cabaña de Kuopsuvaara. Había que poner paneles en las paredes del lado de los listos, renovar los suelos…, en definitiva, dar un toque de frescura al lugar. El comandante calculó los gastos y llegó a la conclusión de que, con los materiales de construcción e incluyendo sueldos y transportes, la cosa saldría por unos cincuenta mil marcos. Oiva no tenía tanto dinero en efectivo, así que iba a tener que pasarse otra vez por la zorrera a buscar más virutas de oro.

Examinó la situación. No quería que el comandante descubriese el lugar donde guardaba el botín, así que tenía que encontrar la manera de ir en secreto a sacar otro poco de su oro. Pero ¿qué garantía podía darle Remes de que no robaría los lingotes si se enteraba de dónde los tenía ocultos?

—¿Es que no confías en la palabra de un oficial?

Oiva Juntunen no se fiaba. Lo mejor era que Remes se quedara encerrado mientras él escarbaba en su madriguera.

—Oye, Remes, ¿qué te parecería hacerte una celda? Una de esas que se pueden cerrar desde fuera, y así podrías sentarte allí un ratito mientras yo voy al escondite. ¿Me captas?

El comandante lo captaba.

—¡Juntunen, me cago en la leche! ¡Ni que estuviera ansioso por tu botín!

—Ya lo estuviste una vez. Casi me matas.

El comandante tuvo que aceptar en silencio que Oiva tenía motivos de sobra para sospechar de él. Así que se puso a construirse una cárcel.

Decidieron construir la celda en un rincón del establo, en la serrería. Se podían separar dos de las cuadras de los caballos que había a uno de los extremos y convertirlas en celda de aislamiento. En aquella parte del establo no había ventana alguna, pero sí una puerta que daba al exterior, además de una pequeña trampilla para sacar el estiércol.

Oiva probó la puerta del establo. Parecía resistente, pero por si acaso le ordenó al comandante que cargase contra ella desde dentro,

para ver si era capaz de aguantar sus embestidas.

—¡A ver si la atraviesas!

Remes forcejeaba desde el establo. La puerta temblaba, pero no se dejaba tirar.

—¡Inténtalo con todas tus fuerzas! ¡Imagínate que es la puerta de un salón del Oeste!

El comandante le gritó desde dentro que dejase de soltar gilipolleces, pero lo intentó. La puerta se abrió de golpe y la tranca, casi arrancando las jambas de su sitio, fue a parar silbando en medio del patio, mientras que el comandante caía a los pies de Oiva, abrazado a la puerta.

—No ha aguantado, cojones. Soy una mala bestia —dijo boquiabierto, viendo lo que había hecho.

Acordaron que se renovarían las bisagras y la cerradura y que reforzarían lo necesario para que el comandante no pudiese escapar.

Éste opinaba que haciendo una chapuza con las tablas del establo se podía construir una pared divisoria, pero Oiva negó rotundamente con la cabeza:

—A ti no te sujeta una pared de tablas. Hay que hacerla de troncos.

El comandante objetó que llevaría muchos días armar la pared. Pero Oiva le contestó que si había algo que les sobraba era tiempo.

—¡Hala, a cortar troncos! ¡Con lo bien que se te da lo de talar árboles!

Así fue como empezaron las obras de la cárcel. El comandante tallaba los troncos para que encajaran unos en otros y poder hacer así la pared medianera. Mientras tanto Oiva le contaba historias y fumaba sentado en un pesebre.

—Y dime, Remes, ¿cómo es que cogiste la excedencia? ¿Es en serio que te vas a doctorar?

—Soy un borracho. Me bebí mi puesto, para que me entiendas.

Oiva le dijo que había sospechado algo por el estilo. Se había demorado bastante en sus visitas al pueblo. Uno se daba cuenta de que le gustaba empinar el codo con sólo mirarle a la cara.

—Cuando se está de servicio en una guarnición no se piensa más que en el aguardiente. Yo he bebido decenas de años, se puede decir que regularmente, pero sin embargo aquí he pasado muchos días sin beber. Si bien recuerdo, no había pasado tanto tiempo sobrio desde que me ascendieron a capitán. Y de eso hace ya tiempo, querido Oiva. No, miento: hace dos años estuve once días sin beber. Se me perforó el apéndice y mi mujer no me traía aguardiente al hospital, a pesar de que yo la amenazaba. Una persona tozuda, la Irmeli.

—A lo mejor tu mujer pensaba que no era bueno que empinases el

codo si te habían operado de la tripa —explicó Oiva.

—En este mundo todo es malo para la salud. Pero lo cierto es que cuando se está sin aguardiente, el cuerpo se siente más ligero de lo habitual, uno tiene más fuerzas y se mueve con energía. —El comandante encajó con decisión un tronco sobre otro y aún dispuso otro encima antes de continuar con su historia—: En realidad, yo soy un borracho en funciones. Cómo explicarlo…, cuando se es jefe de batallón uno está siempre pillado con algún asunto tonto referente a la formación y no hay manera humana de librarse de ello. Y esos asuntos pueden ser de todo tipo, un civil nunca lo podría creer. Los trabajos se amontonan, la mayor parte del tiempo se va en papeleo, que además es en su mayoría inútil. Durante mi carrera militar he cambiado unos cuantos kilos de papeles de un montón a otro. Cuando tienes uno redactado, lo das para que lo pasen a limpio y luego lo mandas. Pues bien, de repente aparecen en su lugar otros dos o tres que hay que leer, sobre los que hay que opinar, hacer planes… ¡Coño! Y luego, para más inri, hay que volver a redactar más papeles al respecto y volverlos a mandar, cada uno a donde corresponda. El ejército de Finlandia nada entre millones de papeles inútiles. Van por correo normal, o los llevan los ordenanzas; se reciben y se dejan recados telefónicos, se redactan informes, un papel sale para el norte, otro para el este, se llenan los libros de registros…, se estampan sellos, se garabatean firmas. Son como los jodidos mosquitos: si matas uno, aparecen veintisiete, y en cuanto uno tira un papel hecho una pelota, al momento recibe veintisiete cartas reclamándoselo. He llegado a la conclusión de que ni los mosquitos se acaban por mucho que uno los mate, ni los papeles por mucho que uno se los lea.

»Y para colmo, hay que aguantarle al coronel su mala leche. Así que me sentaba la mar de bien pillar una cogorza con una o dos botellas de aguardiente de vez en cuando. A menudo vaciaba ya la primera por la mañana. Ésa ha sido la vida de un servidor. Aguardiente y papeles y joderse y más aguardiente.

Oiva observó que en Kuopsuvaara no había necesitado empinar el codo, ya que no había papeles, tampoco.

—Eso digo yo. Si en las fuerzas armadas se organizaran las obligaciones trabajando a destajo, yo no me vería en la necesidad de ponerme hasta las trancas. Yo soy todo un currante. Sería capaz de sacar adelante en dos meses todo el trabajo de un año de un jefe de batallón haciéndolo a destajo. Así no queda tiempo para emborracharse.

Remes arrastró al interior otro tronco. Lo talló dándole forma para que encajase en el anterior.

—Me parece que si estalla la guerra, en esta cárcel va a haber muchos hombres. Vamos, que la tarea no me parece inútil.

Oiva opinaba que la celda de Kuopsu no tendría utilidad en caso de guerra. ¿No era acaso cierto que la tercera guerra mundial se llevaría a cabo en Europa Central, Estados Unidos y la Unión Soviética?

—Es que justamente la colina de Kuopsu y Juha-Vainaan Maa van a ser zonas de guerra, cuando ésta estalle. En la cima de Kuopsu excavarán una estación de misiles o, como mínimo, una batería antiaérea. Juha-Vainaan Maa estará lleno de minas antitanque y en esta cabaña habrá algún cuartel general. Allí, en la zona de nuestro yacimiento de oro, tendrá lugar una batalla sangrienta con tanques. Estos terrenos lo piden. —El comandante tallaba y tallaba, excitado—. Y tras esta pared de troncos tal vez esté encerrado algún americano, algún alemán cabeza cuadrada, un noruego, un italiano… o tal vez algún ruso, o un kirguizo, o un siberiano. Hay muchas posibilidades. Aquí se puede encerrar a los prófugos o a los prisioneros militares. Y ahí detrás se ejecutará a los criminales de guerra. Los miembros del consejo de guerra se reunirán en la cabaña, en el lado de los listos, y allí redactarán las condenas a muerte. O puede ser que aquí se encierre a los ladrones o a los que se autolesionen, o a los locos. Si los enfrentamientos duran mucho y son pesados y sangrientos, la cantidad de chalados aumentará. El resultado de una dura lucha suele ser que de entre todas las unidades se termine formando un grupo de locos del tamaño de un pelotón. Habría más, pero es que los más chalados mueren pronto, normalmente. —Inspirado, se puso a dibujar planos en la parte lisa del tronco con ayuda de su lápiz de carpintero—. El Pacto de Varsovia llega hasta la colina de Kuopsu desde el este, principalmente desde Murmansk, Petsamo y Salla, a lo largo de esta flecha. Cruzan Repokaira, continúan por el camino nuevo de Kekkonen hasta Pokka, desde allí a Pulju y luego hasta aquí. ¿Y las tropas de la Alianza Atlántica? Se precipitan desde el oeste atravesando las montañas de Kóli a lo largo de la vía férrea de Narvik, por Suecia y, por otro lado, vía Skibotn, por el oeste de Laponia. Y así hasta aquí. Los finlandeses suben desde Sodankylá por Jesio y Kittilá, hasta aquí, ¿me sigues? Esto es una idea mía, la pusimos en práctica en unas maniobras y funcionó bien. ¿Recuerdas las maniobras? Sí, hombre, tú estuviste luchando en el pedregal de la colina de Potsurais con los chicos del mortero. Una acción bien llevada, eso hay que reconocértelo.

Al cabo de varios días, la celda estuvo lista y los hombres comprobaron que era fuerte y de buena calidad. El comandante dio los últimos toques clavando unas tablas para tapar la trampilla del estiércol, pero según Oiva no eran lo suficientemente fuertes.

—Hay que poner barrotes a esa trampilla. Cuando vayas al pueblo compra barra de acero de una pulgada y media de grosor y unas

fallebas bien resistentes.

El comandante echó una mirada de asco al agujero.

—No me irás a decir que crees que yo sería capaz de meterme por esa cloaca apestosa y arrastrarme hasta fuera —se soliviantó el comandante.

Pero Oiva no se dejó convencer.

—La fiebre del oro puede hacer que un hombre se arrastre por agujeros aún más inmundos. Exijo que pongas barrotes. A ti no se te puede sujetar con una tela metálica como la que se usa en los gallineros. Y quiero en la puerta de fuera unas bisagras bien pesadas y un candado grande de cojones. Y nada de llaves de repuesto, para que te enteres.

Remes miró a su compañero con cara de pocos amigos, pero no se atrevió a contrariarle. Apuntó en su cuadernillo los candados y los barrotes, al final de la lista de materiales de construcción. A la mañana siguiente, Oiva le dio un buen fajo de billetes y le recordó que no tenía que escatimar dinero en sus compras.

—Que todo sea de primera. Nada de paneles de segunda hechos con sobrantes, porque no pienso aceptarlos.

Cuando se quedó solo, Oiva silbó a Quinientos para que saliera del bosque y al presentarse el cachorro en el patio de la serrería, Oiva le arrojó el hueso de goma que Remes le había comprado. El zorrito lo olisqueó un momento, desconfiado, hasta que le empezó a parecer interesante y lo cogió. Corrió feliz hacia el bosque con el hueso de goma entre sus dientecillos, la hermosa cola ondeando al viento de otoño.

15

Desde Kittilá, el comandante Remes mandó un telegrama a Estocolmo, a Stickan. Se lo dictó al telegrafista siguiendo el mensaje escrito que Oiva le había dado.

«¡Hola, Stickan! Estoy fuera de circulación por el momento, en un lugar imposible de encontrar. Si a Siira lo soltasen de Lángholmen, hazme el favor de echarle un ojo. ¡Recuerdos a las putas de parte de su querido Oiva!»

Remes se apuntó en la agenda el teléfono y la dirección de Stickan. En la tarjeta de visita que Oiva le había dejado ponía que éste era dueño de una empresa, «Vida Adulta, S. A.», radicada en Estocolmo. Las ocupaciones de la empresa iban desde la venta de videocasetes y publicaciones ilustradas, pasando por la representación de artistas de cabaret, hasta diversos negocios de hostelería y, cómo no, también estaba especializada en sauna finlandesa y masajes. El comandante pensó que tal vez podría ponerse en contacto alguna vez con Stickan, cuyas actividades profesionales estaban orientadas hacia terrenos tan interesantes.

Luego llamó a España y su mujer le contó que se le estaba acabando el dinero, así que le mandó mil quinientos marcos de lo que Oiva Juntunen le había dado. Su conciencia no reaccionó en manera alguna. También llamó a su hija pequeña y se enteró de que se había casado la semana anterior. Le mandó también dinero del de Juntunen, y tampoco entonces se despertó su sentido de la culpabilidad. Rellenó el impreso de la transferencia bancaria y le añadió: «De ahora en adelante te las puedes apañar tú sólita. Te lo desea de todo corazón: Papi.»

Remes fue a la serrería de Kittilá y compró una gran cantidad de paneles ya cepillados, diversos tipos de tablas y listones. En la ferretería y en la droguería encontró más materiales para la reforma, como papel pintado, pinturas, clavos y barras de acero, así como bisagras fuertes y un gran candado para la puerta de su cárcel.

Por la noche se fue al hotel de Levi, a comer y beber. Se puso hasta las trancas, como en los viejos tiempos, y se metió en discusiones con unos pacifistas de un sindicato de Helsinki. El comandante se puso a

hacer molinetes con sus nudosos puños, lo que ocasionó un tremendo zafarrancho, ruido de vasos rotos y gritos de mujeres. También fue la causa de que la policía acudiese al lugar. Como premio a sus desmanes, Remes fue llevado a rastras al calabozo de Kittilá, donde pasó la noche acongojado. Por la mañana se despertó con enfriamiento, pues había dormido en el suelo, admitió en los interrogatorios ser culpable de todo lo habido y por haber, le pusieron una multa y subió a un taxi que le llevó directamente y sin paradas hasta Pulju. Allí esperaba al resacoso guerrero una carga entera de materiales de construcción. Tenía ganas de volver a Kuopsuvaara, aunque allí también hubiera un calabozo.

«No me sienta bien el aguardiente… La gente que lo aguanta no lo bebe, pero aquellos a los que no nos conviene nos ponemos hasta el culo. ¿Cómo puede ser?», pensaba arrepentido mientras el taxi giraba hacia Pulju. Más tarde, el desgraciado comandante fue dando tumbos en la plataforma del tractor que le llevó de Pulju a la colina de Kuopsu, vomitando a cada rato una bilis amarillenta, secándose los ojos llorosos y sintiéndose poco a poco mejor. Cuando por fin acabó su vía crucis, descargó el tractor, pagó a los hombres y fue a presentarse ante Oiva tambaleándose.

Discretamente, se puso a colocar los barrotes en la trampilla del estiércol. Serró unos cuantos del tamaño adecuado y los reforzó con unas robustas fallebas. Por todo el monte resonaban sus martillazos como campanas mientras terminaba el calabozo. Cuando la reja estuvo lista, Oiva comprobó su resistencia dándole golpetazos con un leño de abedul de un metro de largo. Saltaban chispas de la madera cada vez que atinaba con ella en el acero. Pero aguantó. El comandante colocó un cristal tras los barrotes por la parte de dentro, para que cuando helase en invierno no hiciese demasiado frío en la celda. Para terminar, atornillaron a la puerta del establo unas bisagras nuevas y muy fuertes y le pusieron un gran candado. Cuando el calabozo estuvo listo, Oiva fue al pajar a buscar heno e invitó al comandante a que se tumbase en él. Cerró la puerta y se echó la llave al bolsillo. Si Remes tenía una llave de repuesto, no le serviría de nada, ya que el candado quedaba por la parte de fuera.

Oiva fue a la madriguera abandonada para desenterrar algo de oro. Regresó pronto, se asomó disimuladamente por la trampilla del estiércol para comprobar que el comandante estaba a buen recaudo y llevó el oro a la cabaña. No se dio prisa en liberar a su compañero, ya que por la duración de su encierro éste podría calcular a qué distancia se encontraba el escondite, y a Oiva no le apetecía ayudarle en ello. Se tumbó en su cama y debió de dormir un par de horas. Entonces liberó al comandante de su prisión. Remes salió frotándose los ojos, ya que él también se había echado una siesta.

Juntos se pusieron a trabajar el oro. Fueron dando forma a las hermosas virutas, haciendo pepitas grandes y pequeñas, que luego metían cuidadosamente en un frasco. Primero lo pesaron vacío y luego lleno, para saber el peso real del oro. Esta vez Oiva había cortado algo menos de seiscientos gramos, unos treinta y cinco mil marcos. Lo metió en el armario del contable y, tras cerrarlo, se guardó la llave celosamente.

—Se puede ir más tarde a venderle el oro a Kyander. Ahora puedes empezar con las reformas —le dijo a Remes.

El comandante pasó un par de semanas clavando paneles en las paredes y el techo del lado de los listos. Empapeló la cocina y la habitación de las cocineras con un papel muy mono, de florecitas. Oiva no participaba en estos trabajos, sino que se conformaba con darle buenos consejos y entretenerlo con sus historias. Cuando pusieron los paneles del techo pasó todo el tiempo quejándose por tener que sujetarlos, a pesar de que el comandante nunca hubiera podido hacerlo solo.

Aquel color blanco, tan puro, le daba un toque de belleza al cuarto. El agua para lavarse se calentaba en el caldero de la sauna y la estufa chisporroteaba alegre cada vez que le arrojaban agua. Extendieron por el suelo una alfombra oriental de imitación, colgaron de las ventanas unas cortinas suntuosas, pusieron en las camas colchones de muelles y sábanas nuevas de cuadros azules. La cabaña parecía cada vez más un sitio habitable. En el establo ronroneaba un generador diesel que les procuraba electricidad. Colgaron una luz en el abeto del patio y el comandante instaló luces aquí y allá en el interior de la cabaña. Sobre la cocina de leña fue colocada otra eléctrica de dos fuegos, en la cual las sopas del comandante se hacían en un santiamén.

A finales del otoño, Oiva mandó al comandante a Rovaniemi a vender el oro y a comprar más cosas. Ahora que había electricidad en Kuopsuvaara se podían traer todas las máquinas y aparatos eléctricos que fuesen necesarios. Especialmente un estéreo y un vídeo, le recordó Oiva al viajero.

—Y no te olvides de comprar una de esas televisiones con mando a distancia. No repares en gastos, compra todo de la mejor calidad. Y no se te ocurra pagar el impuesto por ver la tele.

En Rovaniemi, Remes le vendió el oro a Kyander, sacó por él treinta y cinco mil marcos y, como de costumbre, se instaló en el Hotel Pohjanhovi. Tras darse una ducha, el comandante fue a la ciudad a hacer compras. Por vez primera en su vida se sentía un hombre rico.

Poseído por la fiebre compradora, el comandante acaparó aparatos de radio, se probó trajes térmicos para el invierno…, todo ello de la mejor calidad. También se compró un puñal, que colgó de su cinturón,

era de madera de nudo de abedul y del mejor acero de Marttiini. Tanto el vídeo como la televisión tenían mando a distancia y el tocadiscos y el casete eran automáticos y de alta fidelidad. Compró discos y casetes a montones, sobre todo de marchas militares y rock y un par de vídeos de películas de guerra. Pensando en Oiva Juntunen compró también *Emmanuelle*… y pensando en él, *Emmanuelle negra*.

Se compró una moto todoterreno que pensó que le sería de utilidad en sus excursiones de pesca. Una compra importante fue un humidificador de aire, por no hablar del telescopio y el barómetro. En una librería eligió dos o tres metros de novelas bonitas y caras, sin olvidarse de comprar un libro de salmos y el calendario de la Asociación de Pescadores para el año entrante.

Y de vez en cuando paraba en algún bar a echar un traguito, cómo no.

Pensó en comprarle a su amigo un colchón de agua con termostato, pero abandonó la idea por lo difíciles que le parecieron las instrucciones de instalación y las normas de la oficina de control de electricidad. En su lugar, compró una bicicleta estática y un juego de mancuernas, para evitar el riesgo de apoltronarse durante el invierno. Una pequeña taladradora y una fresadora le parecieron también necesarias, así como un robot de cocina con el que se podía batir, amasar, moler, rallar y picar. Por supuesto, también compró dos pares de esquíes de descenso con sus correspondientes bastones y sus dos pares de botas. Un juego de consola en el que el Rey de los Monos luchaba contra unos elefantes también pasó a ser de su propiedad, así como una plancha a vapor y una calculadora digital de bolsillo.

Y de vez en cuando había que hacer una paradita en la taberna, claro.

Y todavía, a toda prisa, una vajilla completa de porcelana para doce comensales y copas de cristal tallado. Los cubiertos, cómo no, de plata y los candelabros de oro. Consiguió en Kyander dos bacinillas con baño de plata. ¡Hasta las ratoneras eran de latón cromado!

Por la noche, después de ver un par de veces *Emmanuelle negra*, a Remes se le ocurrió llamar a Stickan. Consiguió localizarle y le dio recuerdos de Oiva Juntunen. Le encargó directamente que le mandara dos putas a Laponia. Prometió dejarle dinero e instrucciones por escrito para el viaje al recepcionista del Hotel Pohjanhovi, para que las mujeres pudieran llegar sin molestias desde Rovaniemi. Le dijo a Stickan que tuviese cuidado de no revelar el lugar donde Oiva se hallaba escondido. Éste prometió ocuparse lo antes posible del asunto, pero le dijo que, de todas formas, la cosa tardaría su tiempo y que tuviese paciencia, porque aquélla era temporada alta para las putas en Estocolmo, así que sería difícil encontrar chicas con ganas de viajar. Y, además, él no quería mandarles a su viejo amigo y a un oficial del

ejército finlandés ninguna pelleja, ya que le pedían desde tan lejos unos chichis suecos.

—¿Hace falta que lleven medias de red, corsés negros y zapatos de tacón de aguja? —preguntó Stickan.

Remes le dijo que cómo no: las mujeres tenían que llevar consigo toda la parafernalia.

—¿Látigos y cosas por el estilo? ¿Esposas y máscaras de goma?

El comandante le dijo que las esposas no serían necesarias, pero que la ropa interior de encaje negro era bienvenida y que no se olvidasen de llevar consigo ligas rojas.

Stickan anotó todo con sumo cuidado.

—Todavía una pequeña información para Oiva. A Siira, el perito mercantil, lo han soltado de la prisión de Lángholmen hace dos semanas. Anda por ahí dando vueltas, bastante nervioso, y parece ser que se ha comprado una pistola. Vamos, que eso es lo que hay.

El comandante se entretuvo aún dos días más retozando cual gorrino por Rovaniemi, perdiendo mucho dinero y hasta la memoria. Cuando finalmente regresó a Kuopsuvaara con aquella carga descomunal, Oiva Juntunen le gruñó un poco por su tardanza. Pero en cambio no se quejó por su derroche, sino que le dijo pomposamente:

—Esta familia no escatima.

Remes calentó la sauna y le lavó a Oiva la espalda. Entonces se acordó vagamente de la conversación telefónica que había mantenido con Stickan.

—Por lo que me han dicho, han soltado a Hemmo Siira.

Oiva dio un respingo. ¡Siira!

Los hombres tenían algo más en que pensar, ahora que los perros de la guerra andaban aullando a su acecho. Algo fuera de lo común estaba por pasar.

TERCERA PARTE

16

Era 8 de octubre y la vieja koltta[2] Naska Mosnikoff andaba en sus quehaceres habituales: después de levantarse se había preparado un café en el que desmigó un buen trozo de delicioso queso lapón y luego había salido un momento a echar su mea—dita mañanera junto a una pared de la cabaña. Por la noche había nevado y la pequeña construcción —algo más grande que una casita de juegos de las que se encuentran en los jardines del sur de Finlandia— estaba cubierta por un hermoso manto blanco. Ya ni se veía el tejado cochambroso. Una tormenta veraniega había hecho de las suyas en el poblado koltta del lago Sevettijárvi y hasta Naska había terminado patas arriba al ir a buscar leña, arrastrada por el vendaval. También el tejado se había estropeado un poco, pero Naska no pensaba repararlo hasta que llegara de nuevo el estío. Era una puñeta que le lloviera justo a los pies de la cama. Pero quien más odiaba las goteras era su gato, un bicho greñudo y con más años que Matusalén. Tenía la costumbre de dormir a sus pies y no terminaba de habituarse a la continua humedad.

Naska intentó recordar qué día era…, el 8 de octubre cumplía noventa años, o sea, hoy, porque había pasado justo una semana desde el día de la Virgen, y eso sí que lo recordaba ella: la fiesta de María era siempre el primero de octubre. Naska era de religión ortodoxa, como todos los koltta que habían sido evacuados de Petsamo. Había acompañado en numerosas ocasiones la cruz en procesión y seguramente se había persignado millones de veces para ahuyentar el mal.

Encendió una vela ante su querido ¡cono y le habló un rato a san Demetrio. Le pidió que diera gracias en su nombre a Dios y a Cristo, por los días de vida que le habían concedido y porque sus hijos estaban relativamente sanos y vivían con honradez. Hacía ya más de cincuenta años que el menor de ellos se había ido de casa.

Por lo que no se sentía aún con fuerzas de dar gracias era por el destino de Kiureli, su marido. Kiureli Mosnikoff había sido enrolado a la fuerza en el ejército del zar y llevado a la guerra, ¿adonde?, eso era algo que nadie se había preocupado de contarle a Naska…, y sin

embargo a la guerra se fue, a la fuerza se quedó en ella y nunca más volvió a oírse hablar de él. ¿Se tragó la guerra a Kiureli o es que se perdió por el mundo? Quién podía saberlo. El recuerdo que a Naska le había quedado de él era el de un hombre tirando a bueno, aunque le diese algún que otro guantazo de vez en cuando. Sin embargo, Naska se lo hubiera quedado para ella y nunca se lo hubiese entregado a la guerra. Hubiera sido más fácil criar a los hijos con la ayuda de Kiureli.

Apagó de un soplido la vela y se vistió. Luego salió, barrió la nieve recién caída de las escaleras y de la vereda del patio y llevó a la cabaña un par de brazadas de leña. Le dio de comer a Jermakki, su gato. Entonces decidió celebrar su cumpleaños preparando una sopa de carne de reno. Comer carne salía más caro que comer pescado, pero Naska no era una mujer tacaña.

—Para una vez en la vida que una cumple noventa años…

Justo cuando había atinado a ponerse su traje de ir a misa y sus mejores zapatos, dos coches entraron en el patio a toda velocidad. Hacía muchos meses que eso no pasaba.

¡Madre del amor hermoso! ¿Acaso es que ya venían a llevársela al asilo de Inari? El pensamiento cayó como una piedra en la cabeza de la anciana. Se peinó a toda prisa sus cuatro pelos y salió a la escalera a recibir a los visitantes. Habría que bailarles el agua para que no se pusieran otra vez a hablar de sacarla de allí. Ya tenía ella su propia casa, a ver por qué demonio iba a tener que marcharse a ningún asilo, con la de cosas que tenía que hacer y lo vieja que era.

—¡Bienvenidos, queridos visitantes! —dijo Naska muerta de miedo.

A la cabeza del grupo se encontraba el jefe de la asistencia social del distrito rural. Un buen chico, en opinión de Naska, aunque siempre le viniera con cosas desagradables. Que si había que rellenar la declaración de la renta, que si había que solicitar algún servicio o que si fírmeme este papel… ¡Como si en la vida no hubiese suficientes problemas!

El jefe de la asistencia social, Hemminki Yrjólá, dirigió al grupo al interior de la cabaña. Le acompañaban Sinikka Hannuksela, jefa de una de las secciones de la planta de enfermos del asilo, Eevertti Tulppio, reportero del diario *El Pueblo Lapón*, el cual firmaba sus crónicas con el apodo «Ewerdi», y Sakari Puoli-Tiitto, un investigador de la Universidad de Oulu que se dedicaba a viajar recogiendo documentación sobre tradiciones. Éste llevó hasta la cabaña un magnetófono, el reportero una cámara con su flash, la enfermera una manta y el jefe de la asistencia social, un ramo de flores. Hizo una reverencia cortés al entregárselo a Naska Mosnikoff.

—¡Muchas felicidades! Naska es ahora la koltta más anciana del distrito y aquí están estas flores en prueba de nuestro respeto. Y a este

día aún le añade más importancia el hecho de que tú, Naska, eres ahora la koltta más anciana de toda Finlandia.

El reportero Tulppio dijo que ni siquiera en Nellimó quedaba ya un solo koltta de más de noventa años, ya que Rietu había muerto la primavera pasada. Le daba vueltas al titular sobre el cumpleaños de Naska: «Conversamos con la koltta más anciana de Finlandia. La vivaz Naska Mosnikoff se sincera».

—¡Habría que investigar si no eres además la koltta más anciana del mundo, Naska! Eso sí que sería una crónica con sustancia, pensad en el titular: «Naska Mosnikoff: la koltta más anciana del mundo».

Naska le quitó el papel al ramo de flores. Le asombró que éstas aún florecieran tan bonitas, a pesar de que ya era octubre.

—Para qué molestarse tanto… Qué dirán sus señoras cuando se den cuenta de que les han pelao los tiestos para traerme esto —dijo algo asustada.

Tranquilizaron a Naska. Que las habían comprado en el quiosco, que no se preocupara. La jefa de sección del asilo le echó la manta por los hombros y la obligó a sentarse en una silla. Buscó algún jarrón donde poner las flores en agua, pero como no había ninguno en la casa, las puso en una lechera de hojalata, que luego dejó en una esquina del fogón. Al cabo de un rato, el agua empezó a hervir en la lechera y por la diminuta cabaña se extendió un embriagador aroma. Naska se dio cuenta, apartó la lechera del fogón, la dejó en el suelo y en ese momento se acordó de remover la sopa de reno. En una hora estaría lista. Contó a los invitados. Sólo había tres platos hondos, pero ella podía comer en uno llano, le daba igual. Tendría que apañárselas para coger el tazón de Jermakki sin que se notara y así poder servirles la sopa en plato hondo a todos.

Pero, naturalmente, primero tocaba la ceremonia del café. Naska se lo sirvió y les animó a que mojaran en él el bollo y se sirvieran queso. Después del café, el jefe de los servicios sociales y el reportero se pusieron a fumar. A Naska le empezaron a pitar los pulmones, pero hizo como si el humo del tabaco no le molestase. Mejor no quejarse de su asma delante de aquella gente. Si hacía esa tontería se la llevarían de allí, seguro. Como pasó con Kiureli aquella vez. Siempre se lo llevaban a uno, ya fuese a la guerra o al hospital, y de esos paseos nadie volvía para contarlo.

El investigador de tradiciones puso en marcha el magnetófono y casi le metió a Naska el micrófono en la boca. A la vieja le molestaba el chirimbolo y pensó que qué era eso de presentarse de visita y apuntarla a una con un trasto semejante. ¿Hacía falta que casi se lo hiciese tragar?, ¿es que no se podía meter la voz en el cacharro con más tiento? Pero qué se podía hacer con aquella gente. Se tuvo que poner a recordar, no le quedó otro remedio.

Los huéspedes la animaron a que hablase de los viejos tiempos. Le decían riéndose que era importante. Las cintas serían llevadas a los archivos y entonces cualquiera podría ir a la universidad a escucharlas y a tomar notas. Cuando Naska preguntó por qué se hacía de esa manera, le contestaron que ésa era la costumbre. Todo eso era tradición y ésta no podía morir.

—Digo yo que sería mejor si le preguntaran a los jóvenes, que tienen más buena memoria —intentó Naska, sin resultado.

Le dijeron que preguntaban a los viejos por si se morían… Claro que Naska no tenía que preocuparse ahora por eso, pero por si acaso…, para que nada se perdiese «en la noche de los tiempos», como dijo Puoli-Tíitto, el investigador de tradiciones, así, como quien no quiere la cosa.

Y Naska se tuvo que poner a recordar, qué remedio. Contó sobre su infancia en Suonikylá, en Petsamo, sobre su juventud y su edad adulta. Lo que no recordaba, se lo inventaba. Cuando le preguntaron sobre los tiempos del monasterio de Petsamo, Naska contó que había sido sirvienta allí justo después de que se llevaran a Kiureli a la guerra y que su hijo pequeño, ahora de sesenta y tres años, era fruto de sus retozos con el prior. El investigador apagó bruscamente el magnetófono. Se pusieron a hablar de otras cosas.

Aprovechando el momento, Naska consiguió escamotear el tazón de Jermakki bajo sus faldas. Salió al patio con la excusa de ir a buscar agua, lo enjuagó rápidamente y regresó adentro con el tazón limpio. Mientras la sopa de reno daba el último hervor, Naska puso los platos y habló otra media hora al magnetófono sobre los tiempos de Petsamo. Luego se pusieron a comer.

A los postres, el investigador Puoli-Tiitto todavía le sacó a Naska información sobre todas las guerras por las que la vieja se había paseado. Naska se acordaba de cuatro o cinco y la concurrencia lo consideró un gran logro. El reportero Tulppio sacó fotos y le pidió a la homenajeada que saliera un momento afuera. Naska fue fotografiada frente a la leñera, cargando una brazada de ramas cortadas. Todos estaban de acuerdo en lo bucólico que resultaba el patio de la vieja koltta. El investigador de tradiciones no paraba de señalarle todo tipo de objetos y preguntarle qué eran y para qué eran usados en el hogar. En la leñera, Naska agitó su hacha mellada ante los ojos del investigador.

—¡Apunta, chaval! Esto es un hacha. Aquí se usa para partir tarugos.

Tanto ajetreo empezó a fatigar a Naska. Como era principios de invierno, oscurecía muy temprano y además la anciana no había podido echarse su siestecita de todos los días. Tenía muchas ganas de tumbarse en su cama, pero no se atrevió, no fuera que los visitantes la

tomaran por una vieja chocha y achacosa. Pero los bostezos no había forma de evitarlos.

La enfermera se fijó en que la dentadura postiza de Naska castañeteaba bastante. Se la pidió, la enjuagó y la miró al contraluz ante la lámpara.

—Naska querida, te vamos a conseguir una dentadura nueva si te vienes a la iglesia. Te sacamos el molde en el asilo y luego te los hacen en Rovaniemi, de buena calidad. Lo paga el municipio.

—Pues aún mastican divinamente la carne —dijo Naska encogiendo los labios—, y ya me los está devolviendo, que me los dieron los alemanes.

Entonces tuvo que ponerse a contar la historia de su dentadura. Era de cuando la última guerra. El dentista de la división de infantería ligera de montaña le sacó el molde de los dientes y se la hizo. Eso fue antes de la guerra de Laponia. ¡Y lo que había aguantado! Le rozaba un poco en las encías, pero no había hecho falta que le arrancaran los dientes cariados.

El jefe de la asistencia social se puso en pie y empezó a hablar.

—¡Bueno! Ya se está haciendo de noche. Supongo que todo ha quedado claro, así que nos marchamos. ¡Y lo que vamos a hacer ahora es que, por ser tu día, te vamos a llevar a la iglesia, Naska! No sería una fiesta de verdad sin una pequeña excursión. Enfermera, ayude a Naska a meterse en el coche. Ya vendremos luego por las cosas, y el gato… —(en ese momento el jefe de la asistencia social bajó la voz)— … habrá que matarlo.

Naska se puso a la defensiva. Dijo que ya había tenido diversión de sobra con la visita y que no tenía ganas de irse de picos pardos. Y que muy agradecida a la compaña. Que se podían llevar las flores porque qué falta le hacían a ella, si con lo oscuro que estaba ni las veía.

Pero los hombres la agarraron cariñosamente y la llevaron al coche en volandas. La enfermera metió en una bolsa cosas de aquí y de allá. Jermakki maullaba en el patio y Naska empezó a llorar. Forcejeó lo que pudo, pero eran más fuertes que ella. La enfermera y el jefe de la asistencia social se le sentaron uno a cada lado. El reportero Tulppio arrancó su coche, y lo mismo hizo el investigador de tradiciones con el suyo. Naska se revolvía en el asiento de atrás todo lo que le daba el cuerpo.

—¡Desgraciados, adonde me lleváis! ¡Sinvergüenzas! —gemía Naska—, ¡hasta el gato me lo dejan solo en el patio para que se muera…!

El jefe de la asistencia social se puso nervioso. Arrojó a Jermakki dentro del coche, cerró la portezuela de golpe y el investigador de tradiciones pisó el acelerador.

—Naska querida, no está bien que te comportes así —la amonestó la enfermera. Intentó acariciar al gato, que bufó en el regazo de su ama.

El jefe de la asistencia social le gruñó al investigador Puoli-Tiitto:

—¡Venga, vámonos ya, que se nos va a hacer de madrugada antes de que lleguemos a Inari! ¡Coño, la de pelo que suelta este gato!

También le entraron ganas de añadir que la vieja koltta olía a chotuno, como pasa con los viejos cuando no se duchan todos los días. El jefe de la asistencia social encendió un cigarrillo.

Otra vez empezaron a pitar los pulmones de Naska y la anciana se resignó a la voluntad de sus raptores, pensando tozudamente, eso sí, que en cuanto tuviese la más mínima oportunidad se libraría de aquella excursión. Ella ya sabía que aquello se llamaba «secuestro». Así es como la gente educada decía en la actualidad cuando robaban gente.

Cuando llegaron a la carretera de Kaamanen, el investigador de tradiciones Puoli-Tiitto paró el coche y dijo que iba a hacer «un pipí». El jefe de la asistencia social también tenía ganas de mear y cuando se bajó del coche, Jermakki aprovechó para escapar de un salto hacia el bosque tenebroso. La enfermera salió corriendo tras el gato e intentó atraerlo llamándolo, pero el oscuro páramo permaneció en silencio. El reportero Tulppio llegó pronto al lugar y, tras preguntar por el motivo de la parada, fue también a aliviarse. Los ojos verdes de Jermakki brillaban a lo lejos, en las profundidades del bosque.

La vieja Naska se dio cuenta de que estaba sola en el coche e intuyó que era el momento de salir por piernas. Como era una persona sabia, no cerró la portezuela del coche de golpe, sino que corrió sin hacer ruido hasta el lado del bosque donde los hombres estaban meando. Al otro lado del camino, la enfermera Hannuksela seguía llamando al gato. Naska corrió a protegerse bajo unos espesos árboles y allí se quedó, acurrucada. Al cabo de un rato oyó cerca un ronroneo sordo. Jermakki la había encontrado y se restregaba contra la caña de sus botas de goma.

Cuando el grupo se dio cuenta de que Naska se había escapado, se lió una buena. Primero empezaron a echarse la culpa unos a otros y luego se pusieron a gritar en dirección al monte.

—¡Naska! ¡Naska! ¡Sé buena y vuelve al coche!

Naska no fue buena. Permaneció en el bosque, acurrucada en silencio y con su gato en brazos. El jefe de la asistencia social amenazó desde la carretera:

—¡Si no vienes inmediatamente al coche… pues… estoo… te vamos a ir a buscar!

Todos llevaban zapatos de calle así que a ninguno le apetecía

ponerse a patear en la oscuridad por el bosque helado. El jefe de la asistencia social intentó convencer al reportero Tulppio para que se quedase en el lugar mientras los demás iban a la parroquia a dar parte de la desaparición, pero Tulppio dijo que ocuparse de una vieja a la que las autoridades habían abandonado no era de su incumbencia. La verdad es que le había entrado una prisa loca por escribir un artículo sabroso sobre lo sucedido. Ya tenía hasta el titular: «Abandonada en el bosque la koltta más anciana del mundo».

Tras quedarse roncos a fuerza de dar voces, todos decidieron marcharse. Cuando los coches se perdieron de vista, Naska y su gato salieron del bosque y caminaron cansadamente hasta la carretera. Naska decidió echar a andar hacia su casa, en Sevettijárvi. Era un viaje de varias decenas de kilómetros, pero podría llegar en un par de días. Luego, ya en casa, calentaría la estufa, prepararía café y se echarían a dormir. Atrancaría las puertas y descansarían en condiciones.

—Andando, Jermakki, no vayamos a coger frío.

17

Eran momentos duros para Naska Mosnikoff. No tenía nada de divertido quedarse en medio de la tundra helada siendo una mujer solitaria de noventa años, cuando se levanta el viento y la noche acecha.

Para el gato era una prueba aún más dura. Él también era viejo, veinte años como poco. Ésa es una edad avanzada para un gato, la mayoría se muere de viejo mucho antes. A Jermakki le pesaban, además de los años, sus costumbres sedentarias. Se había pasado el último lustro tumbado a los pies de la cama de Naska y la forma física no es que mejore mucho sólo a base de ronronear.

Naska acarició a Jermakki y luego lo dejó en el suelo.

—Vamos, a casita. Hay que espabilarse. Que estemos ya lejos cuando vuelvan.

En plena oscuridad, Naska Mosnikoff y su gato Jermakki se patearon la carretera durante muchas horas. La dirección tenía que ser hacia el norte, a su casa de Sevettijárvi. Pero en aquella tiniebla Naska no vio el desvío a Sevetti. Se pasó de largo el pueblo de Kaamanen, donde todos dormían, y siguió en dirección a Utsjoki. Tenían por delante doscientos kilómetros de carretera ártica que terminaban en el durmiente mar helado.

Lo único bueno de aquel error era que a los equipos de búsqueda nunca se les ocurriría inspeccionar la carretera del Ártico y se dedicarían a vagar por la parte sur de los bosques de Kaamanen.

Durante aquella larga noche, Naska y Jermakki peregrinaron a lo largo de la carretera desierta. Por la mañana una luz invernal de color azul se extendió por todo el paisaje, mientras la helada apretaba aún más, pero los viajeros siguieron intentando caminar hacia el norte y a mediodía sobrepasaron el límite extremo de los abetos. Un par de coches les pasaron de largo levantando un torbellino de nieve helada que los dejó casi ciegos. Ambos empezaban a tener hambre y sueño, pero no había más remedio que continuar. Sentarse a un lado del camino los condenaría a una muerte lenta, pero segura. Jermakki no ronroneaba, lo cual era mala señal, porque Jermakki era de ronroneo fácil, sobre todo en casa.

Ese día Naska y su gato anduvieron más de tres leguas. Los pasos de la vieja koltta se habían acortado con la edad. Avanzaba a una media de cincuenta y cinco centímetros por paso. Ese día, la anciana dio más de medio millón de pasos. ¡Y el gato! Si cada paso de Jermakki era como mucho de diez centímetros, el pobre minino tuvo que dar tres millones…, y como los gatos tienen el doble de patas que las kolttas, al pobrecillo le tocó ese día dar seis millones de pasos. No es de extrañar que no tuviese ganas de ronronear. Y aún no se veía ni señal de Sevettijärvi en el horizonte.

Al caer la noche, un autobús iluminado que venía del norte apareció rugiendo en sentido contrario. Naska estaba ya tan agotada que hizo un gesto para que parase. La diminuta koltta y su gato corrieron por la carretera helada y se subieron a él.

Dentro reinaba un alegre bullicio y se estaba calentito. Iba lleno de alemanes gordos y barbudos, antiguos héroes de la segunda guerra que se hallaban disfrutando de su viaje anual al norte para recordar viejos tiempos. Aquellos hombretones habían servido en las divisiones de montaña que lucharon en Sallas y en la zona de Petsamo, y en la última fase de la guerra habían incendiado Laponia. Venían en autobús desde Vesisaari, Noruega. Iban a atravesar Repokaira hasta Peltovuomaa y Hetta, donde pensaban beber enormes cantidades de cerveza y pasar la noche en una posada. Desde Hetta el viaje continuaría por Karesuvanto hasta Suecia y Noruega, y desde allí—con un resacón de miedo—, a sus casas de la República Federal de Alemania.

Al principio la anciana koltta se asustó mucho al ver a aquellos alemanes barbudos cantando y soltando risotadas, pero como vio que no le hacían nada, se tranquilizó. Poder sentarse en aquel autobús calentito era como estar en el cielo. Hasta Jermakki volvió a ronronear. Iban hacia el sur, o sea, en sentido contrario, pero Naska estaba tan cansada que no podía ni pensar con claridad.

Los alemanes cantaban viejas canciones del ejército. Le sacaron fotos y le pidieron que cantase algún joikku.[3] Naska no estaba para joikkus, así que se durmió, y lo mismo hizo el gato.

Al cabo de un par de horas, se despertó sobresaltada y preguntó adonde iban. ¿Habían llegado ya a Ivalo?

Se enteró de que ya hacía rato que habían pasado de largo y que estaban llegando a un pueblecito llamado Pulju.

—¡María Santísima! —Naska se sobresaltó y quiso bajarse.

Los alemanes le sacaron aún algunas fotos en la carretera, y luego el autobús continuó su camino. Naska se quedó otra vez sola con Jermakki y echó a andar, cansada y sin saber adonde iba. Se sentía muy deprimida. No sabía por dónde quedaba Sevettijärvi y le entraron ganas de llorar.

Tras una curva del camino estaba el pueblecito de Pulju. Naska se puso muy contenta, porque pensó que, al menos por el momento, no estaban en peligro de muerte. Tímidamente llamó a la puerta de la casa más cercana y entró hasta la sala. ¡Se estaba tan calentito!

Pidió asilo para pasar la noche y los de la casa, una mujer y su marido, le dijeron que no había inconveniente. El perro se acercó a olisquear a Jermakki, que le bufó cansado. A él le dieron leche y a Naska, sopa. Le hicieron la cama a la anciana en la habitación de invitados; Jermakki ronroneaba a sus pies y ésta tuvo pesadillas en las que se le apareció Kiureli. Pero el sueño le ayudó a reponer fuerzas. Por la mañana se levantó con determinación, se aseó y se puso a conversar animadamente con sus anfitriones. Mientras tomaban café escucharon la radio: el parte meteorológico auguraba una gran borrasca de nieve en la zona norte de la provincia de Laponia. Naska se asustó mucho. Tras la información del tiempo, dieron un aviso urgente: Naska Mosnikoff —quien por cierto era la koltta más anciana del mundo— había desaparecido en Kaamanen cuando estaba siendo trasladada de Sevettijárvi a la residencia de ancianos de Inari. Para la búsqueda habían movilizado a la policía de fronteras y miembros de la brigada de infantería de montaña de Sodankylá. Por el momento se desconocía el paradero de la anciana. Señas de identificación: estatura pequeña, ojos castaños, ligera de lengua, tocada con la cofia distintiva de las esposas kolttas, acompañada de un gato macho que responde al nombre de Jermakki. Noventa años. Se rogaba que todo aquel que pudiera dar alguna información sobre el paradero de la koltta más anciana del mundo, se pusiera en contacto con las autoridades más cercanas…

Naska dio las gracias por el café. Se dispuso apresuradamente a irse y achuchó a su minino para que saliera.

—¡Pues vaya, con el gato callejero este que se me ha pegao! —dijo a propósito de Jermakki—. Bueno…, digo que me voy, que se me hace tarde. —Y se fue escopetada.

Naska salió del pueblo lo más rápido que le permitieron sus cortas piernas y caminó hacia el norte, en dirección a Peltovuoma. En cuanto perdió de vista el pueblo, corrió a meterse en el bosque. Decidió no volver a mostrarse donde hubiese gente. ¡Madre, si hasta la estaban buscando con los soldados! Eso sí que no podía entenderlo. ¿Qué crimen había cometido ella para que mandaran una armada entera a perseguirla?

Estaba segura de que los soldados no buscaban gente por diversión. Cuando les daban una orden como ésa, y encontraban a quien andaban buscando, esa persona estaba perdida. Eso fue lo que en tiempos le pasó a Kiureli, y también a otros muchos. A menudo ejecutaban enseguida a los que pillaban, pero a otros los llevaban

primero a la prisión y sólo los mataban después de haberlos torturado, y si les venía bien. No había manera de salvarse de las garras del ejército cuando los soldados lo perseguían a uno. Naska Mosnikoff decidió que antes que dejarse pinchar por sus bayonetas, prefería morir en el páramo.

—Y con esos cacho perros que llevan…, que se nos comerían en un decir Jesús…, unos chérifes del oeste, eso es lo que son. Qué gente más mala, estos finlandeses —murmuraba Naska mientras avanzaba por la nieve hacia el oeste, hacia el paisaje sobrecogedor del monte de Iso Aihkiselká. La nieve le llegaba al gato hasta la panza. Se estaba levantando una borrasca y el animal lo presentía. Maullaba de tal manera que a Naska le dio hasta pena de él. Pensó que, qué demonios, vamos a caminar hasta que no podamos más y ya veremos dónde dispone la Virgen María que mueran su hija y este gato inocente. Naska se persignó furiosamente varias veces.

Mientras tanto, en la acogedora casa de Pulju, el matrimonio seguía dándole vueltas a la posible identidad de su huésped. Comparando las señas de identificación, llegaron a la conclusión de que bien podía tratarse de la misma anciana koltta. Un dato definitivo para reconocerla fue que la abuela llevase un gato viejo consigo. En general los que viajaban no iban acarreando animales domésticos, y probablemente los kolttas tampoco lo hacían. La mujer dijo que ella había oído en algún sitio la historia de un hombre, un tal Vatanen, que había dado la vuelta a toda Finlandia con una liebre, pero éste no era el caso, claro.

—Lo de la liebre todavía se entiende, ¡pero un gato! ¿Y si llamásemos a Kittilá, al comisario?

Y así fue como el comisario de Kittilá se enteró de que había desaparecido una abuela. La búsqueda se centró inmediatamente en los alrededores del pueblo. No se podían utilizar aviones ni helicópteros a causa de la tormenta, pero trasladaron a los equipos de rescate de Kaamanen a Pulju. Con ellos iban los mismos reclutas que habían estado corriendo el verano anterior por la zona de Potsurais, Sietteló y Juha-Vainaan Maa al ritmo de los berridos de Remes. Regresar a aquella zona tan lúgubre y ahora helada no era algo que entusiasmase a los soldados y, además, nadie creía que una vieja de casi cien años pudiese sobrevivir en circunstancias como aquéllas.

Una de las patrullas de búsqueda dio con la cabaña de leñadores de la colina de Kuopsu. De la sauna salieron dos hombres desnudos echando vapor, uno más joven y más flaco y otro grande, fortachón y vocinglero. No se mostraron muy sociables con los visitantes, ni aceptaron que la patrulla se quedase allí a pasar la noche. Cuando el hombre de más edad —el que daba tantas voces— salió ya vestido, descubrieron que se trataba de un oficial con el grado de comandante.

Y si un comandante da la orden, el teniente reagrupa a sus hombres y desaparece rápidamente, así esté cayendo la tormenta de nieve del siglo.

La búsqueda se suspendió por falta de resultados. Agotadas, las tropas regresaron a Pulju, donde fueron cargadas de nuevo en camiones todoterreno del ejército y transportadas a Sodankylá.

Naska Mosnikoff pasó de largo Siettelóselká y llegó a Juha-Vainaan Maa. Cargaba a Jermakki en sus brazos, porque el animal ya no podía caminar de tan espesa que era la capa de nieve. Viejo y gordo, el minino resultaba pesado, pero por otra parte era tan peludo y caliente que le aliviaba el dolor de sus brazos reumáticos. Su ronroneo silencioso se perdía en el aullido de la tormenta.

Al llegar al pie de la vertiente sur de Juha-Vainaan Maa, Naska divisó a lo lejos, entre la borrasca, a un grupo de soldados que arrastraban trineos. Rápidamente la abuela se arrojó tras un montón de nieve para pasar desapercibida y dejó que pasaran de largo. Naska no iba a rendirse al ejército. Antes la muerte. A ella no le iba a pasar como a su Kiureli. ¡Naska era más lista!

18

Oiva Juntunen y el comandante Remes contemplaban por la ventana la noche tormentosa. Así que una anciana andaba perdida por allí… ¿Habría algo que pudieran hacer?

Pusieron la radio para oír las noticias de la noche. Se enteraron de que la mujer que había desaparecido era la koltta más anciana del mundo y escucharon sus señas de identidad. A continuación entrevistaban al jefe de la asistencia social del distrito de Inari, el cual hizo una rápida valoración del estado de salud de Naska Mosnikoff. En su opinión la mujer estaba más o menos sana físicamente, pero en lo que respectaba a su salud mental no podía decirse lo mismo, ya que la mujer parecía estar afectada por una especie de chochez paranoica, lo cual no era de extrañar, si se tenía en cuenta su edad.

El capitán de la brigada de infantería de montaña de Sodankylá que estaba a cargo de las labores de búsqueda y rescate también hizo su valoración para los oyentes. No le parecía probable que la anciana fuese encontrada con vida.

—En circunstancias semejantes, con una tormenta de nieve como ésta, incluso un guerrillero finlandés podría perecer, si su único equipo fuese una manta de lana. Según los datos de que disponemos, la persona extraviada no lleva consigo ningún tipo de herramienta para poder hacer fuego, por no hablar de un hacha, un saco de dormir, alguna ración del ejército…, ni siquiera una lámpara especial para tormentas.

—¿Piensa usted que la koltta más anciana del mundo haya podido perecer en el páramo? —le preguntó el entrevistador al capitán.

—Naturalmente desearíamos que todo esto acabara bien, pero teniendo en cuenta las circunstancias, nos parece imposible. Diferente sería si esta mujer hubiese recibido formación básica como guerrillera en la brigada de montaña de Sodankylá, pero desgraciadamente, esto no es así… y ya sólo por su edad y su sexo… y si se me permite añadirlo, en estos páramos uno no puede sobrevivir a fuerza de tejer calcetines o de acariciar un gato.

Remes encendió la chimenea. Los hombres decidieron que al día siguiente, en cuanto hubiese suficiente luz y amainase la tormenta,

saldrían a buscar el cuerpo por los montes cercanos.

«Si Quinientos se animase a venir con nosotros… seguro que sería capaz de ayudarnos a rastrear», pensaba Oiva Juntunen.

En ese mismo instante, Naska Mosnikoff se encontraba en Juha-Vainaan Maa, acariciando a su gato y metida hasta el cuello en la espesa borrasca. La tormenta soplaba desde el este, pero Naska se había refugiado en la vertiente oeste de Juha-Vainaan Maa, donde el viento no pegaba con tanta fuerza. Sin embargo, era tanta la nieve que caía, que la anciana tuvo que sacudir la manta repetidas veces para no quedarse enterrada con su gato bajo el peso de la nieve. Naska pensó quedarse escondida allí un rato, antes de continuar viaje.

Los infinitos sufrimientos casi habían acabado con el sentido de la realidad de la pobre anciana koltta: había regresado a la época de su juventud e imaginaba que estaba viajando al viejo poblado de Suonjeli, llevando de regreso los renos tras haberlos tenido pastando. En casa, en el kammi,[4] estarían esperándola los niños y Kiureli, que tal vez estaría un poquito bebido. Pronto ella podría calentarse también.

Lo que sí le extrañaba era por qué llevaba aquel gato consigo, si estaba pastoreando renos en el bosque. En casa no tenían gato. Encima, éste le resultaba conocido y ronroneaba todo el tiempo.

Pero no podían quedarse allí. Naska se envolvió todavía más en la manta y echó a andar hacia su casa, para estar junto a Kiureli y sus hijos. Se llevó el gato, ¡qué más daba de quién fuera el bicho! Y qué más daba otra boca que alimentar, si encima el viaje a casa iba a ser más entretenido así que yendo sola. Hay que darse prisa, que ya está muy oscuro. Hay que llegar a tiempo de hacerles la comida a Kiureli y a los niños.

Mientras avanzaba con dificultad, Naska intentó recordar si aún les quedaba lucio en el hórreo. ¿Habría estado Kiureli por la mañana retirando las redes? El pescado era fácil de descongelar…, bueno, vale, la carne también se descongela y se hace bien si uno pone el caldero en las trébedes y le enciende un buen fuego debajo. Con un viento tan fuerte como aquél, el humo saldría fácilmente por el agujero del techo.

Entonces empezaron a verse las luces de Suonikylá. ¡Qué manera de brillar! A lo mejor los hombres habían vuelto a encender la hoguera en el centro del pueblo, ¿les habrían traído otra vez vodka de Rusia? Naska Mosnikoff se arrastró a través de la tormenta hasta el patio de la cabaña de la colina de Kuopsu.

Le daba la impresión de que, después de todo, no estaba donde creía estar. Se oía un ruido como de motor…, ¿se habría vuelto loca? ¿Qué quería decir todo aquello?

El generador ronroneaba en el establo de la serrería y el lado de los

listos estaba iluminado con brillantes luces eléctricas. La anciana cubierta de nieve de pies a cabeza, se preguntaba dónde estaría. ¿Es que se había desviado hasta Salmijarvi? ¿O se encontraba en Petsamo, cerca del monasterio? Naska se santiguó: claro, este edificio tan grande tenía por fuerza que ser el monasterio. Bueno, ¿y qué más daba?, siempre se las había apañado bien con los monjes…

Hizo sonar la aldaba de la puerta del monasterio. Oiva Jun—tunen le gruñó al comandante, el cual se levantó de la cama y fue descalzo a abrir.

Naska entró. Estaba tan cubierta de nieve y hielo que parecía una bruja diminuta y terrible. El comandante se horripiló ante aquella aparición: ni en la academia militar le habían dicho que existiesen seres como el que tenía ante sus ojos. Oiva se levantó también y se acercó prudentemente para observar a la recién llegada.

Cuando consiguieron quitarle de encima la mayor parte de la nieve, Remes se dio cuenta de que, después de todo, se trataba de un ser humano, y aún más, era una mujer anciana. ¡Y un gato! Ambos eran viejos y estaban helados. La abuela estaba totalmente ida. Agarró a Oiva de la mano y empezó a decirle una y otra vez:

—Kiureli…, no me pegues, es que ha caído una borrasca de miedo y no he podido venir antes…

Naska creía que se había perdido en Ala-Luostari, el lugar donde se encontraba el monasterio, pues la habitación a su alrededor estaba llena de luz y colores. Se escuchaba una música celestial, acompañada de unas voces cristalinas. En realidad, lo que estaba sonando en ese momento era un disco del grupo sueco Abba en el estéreo.

Naska miró a su marido, temerosa y enamorada. Allí estaba su Kiureli, vestido de señorito, afeitado y con botines. Pero éste no le dio la mano, sino que insistió en hacerla sentar. Y el otro hombre, el monje de la barba negra, tenía el gato en brazos. Ambos le preguntaban su nombre.

El comandante Remes dijo que seguramente se trataba de la anciana koltta que se había perdido. Era todo un milagro que estuviera con vida.

—¡Kiureli…, que soy Naska!, ¡deja de preguntar chuminadas! ¿Dónde están los crios?

A la pobre abuela se le había ido la cabeza. Tenía frío, temblaba como una hoja y decía todo tipo de insensateces. El comandante la cogió en brazos cuidadosamente y la llevó hasta su propia cama. Le quitó la ropa de abrigo y cubrió a aquel ser diminuto con los edredones. Luego apagó la lamparita de la mesa de noche y se fue a la cocina a calentarle un caldo de carne. Oiva Juntunen fue a buscar el termómetro al botiquín. Se lo puso a la abuela en el sobaco. Pues sí

que lo tiene arrugado, pensó. Al cabo de unos minutos, Remes trajo el caldo y comprobaron el termómetro: marcaba 35,9 grados. La temperatura del cuerpo de la anciana había bajado peligrosamente. Oiva se puso a masajearla para que su circulación sanguínea volviese a la normalidad y la abuela empezó a reírse con coquetas carcajadas, haciéndose la pudorosa ante tan animado sobeteo:

—¡Kiureli…!, ¡oye!, ¡que aquí noo!, ¡que nos está mirando el monje ese!

El hermano Remes le hizo beberse el caldo, y pareció que le sentaba bien. Al entrar en calor y empezar a circularle la sangre, Naska volvió en sí y recordó a su gato. Les pidió que le dieran comida a él también. Remes le dio también caldo y en cuanto se bebió su plato, Jermakki se subió a la cama de un salto y se echó a los pies de su ama. Como se sentía bien por vez primera en mucho tiempo, empezó a ronronear a sus anchas.

Al entrar en calor, la abuela se tranquilizó y se durmió. El comandante Remes se hizo la cama en la litera. Los hombres apagaron las luces y se dispusieron a dormir. En la oscuridad, Oiva le dijo al comandante:

—Mañana mismo te estás llevando a la vieja a Pulju.

El comandante murmuró, quejándose: siempre le tocaba bailar con la más fea. ¿Es que él no podía hacer algo también de vez en cuando?

—¿Es que no te acuerdas de que yo soy un proscrito? No me puedo presentar en el pueblo con una vieja en el trineo. Tú te ocuparás, que además para eso te pago.

Desde la cama de Naska llegaba un suave ronquido. Escuchando atentamente, se podía distinguir el ronroneo rítmico del gato. Fuera, tras las gruesas paredes de troncos, aullaba la primera tormenta del invierno. Sólo un ser vivo se movía en el exterior.

Quinientos olisqueaba unas huellas cubiertas de nieve que había encontrado en el patio. Se meó en las de los pastores alemanes. Los lobos no le daban miedo generalmente, pero en el patio y las escaleras había más olores extraños. Olía a la grasa de las botas de los soldados y a la península de Kola, por los zapatos de Naska. Pero el más asombroso de todos era el fuerte olor de Jermakki. ¡Puaj, qué asco!

El cachorro estuvo un buen rato olisqueando las huellas del minino. No paraba de pensar en cuál podía ser el animal que olía de manera tan repugnante. No pudo encontrar la respuesta, porque no había visto un gato en su vida.

Quinientos estaba pero que muy cabreado.

19

El sueño volvió a traer la lucidez a la pequeña cabeza de Naska Mosnikoff. Al despertarse se dio cuenta de que no había pasado la noche en la celda de huéspedes de un monasterio, sino más bien en la habitación de un hotel moderno. Las paredes estaban cubiertas con bonitos paneles, en los suelos había espesas alfombras y los muebles eran de la mejor calidad. Y el que estaba echado en la cama de al lado no era su Kiureli, sino un joven desconocido, que sin duda tenía un aire a Kiureli. En el suelo roncaba un hombretón de espesa barba, que al parecer, tampoco era monje. Hombres raros, sí señor. El único conocido era el gato que estaba a sus pies, estirándose. Era su Jermakki, que se estaba lavando y que al verla despierta empezó a ronronear para decirle que tenía hambre.

Naska se levantó con cuidado para no despertar a nadie. Fue de puntillas hasta la cocina, que era grande y estaba muy limpia. ¿Es que al final había ido a parar al asilo? Sobre la cocina de leña había otra eléctrica y en las estanterías no faltaba de nada. Decidió preparar café y hacer unos bocadillos. Pensó que los hombres pedirían el desayuno en cuanto se despertaran, porque era lo que solían hacer cuando había una mujer en casa.

Cuando lo tuvo listo, los despertó. Oiva y el comandante se sentaron a la mesa en silencio. Tuvieron que admitir que la anciana koltta sabía hacer buen café. Naska se sentía como en casa trajinando en aquella cocina. Les sirvió unos bocadillos riquísimos y les animó a que comieran.

—Y si me encendéis el horno, os puedo hacer pan fresco —dijo Naska, metida ya en faena.

Los hombres masticaban callados. Parecía que la conversación no arrancaba, pero como había que enterarse, Remes le preguntó a la anciana:

—Nos gustaría saber quién es la señora. Lo pregunto porque normalmente no tenemos visitas de mujeres, al vivir en este rincón tan alejado.

—¡Madre Santa: soy la Naska! Naska Mosnikoff. Hace un par de días cumplí noventa años y ahí empezó la cosa. Vinieron los señores

del municipio y me secuestraron en un coche y me sacaron por la fuerza de mi casa. Yo salí por piernas, pero empezaron los fríos y me subí a un autobús. ¡Madre, qué lastimica me da recordarme…!

Naska les contó lúcida y animadamente todo lo que le había sucedido. Le resultaba agradable poder hablar con alguien después de tanto tiempo y aquellos hombres no parecían representantes de la autoridad, así que confió en ellos. El más grande llevaba en el cuello de la camisa dos estrellas, pero no le terminaba de parecer un soldado. Más bien parecía un bandolero. Naska preguntó de quién era aquella casa y los hombres se presentaron como dos humildes buscadores de oro. Le dijeron que estaban allí en Kuopsu esperando a que pasara el invierno. A principios de otoño habían encontrado cierta cantidad de oro. Pero ¿cómo es que Naska había sido capaz de llegar desde Pulju hasta allí y además estar viva para contarlo?

—¡Huuuuy, pues cuando moza me hacía hasta cien kilómetros al día! Pero esta vez la helada casi acaba conmigo.

—¡La están buscando hasta con patrullas militares! Exclamó Oiva Juntunen.

Naska se sobresaltó en cuanto los soldados salieron a colación. Apenas si podía sostener la taza de café en su pequeña mano, de lo que temblaba. A los hombres les extrañó su reacción, no había por qué temer a unos simples reclutas.

Después del desayuno, Remes se fue a la leñera y se puso a reparar un viejo trineo. Le reforzó las patas clavándolas, porque con el paso de los años se le habían aflojado todas las coyunturas. Luego fue a la cabaña a buscar unas mantas, que extendió en el fondo. No quería que la anciana se helara o enfermara por su culpa. La helada se había recrudecido aún más tras amainar la tormenta. El comandante estuvo a punto de ponerle una caja de cartón al gato, pero luego pensó que, qué demonios, la vieja podía llevarlo en brazos y así no se escaparía con tanta facilidad.

Naska Mosnikoff contemplaba desde la ventana las actividades del comandante. Le preguntó a Oiva que adonde iba el hombre, ¿es que se iba a pescar?

—Es que hemos pensado que como no tenemos trineo a motor, pues el amigo la va a llevar en ese otro al pueblo. Es cómodo ir en él cuando el que tira es un hombre grande. Se va mejor que en uno de renos.

Naska apretó los puñitos e informó, testaruda:

—¡Pues yo no me marcho a ningún pueblo! Para eso me echo otra vez al monte, pero al asilo no me llevan ni atada. ¡Ya lo sabes, majo!

—Pero… escuche, señora Mosnikoff…, usted no puede quedarse aquí. Ésta es una casa de hombres. No sabemos cuidar ancianos. Es

mejor que la mandemos al pueblo, a algún sitio calentito donde se ocupen de usted. Y el gato también puede ir en el trineo, no hará falta que caminen.

Naska se cabreó. ¡Que ella necesitaba que la cuidasen! ¡Al contrario! ¿Acaso no les había hecho el café por la mañana?, ¿acaso no les había gustado? Y aquella cabaña era suficientemente caliente y apañada para ella.

—¡Y en cuanto cobre la jubilación, me pago mi comida! ¿Y si me dejasen quedarme aquí un par de semanitas? Luego me iría pa Sevettijárvi otra vez… Ahora no puedo ir a casa. Seguro que están vigilando cada rincón.

Oiva pensó que, había que joderse, en la que se habían metido por culpa de aquella abuela cabezona. Si las autoridades la encontraban allí… Una persona decente tendría que dar explicaciones, así que un sinvergüenza… Había que deshacerse de ella llevándola al pueblo, aunque fuese por la fuerza. El comandante Remes podía ocuparse del tema.

Oiva decidió darle a la anciana una pensión que le durase hasta la muerte. Además, no parecía que a la pobre le quedase mucho tiempo. Cuando Remes tuvo el trineo listo, le dio veinte mil marcos.

—Compra una motonieve, ya que vas al pueblo. A la vieja le das unos cuantos miles, lo que te sobre, vamos.

El comandante cargó a la escandalosa koltta en el trineo y en cuanto Oiva le trajo el gato empezó a tirar de él.

La abuela se arrojó inmediatamente del vehículo y echó a correr como una liebre hacia Juha-Vainaan Maa. El gato también se puso nervioso y empezó a bufar. Oiva Juntunen salió tras ella. ¡Había que ver cómo corría Naska, aunque la nieve le llegase hasta media pierna! Oiva empezó a ahogarse. Se había pasado todo el otoño tumbado y eso había hecho que estuviera en muy baja forma. Necesitó doscientos metros antes de poder atrapar a la fugitiva y luego tuvo que arrastrarla hasta el trineo. Tuvieron que atarla a las patas con la cuerda de tender para que no se volviese a escapar. Oiva trajo de la cocina los bocadillos que habían sobrado del desayuno, y le dio el paquete a la anciana.

—Cuídate, abuela.

En silencio, el comandante se echó la soga al hombro y empezó a tirar de la furiosa carga hacia Pulju. Al cabo de un rato el trineo se perdió de vista en el bosque nevado. El eco de las protestas chillonas de Naska siguió oyéndose aún largo rato por la helada colina.

Oiva se sacudió la nieve de los zapatos. Entró en la cabaña y puso la radio para oír el parte. Tras las noticias más importantes, mencionaron que las labores de búsqueda de la anciana koltta Naska

Mosnikoff se habían suspendido ante la falta de resultados. Luego entrevistaron al director de la Federación Nacional de Excursionistas de Finlandia, que recordó a los ciudadanos que nunca había que salir al monte solos y sin un equipo acorde a las circunstancias meteorológicas. Recomendaba especialmente a las mujeres de más de noventa años que se quedasen en su casa durante el invierno.

Oiva apagó la radio. Sentía malestar, porque la verdad es que la abuela le había caído bien. Pero no les quedaba más remedio que alejarla de aquel páramo. ¿Cómo iba a arreglárselas ella en un sitio como aquél?

Contempló la casa. No había pega que ponerle. El comandante Remes había instalado allí todas las comodidades mundanas. Había luz eléctrica, una buena cocina, camas blandas, estéreo y una chimenea para calentarse…, pero estaba el problema con las autoridades. Naska era una fugitiva de los servicios sociales…, y sin ella ya había suficientes fugitivos en aquella cabaña.

De repente sintió envidia de Naska Mosnikoff. Aquella mujer había conseguido desaparecer sin dejar rastro, había sido dada por desaparecida oficial y definitivamente. «Las operaciones de búsqueda se han suspendido ante la falta de resultados.» Oiva hubiese pagado hasta un millón de marcos por que ese comunicado se hubiese referido a él. Pero la vida era decididamente injusta: una vieja sin motivo alguno para huir se echaba al monte, y al poco tiempo la daban por perdida. Y en cambio él, un criminal joven y rico, se veía obligado a esconderse de la policía y del diablo de Siira, quién sabía por cuánto tiempo. La suerte no está bien repartida en esta vida, pensó con amargura.

Como el comandante no estaba, Oiva decidió trasladar el oro de la madriguera abandonada a la cabaña, porque al haber ya nieve, éste podía deducir fácilmente la ubicación del tesoro con sólo seguir sus huellas hasta el escondite.

Cogió una pala y se puso en camino. La tierra estaba helada, así que necesitó más de medio día para llevar los pesados lingotes a la cabaña. No paraba de pensar cuál sería el lugar adecuado para el botín. No se atrevía a esconderlo en el desván bajo el tejado, ni en las literas, ni en el granero, por no hablar de la sauna o de los establos. Tampoco se atrevía a hacerlo debajo de las piedras de la estufa de la sauna, aunque sabía que a Remes nunca se le ocurriría que pudiese estar allí, pero es que temía que los lingotes se derritiesen, tal era la afición del comandante por calentar la sauna al máximo. Así que finalmente decidió esconderlos en el pozo de la serrería. A Remes no se le ocurriría buscarlos justamente allí. Ató un alambre alrededor de cada lingote y luego los descolgó hasta el fondo del pozo. Cuando lo necesitase, sólo tendría que tirar del hilo metálico y el tesoro estaría

en sus manos en un momento. Aparecerían huellas alrededor, así que decidió que lo mejor era ir de vez en cuando a buscar agua y así el comandante no sospecharía nada.

Era el pozo del tesoro.

Oiva volvió adentro cuando tuvo el oro escondido. Cortó un trozo de salchichón a la medida exacta de su hambre y se echó en la cama a vaguear. Todo estaba en orden de nuevo y se sentía seguro.

Pero se distraía de sus pensamientos al acordarse de la abuela koltta, tan entrañable, y se sentía mal, como si hubiese cometido algún crimen al haberla echado de allí.

«Aquí la Naska se hubiera muerto…»

Entonces se le acabó el salchichón. Y como Remes no estaba, se lo tuvo que cortar él solito.

20

Remes se vio obligado a escuchar con las orejas rojas los chillidos de la vieja koltta. Hacía muchísimo frío, la nieve era espesa y aunque la vieja era flaca, le parecía que el trineo pesaba más que un pecado mortal. El viaje a Pulju era de diez kilómetros como mucho, pero Remes pensó que iba a ser largo y pesado. Entonces se escapó el gato por primera vez.

En realidad fue Naska quien lo soltó, cuando se dio cuenta de que el animal de tiro no tenía intención de pararse. Lanzó el minino a la nieve y luego informó llorando al comandante de lo sucedido. Era una crueldad arrastrar a una pobre anciana de vuelta a la civilización en contra de su voluntad, y encima eso no le daba derecho a dejar tirado a su gato —¡animalico!— para que se congelara en la nieve.

Remes se acercó hasta el gato dando saltos por la espesa nieve e intentó cogerlo en brazos. El bicho estaba tan asustado con tanto grito y tanto revuelo, que le arañó la cara dejándosela ensangrentada. El comandante volvió al trineo con él bajo el brazo y se dispuso a continuar el viaje con aquella pesada carga que tanto se resistía.

Pero pronto el gato volvió a salir por los aires y entonces fue Remes quien hubiese necesitado ser salvado. Probó a acariciarle el espeso pelaje, pero el viejo animal no se aplacó con eso, sino que se resistía con todas sus fuerzas, ya lo intentase el comandante por las buenas o por las malas.

A la quinta escapada, el comandante decidió hacer una pausa. Estaba empapado en sudor, los oídos le pitaban a causa de los chillidos de Naska y tenía la cara ensangrentada. Consiguió encenderse un pitillo, aunque las manos le temblaban de la mala leche que sentía.

—¡Soldado tenías que ser! ¡Ya me lo maliciaba yo! —le escupió Naska.

Remes asintió con la cabeza.

—Soy comandante, jefe de batallón, para ser más concretos.

Naska Mosnikoff se echó a llorar desesperadamente. Se retorcía de tal manera que la cuerda con la que estaba atada a las patas del trineo empezó a clavársele en sus delgados miembros. El comandante no

podía soportarlo, aquellos sollozos le partían el corazón. Intentó consolarla diciéndole que no pasaba nada, que no se angustiase. Que sólo iban al pueblo. Pero Naska lloraba como una condenada a muerte.

—¡Lo mismito que a mi Kiureli, que se lo llevaron atado a unas parihuelas! ¡Primero le dieron una somanta y luego lo amarraron y dos soldados se le sentaron en lo alto para que se estuviera quieto, y luego se lo llevaron! ¡Y para los restos!

Aquel llanto más bien parecía una inundación y al comandante terminó por hacérsele un nudo en la garganta. Si alguno de los hombres del batallón se echaba a llorar durante unas maniobras, Remes tenía por costumbre secarle las lágrimas con los puños. Pero esta situación era de lo más difícil. Le pidió a Naska que le contase lo que había sucedido con Kiureli, por ver si eso la tranquilizaba.

La triste historia de Kiureli y el desconsuelo de la anciana hicieron mella en él. Le dio lástima de la pobre vieja. Desanudó las cuerdas, encendió junto al trineo una hoguera y le ofreció comida. Naska cesó de llorar, estiró sus miembros dormidos y llamó a Jermakki para que se le sentara en el regazo. Sentada junto a la hoguera, comiéndose los bocadillos, le contó sobre su vida pasada en Suonjeli, sobre lo libre y feliz que se había sentido allí. Cuando se llevaron a Kiureli, todo cambió. Y luego estallaron las últimas guerras. Los kolttas fueron evacuados a Noruega y Suecia y luego a Sevettijárvi. Y nada tenía de malo vivir en Sevettijárvi, si no hubiese sido porque aparecieron los señores de Finlandia y la secuestraron para evacuarla de nuevo a la fuerza. ¡Qué fácil era hacerla dar tumbos por el bosque, ahora que no era más que una vieja! ¡Si la Naska hubiese sido más joven nadie habría tenido redaños para arrastrarla de ese modo!

—Intenta comprenderme a mí también —imploró el comandante.

Naska no quiso saber nada. En su opinión, echarla de esa manera era una injusticia. Llevada a la fuerza, estrangulada, atada… y menos mal que no le habían sacudido, encima…

Cuando el fuego se apagó, el comandante le rogó a Naska que volviera a subir al trineo para continuar el viaje. Sólo habían conseguido llegar hasta Siettelóselká y ya era mediodía. Tendrían que hacer el resto del viaje a buen paso, si es que querían llegar a Pulju antes de que oscureciese.

—Ahora la señora se va a portar bien y se va a sentar en el trineo. Aquí tiene al gato y no vuelva a dejar que se le escape.

Pero Naska volvió a lanzarlo bien lejos y se le plantó al comandante puesta en jarras.

—¡Mira que te muerdo, jodido! ¡Como intentes atarme, te muerdo hasta arrancarte un dedo!

El viril comandante se rindió. Fue a zancadas a coger por enésima vez el gato, se lo devolvió a Naska y suspirando, se sentó en el borde del trineo. Naska se sentó a su lado con los labios apretados con determinación.

—Al Kiureli le zurrasteis y os lo llevasteis, pero a mí nadie me lleva como puta por rastrojo —le juró a Remes.

Vencido, el comandante pensó que era definitivamente imposible llevar aquella carga a su destino. Si por él fuera, la abuela podía quedarse en Kuopsu. ¿Qué diría Oiva? Le explicó a Naska que él no estaba personalmente en favor de echarla y que su destino dependía de su jefe, que era quien decidía. Así que no servía de nada que Naska le insultase y le llorase, porque él sólo era un mandado.

—Vamos a la cabaña… y si el Juntunen se pone tozudo, tú vas y le arreas. Hala, hijo, a ver si te portas como un hombre —le aconsejó Naska.

—Bueno…, no vamos a liarnos con peleas ahora…

El comandante miró hacia Pulju. La espesa nieve y el monte helado no invitaban a continuar el viaje y además les quedaba mucho camino aún. Tendría que atar a la vieja de nuevo al trineo y amordazarla. Y matar al gato, eso estaba claro… Sería una cutrez aparecer en el pueblo cargando en el trineo a una vieja amordazada y atada…, algo ciertamente embarazoso. Decidió rendirse. Le dio la vuelta al trineo y ordenó a Naska que subiese.

Sorprendida, la vieja echó a correr tras él con su gato en brazos. Cuando el comandante volvió a ordenarle que se subiera, Naska le contestó con voz alegre:

—Quiá, majete…, de verdá que no me importa ir andando detrás de ti, ¡con lo que pesa ese trasto y tener que arrastrarlo hasta casa!

Oiva contempló la llegada de la expedición desde la ventana: el comandante Remes a la cabeza, dando zancadas en la nieve y tirando del trineo vacío, con la enérgica koltta caminando a saltitos, pisándole los talones. Y en último lugar, correteando tras ellos, el gato de Naska, Jermakki. Por alguna razón se alegró al verlos. Salió al patio a recibirlos y les preguntó si habían sufrido algún contratiempo en el bosque, ya que el comandante regresaba de nuevo con la abuela y el gato. Remes le lanzó una mirada de odio, así que Oiva decidió no volver a hacer ninguna pregunta al respecto. Ayudó al comandante a llevar el trineo a la leñera y entretanto Naska se metió en casa con su gato. Cuando los hombres entraron les gritó desde la cocina que estaba haciendo un estofado de carne de reno.

—Mejor, porque va habiendo hambre —gruñó el comandante—. Y en lo que respecta a la abuela, si quieres que se vaya tiras tú de ella hasta Pulju, ¿estamos? Coño con la vieja…

El estofado de reno estaba delicioso. Tras la comida, el comandante se fue a la sauna, porque tenía allí la colada a medias. Faltaban dos sábanas del tendedero. ¿Es que había ladrones?, murmuró irritado el lavandero. Pronto se dieron cuenta de que Naska las había cogido y se había hecho la cama en la habitación de las cocineras. Además, había llevado leña a la cocina y estaba avivando el fuego de la chimenea. Cuando lo tuvo encendido, salió un momento a la oscuridad invernal, para regresar con un cubo lleno de agua. Les dijo que para cenar les iba a dar algo ligero y café, aunque a ella no le sentaba especialmente por la noche, porque le quitaba el sueño.

—Y siendo tan vieja, la verdá es que una duerme como el perro de un pastor sin necesidá de café.

Por la noche estuvieron viendo la televisión en color. Naska se enfadó mucho con las noticias, porque mostraron una foto suya mientras contaban que las labores de búsqueda de la anciana koltta desaparecida habían finalizado.

—Desde luego…, qué gentuza…, ¿no había otra foto donde estuviese más fea? —soltó Naska—. Creo yo que mejores fotos había. Tengo una muy hermosa de 1912, ¿o era 1913?, en Salmijárvi, en Petsamo. Estamos mi Kiureli y yo, de cuando los tiempos del zar Nicolás. Hay algo que siempre me he preguntado: ¿matarían a la Anastasia, o andará por ahí? Digo cuando la revolución… Aunque como sois mozos a lo mejor no sabéis de qué hablo.

Naska se instaló en la cabaña como si fuera su casa. Trajinaba constantemente, preparaba las comidas, barría los suelos y hacía la colada. También hubiese querido cargar la leña y el agua hasta la casa, pero los hombres se lo impidieron. La vida empezó a hacérsele al comandante demasiado confortable. Cuando ellos empezaron a pasarse los días entre bostezos y quejándose de que no tenían nada que hacer, Naska los mandó ocuparse de tareas de hombres.

—¡Nada, a poner trampas a los zorros! Anoche se volvió a colar una manada por atrás de la sauna y se han meado alrededor del pozo. Y en el almacén habían roto un paquete de leche en polvo para comérselo. Este invierno los hay hasta en la sopa. —Naska les explicó el motivo de que hubiese tantos zorros—. Si hubiese más búhos y demás lechuzas, se acabarían los zorros. Pero éste es mal año de búhos. En Sevettijárvi tampoco se ha visto ni uno.

El comandante Remes desconfiaba de los conocimientos de Naska en materia de caza. Objetó que los búhos no se alimentaban de zorros. Así que la superpoblación de zorros no tenía nada que ver con que hubiese pocos búhos.

—¡Pero qué tonto eres, majo! Claro que sé que los búhos no vuelan a fuerza de zampar zorros. Pero es que el verano pasado hubo en toda Laponia ratoncillos a mansalva. Si hubiese habido entonces búhos

suficientes, se los habrían zampado, pero es que no los hubo, ni los hay ahora. Bueno, pues los zorros se pusieron a criar que daba gloria, claro, teniendo comida… Y ahora no quedan ratoncillos, porque los zorros ya se los han acabado. Los malditos roedores esos tienen la culpa de que haya aquí tantísima raposa. Alrededor de esta casa corretean cada noche lo menos cien.

Naska les contó cómo se cazaban los zorros antiguamente en Suonjeli. Se le tallaba a un palo alto tres picos, y en el de en medio se pinchaba un pedazo de carne como cebo. Cuando el zorro trepaba e intentaba cogerlo se quedaba colgando del palo, clavado a él por la pata delantera.

—¡Y cómo aullaban los puñeteros cuando se quedaban atrapados! —recordó Naska.

Oiva conocía otro tipo de trampa, aún mejor. Una vez que se dio una vuelta por el Museo de Ciencias Naturales de Esto—colmo, por pasar el rato, se metió en una sala en la que había una exposición sobre la historia de la caza.

—Allí vi una trampa ingeniosísima. El tronco de un árbol de seis o siete pulgadas de espesor había sido agujereado más o menos a la altura del pecho de un hombre, y por el agujero habían metido un cordel. A un extremo de éste había un nudo corredizo y el otro extremo estaba atado a la copa de un abedul bien fuerte. El abedul estaba doblado, tirando del lazo. Había también un resorte con un cebo y cuando éste se movía, el resorte se disparaba y soltaba el abedul, que tiraba con toda su fuerza del lazo, cerrándolo de golpe.

Oiva pintó el artilugio en un papel. El comandante lo estudió con atención. Dijo que se trataba de una trampa ingeniosa y jodida.

—¡Neeene! ¡No sueltes palabros y haz el favor de enseñarme el papel, que yo también lo vea!

Naska dijo que sí, que le parecía una buena trampa. Animó a los hombres a que colocaran algunas en las laderas de la colina de Kuopsu y por Juha-Vainaan Maa. Les prometió que cuando empezasen a caer las raposas, ella se ocuparía de desollarlas y luego, al llegar la primavera, de curtir bien las pieles.

—Y luego tú, Remes, te vas a Noruega y las vendes. Y con los dineros, compras allí lana. Tengo que tejer manoplas y jerséis y las lanas de fábrica duran menos que un suspiro.

Oiva y el comandante se entusiasmaron con la caza del zorro. Agujerearon decenas de árboles, y metieron lazos por los agujeros, doblaron los troncos de varios abedules como si fuesen arcos y pusieron salchichas en los resortes como cebo.

En medio de sus animados preparativos recordaron de repente a Quinientos, su cachorro.

¿Y si se quedaba atrapado en alguna de las trampas?, se asustaron los hombres.

Oiva le silbó para que acudiera. El animal se había hecho ya grande, pero reconocía a sus amigos. Se acercaba, pero no dejaba que lo acariciasen. Remes le ofreció salchicha, pero a Quinientos ya no le llamaba la atención. Cogió una entre los dientes, se la llevó un poco más allá, la enterró en la nieve y se meó encima. Cuando los hombres le indicaron la trampa, donde también había una salchicha helada, Quinientos no mostró el menor interés por ella.

En vez de eso, se internó en el bosque y volvió al cabo de un rato con su hueso de goma en la boca.

—Éste no cae en una trampa ni por descuido —dijo Oiva.

Así que los hombres continuaron construyendo sus trampas a lo largo y ancho del monte. Al cabo de una semana ya tenían listas unas sesenta. Si la cosa salía bien, todo el bosque se llenaría de zorros ahorcados, y así fue como los hombres decidieron llamar a aquel lugar «Bosque de los Zorros Ahorcados».

Por si acaso colgaron de cada trampa una tarjeta de cartón en la cual había escrito: «Si eres una persona, cuidado con la trampa, es peligrosa. Very dangerous.»

Remes sugirió que lo escribieran también en alemán, pero después de reflexionarlo bien, llegaron a la conclusión de que tampoco pasaba nada por que algún turista alemán se quedase atrapado por curioso. Para almorzar comieron sopa de carne que Naska había preparado. Cuando le hablaron de las trampas y de los alemanes, Naska dijo:

—Menuda tropa, esos alemanes. Por mí como si se ahorcan todos.

Llegó el invierno; nevaba y la helada apretaba cada día más. Se decidió que por fin había que ir a comprar la motonieve y de paso traer más víveres. Remes fue el encargado de hacerlo, como de costumbre, y como Oiva tenía que sacar oro de su escondite, Naska y él tuvieron que meterse en el calabozo. Oiva cerró la puerta con llave y fue sigilosamente hasta el pozo, sacó de las profundidades un lingote, lo llevó adentro sin hacer el menor ruido y partió unos cientos de gramos en varios pedazos. Luego volvió a bajarlo al fondo del pozo.

Para despistar a los otros, se fue a dar un paseo por los alrededores, pasó por el arroyo donde habían lavado oro durante el verano anterior y por Juha-Vainaan Maa. Anduvo ociosamente arriba y abajo y por fin regresó cansado a la cabaña, donde todavía estuvo una horita tumbado en su cama, por si acaso, antes de soltar a los prisioneros.

—Hay que ver en lo que acaba una cuando se hace vieja, Señor… ¡en un calabozo… y con un guerrero!

Trabajaron el oro como de costumbre, dándole forma de pepitas,

para luego pesarlas en el frasco. Acto seguido Remes se puso en camino.

—¡Y pórtate bien, nene! —aconsejó Naska al comandante al marcharse éste hacia Pulju dando zancadas por la nieve.

—¡Y cómprale a Quinientos un hueso de goma nuevo! —le recordó Oiva Juntunen al viajero.

21

El comandante Remes se hospedó según su costumbre en el Hotel Pohjanhovi de Rovaniemi. Primero mandó que le subieran a la habitación algo de beber y luego, con el agradable gusto del coñac en la boca, llamó a su mujer a España.

El tiempo en el sur seguía siendo bueno. Su mujer no tenía queja, pero se le estaba acabando el dinero. Remes le mandó un par de miles de marcos y luego llamó a sus hijas. Se enteró de que la pequeña había dado a luz hacía un par de semanas.

—Con razón te diste tanta prisa en casarte —le espetó el comandante.

Así que también les mandó dinero a sus hijas.

Tras vender el oro de Oiva Juntunen, se lo pensó un poco y finalmente decidió ponerse a empinar el codo. Además, ahora ya era abuelo, qué leches, así que se merecía una curda en condiciones. ¡Rovaniemi iba a acabar en llamas!

En pleno nirvana, cuando el alcohol empezó a subírsele a la cabeza, el comandante se sintió tan rumboso que se lió a hacer grandes compras. En un almacén de fontanería compró un termo eléctrico de cien litros, una bomba eléctrica para sacar agua, decenas de metros de cañería, así como cierta cantidad de codos y bifurcaciones. Como colofón compró una bañera monumental, esmaltada en un blanco esplendoroso. Para Naska iba a ser lo mismo que un barco, pensó el comandante, asombrado de su generosidad. Observando a su esposa había aprendido que las mujeres necesitaban para lavarse una cantidad de agua varias veces superior a la de los hombres, y, además, caliente. En lo sucesivo, Naska ya no necesitaría lavarse los bajos en un barreño. La fuerza del generador sería suficiente para calentar el agua del termo y al mismo tiempo podrían ver la tele y usar la cocina. El comandante se sintió bien al imaginarse a la anciana koltta Naska Mosnikoff dándose un baño caliente de espuma.

También compró regalos caros de Navidad para sus amigos. ¡Cómo resistirse al espíritu navideño estando en Adviento!

Por la noche, ya en el hotel, y bastante pedo, se acordó

borrosamente de Stickan y sus alegres suecas, de las que no se había oído nada. Lo consultó con la dirección, pero le confirmaron que, al menos por el momento, no había llegado a Rovaniemi mujer alguna que coincidiese con la descripción dada por él. Las instrucciones que había dejado seguían a buen recaudo y no le quedó ninguna duda sobre el buen servicio que el Hotel Pohjanhovi daba a sus clientes.

La llamada del comandante sonó con estridencia en Esto—colmo. Cuando Stickan se puso por fin al teléfono, aquél le gritó:

—¡Coño, Stickan, qué pasa con esas putas, que no vienen!

Stickan le dijo que la cosa estaba bajo control. Había que esperar aún un poco más. En aquella época del año era muy difícil encontrar chavalas adecuadas que estuviesen dispuestas a viajar, teniendo en cuenta, además, el nivel de exigencia del cliente. Pero pronto estaría solucionado.

Tras comprobar que todo estaba en orden, el comandante siguió la juerga a todo trapo. Los camareros abrieron las puertas correderas de uno de los reservados y sirvieron champán en copas de cristal. Remes hizo un brindis por la patria, otro por la Navidad y varios por todo lo que importaba en la vida. Las costillas de reno desaparecían en las hambrientas bocas. Se sirvieron sorbetes de bayas y helados flambeados. Remes era un buen anfitrión, festejaba y se daba la gran vida.

Por la mañana los hemisferios cerebrales le pesaban cada uno una tonelada y se negaban a recordar los acontecimientos del día anterior. Los del almacén de fontanería le llamaron asquerosamente temprano para decirle que la bañera y todo lo demás estaba ya cargado en una furgoneta y que podía ir a recogerlo cuando gustase. La información sumió al comandante en un estado de gran desconcierto. No recordaba haber comprado cañerías, ni ninguna bañera. Y al parecer todo estaba pagado.

Durante la mañana fue llegando a la habitación del hotel una cantidad desorbitada de trastos. Sólo de regalos de Navidad había para llenar varios sacos, todos ellos envueltos en bonitos papeles. Había adornos para el abeto, una estrella de Belén para coronarlo y velas…

—Coño…, ¿de verdad que yo he comprado todo esto? —le preguntó al recadero de los grandes almacenes.

El comandante ordenó que le sirvieran el desayuno en su habitación. La verdad es que no se atrevía a salir, porque tal vez le fuesen a traer más trastos al hotel. Deseaba no haber comprado nada demasiado descabellado.

Los cacharros seguían llegando como succionados por una corriente. Sábanas, trajes de popelina a prueba de viento, varios pares

de esquíes con sus bastones, una maquinilla de afeitar, un rizador para el pelo, un cepillo de dientes eléctrico…

A mediodía se presentó el vendedor de un concesionario.

—La motonieve está en el patio. Y un remolque de acero, tal como acordamos.

El vehículo estaba cargado en un remolque enganchado a un todoterreno. El resacoso comandante ordenó que le llevaran a Ounasvaara y allí lo probaron. Comprobó que la máquina se movía por la nieve con facilidad y ligereza. Costaba una pequeña fortuna, pero daba igual. Con el frasco de oro de Juntunen había suficiente para comprar esa y varias motos más.

Invitó a comer al tipo del concesionario para cerrar la venta y luego fueron al almacén de fontanería, donde la moto y el remolque fueron cargados en la parte trasera de un camión de la empresa, junto con la bañera, el termo y demás chatarra. Encima ataron los regalos de Navidad, los equipos de esquiar y todo lo que el comandante había comprado el día anterior. Remes ordenó al conductor del camión que fuese hasta Pulju, adonde él iría en un taxi.

La cuenta del Pohjanhovi era de cuatro cifras. La mano le tembló a Remes imperceptiblemente al abonarla. Alquiler de los reservados, animación musical y cenas para varios comensales, todo minuciosamente anotado. No era de extrañar que su capacidad mental se hallara bajo mínimos.

Y luego a toda máquina en el taxi, a Pulju. En Meltau adelantaron al camión del almacén de fontanería, en cuya plataforma se balanceaba la panzuda bañera. El taxista dijo a modo de observación:

—Hay cada loco… En los tiempos que corren no vale la pena comprar un mamotreto como ése. La ducha ahorra energía.

—Y la bañera es un signo de calidad de vida —gruñó el comandante—. Los pobres son los que se lavan bajo la lluvia. Y los bichos del bosque.

Remes esperó en Pulju un par de horas, hasta que llegó el camión del almacén de fontanería. Lo descargaron entre el conductor y él, cargaron todo en el remolque de la motonieve y ataron la bañera encima.

—Un artilugio como éste debe de ser de gran utilidad en el páramo —se cachondeó el chófer del camión.

Malhumorado, el comandante no quiso continuar la conversación, así que arrancó la moto y enfiló hacia la oscuridad. Ya era por la tarde y tenía que darse prisa si quería llegar con luz a Kuopsuvaara.

A pesar de que la moto estaba equipada con anchas orugas, le costaba trabajo arrastrar tanto peso. La bañera se balanceaba en lo alto de la carga. Mientras subía el monte de Iso Aihkiselká ésta se cayó

del remolque, porque las cuerdas habían cedido. Al chocar contra un pino produjo un sonido hueco como el de la campana de Kemijärvi. El comandante maldijo con toda su alma.

Volvió a atar la bañera en su sitio en un par de ocasiones, pero el tozudo artefacto se caía en la nieve cada vez que aceleraba. Remes se hartó y paró el vehículo. Empezó a preguntarse si valía la pena transportar hasta la cabaña semejante artilugio. ¿No sería mejor enterrarlo en Juha-Vainaan Maa y olvidarse de él?

—Yo también…, es que tenía que liarme a comprarlo todo, la madre que me parió —se arrepintió el comandante.

Por fin se le ocurrió atar el grifo de la bañera con una cuerda, y ésta a la trasera del remolque. El armatoste se convirtió en una especie de trineo de Papá Noel, lleno de regalos de Navidad y comida, pero la cuestión era que estuviese suficientemente equilibrado para que se deslizase sin problemas.

Ahora ya podía circular. La motonieve tiraba del remolque, y tras él se deslizaba la bañera esmaltada.

«Un oficial siempre tiene soluciones para todo», se dijo el comandante, satisfecho.

La bañera se deslizaba mejor y era más espaciosa que los trineos lapones. El comandante empezó a pensar que en el sur —donde la gente modernizaba los cuartos de baño cambiando las bañeras por duchas— a nadie se le había ocurrido hacer negocio vendiéndoles a los lapones las bañeras usadas, para que las utilizasen de trineos.

Otra motonieve se acercaba a gran velocidad en sentido contrario. El resplandor de su luz delantera sobresaltó al comandante y le sacó de sus sueños. Quien se acercaba era Hurskainen, el policía encargado de la protección de los renos de aquella zona, vestido con su grueso mono de motorista y un casco forrado de piel con un escudo en la visera. El símbolo de la espada en la frente le daba a su aspecto un toque oficial.

Hurskainen detuvo su vehículo. Contó que volvía de la zona de Kiimatieva, en Pulju, donde había encontrado varios cadáveres de reno. A juzgar por los agujeros de bala, éstos no habían muerto precisamente de hambre. El responsable podía ser un ladrón que desease provocar a los de la asociación de criadores vecina. Hurskainen le preguntó al comandante si había visto gente sospechosa por aquellos parajes.

—Pues no he visto nada extraño. ¿Qué puede haber en un bosque solitario como éste?

El policía le preguntó con curiosidad adonde iba. Remes le contestó, sin entrar en detalles, que había alquilado una cabaña de leñadores por mediación del guardabosques Severinen para alojarse

durante el invierno.

—Estoy en período de excedencia… Me he tomado una especie de año sabático. Aquí hay sitio de sobra para respirar.

El comandante evitó echar el aliento en dirección del policía. Hurskainen se hubiese emborrachado con sólo oler la peste a aguardiente mal digerido que despedía.

—Así que un año sabático, ¿eh? ¿Es que es usted ortodoxo?

—Bueno, será mejor que siga —dijo el comandante arrancando el motor—. Espero que agarre a esos ladrones de renos.

El detective del páramo se quedó distraído mirando cómo se alejaba Remes. Parecía que el oficial tenía una motonieve completamente nueva, un remolque nuevo cargado hasta arriba… y detrás de éste… una bañera. Llena de regalos de Navidad.

Se quedó dándole vueltas a cuál podía ser el motivo por el que un oficial con el grado de comandante iba circulando por aquel monte solitario, tirando de una bañera. Allí ni siquiera había conductos para el agua, por no hablar de cuartos de baño.

Hurskainen intentó recordar si había alguna norma que prohibiese arrastrar bañeras por el hielo en las zonas pertenecientes a su jurisdicción. Al parecer, en el Parlamento nunca se habían parado a pensar en esa posibilidad.

El policía suspiró. Por aquellos páramos circulaba gente de lo más curiosa, a veces más locos que una cabra y arrastrando tras de sí todo tipo de cosas, legales e ilegales. Pero ésta era la primera vez que veía arrastrar una bañera.

—A los policías nos toman por el pito del sereno. Conduciendo una bañera… ¡Joooder…!

Reflexionó un momento si valía la pena ir a pedir explicaciones sobre la cuestión, pero decidió seguir tras las huellas de los ladrones. El asunto de la bañera le parecía tan misterioso que tal vez fuese más inteligente olvidarlo por completo.

22

El comandante Remes entró derrapando y con la cara llena de escarcha en el patio de la cabaña dorada de Kuopsu. Parecía un Papá Noel con aquella bañera llena de regalos. Sólo que Papá Noel raramente tiene tanta resaca como Remes en aquel momento. Tal vez es que él viene de Korvatunturi[5] con sus regalos, y no del Hotel Pohjanhovi.

Remes llevó los regalos de Navidad al calabozo sin mucho entusiasmo. Luego le enseñó a Oiva cómo funcionaba la moto—nieve. Éste se mostró satisfecho con la compra y le dio las gracias. Naska insistió en ir de paquete con él y dieron una vuelta rápida por Juha-Vainaan Maa. La moto se movía veloz por la nieve y Naska chillaba, feliz como una adolescente. La última vez que había ido a tanta velocidad había sido a principios de siglo, con Kiureli, cuando fueron de Suonikylá a Salmijárvi en un trineo tirado por renos aún sin domesticar. Fueron a comprar el anillo de boda para Naska y aguardiente para Kiureli.

Remes les mostró la bañera bastante cortado. Dijo que se le había ocurrido comprar aquello… que ya que había una mujer en la casa… Llevó las tuberías al dormitorio de los trabajadores. La bañera la metió bajo las escaleras, protegida de la nieve y de las miradas ajenas, y la bomba, debajo de su cama en espera de ser instalada.

—Veo que has comprado cosas de lujo —se alegró Oiva. Le resultaba especialmente agradable la idea de tener un cuarto de baño. En Kuopsu se vivía mejor que en una vivienda de protección oficial. Así tenía que ser la vida en un palacio de madera cuyo pozo estuviese lleno de oro.

Remes se pasó aquel día tumbado y en silencio. A duras penas se levantó para comerse la cena que Naska había preparado, sopa de carne y buñuelos fritos. De postre había frutas en conserva y nata montada. Y por la noche, un café y a dormir.

A la mañana siguiente el comandante Remes volvió a sentirse bien. Vació una de las alacenas grandes de la cocina. En cuanto le pusiera unos paneles a las paredes, parecería un espléndido cuarto de baño. El termo pensaba instalarlo entre el falso techo y el tejado, y las cañerías

¡rían por arriba hasta el porche y luego por debajo de la nieve, hasta el pozo. La bomba estaba hecha con un ingenioso sistema de doble efecto, gracias al cual, cuando se apagaba la corriente eléctrica, ésta volvía a vaciar en el pozo el agua de las cañerías y así no se congelaba en su interior. Cada vez que se abría un grifo en la cocina o el cuarto de baño, la bomba se ponía en marcha y traía el agua desde el pozo hasta la casa.

Naska iba y venía por la obra todo el rato. Unas veces le alcanzaba a Remes una llave inglesa, otras un trozo de tubo y todo el tiempo le hacía preguntas sobre lo que estaba haciendo. Incluso le pidió que fuese el verano siguiente a su cabaña, a Sevettijárvi, a instalarle una bomba como aquélla. Naska estaba convencida de que para el verano ya podría volver.

—Usted lo que tenía que haber hecho era irse como una buena chica al asilo de Inari. Así no tendría que ponerse a pagar cañerías —le dijo Oiva mientras revisaba las instrucciones de uso de la bomba eléctrica. Ése era el trabajo más duro de toda la reforma.

Naska les refirió un hecho real, sucedido en Suonikyla. Fue después de la Paz de Tartto, cuando los finlandeses llegaron a Petsamo y se apropiaron hasta del poblado koltta.

—Nos metieron la nueva ley a fuerza de policías. Contaron a la gente, escribieron los nombres de todos en unas listas y preguntaban los años y la religión, que cuántos renos y cuántas redes puestas para pescar, que quién sabía leer y quién no. Luego se fijaron en la tía Jarmanni y dijeron que era muy vieja. Vamos, que se la llevaban a la casa de impedidos. Pero, ¡caaa!, ¡qué se iba a ir aquella abuela de su choza! La primera vez no se la llevaron, aunque la amenazaron, ¡y de qué manera! La tía Jarmanni creía que se iba a librar, pero no pasó ni un mes y ya la estaban viniendo a buscar. Fue una pelea mala, mala…; entre muchos hombres la arrastraron y no le quedó más remedio que irse, porque como estaba ya tan cascada, pues qué iba a hacer ella contra semejantes acémilas. En Petsamo la montaron en el remolque de un camión, y se la llevaban al sur, porque parece ser que la abuela estaba mala de enfermedades. Pero hete aquí que la vieja se les escapa y echa a correr por el páramo. La buscaron por todas partes y la abuela, calladita, calladita…, sentada en una cueva del monte. Y nada, que no dieron con ella y en esto llegó el invierno. Al verano siguiente se la encontraron en la cueva, entre unas peñas. Se había helado y había estirao la pata, pero eso sí, sentadita y de brazos cruzados. ¡Era una vieja dura de pelar! Tenía por lo visto un buen montón de huesos de pájaro delante de la cueva. ¿Cómo los habría cazado, la puñetera vieja? Pero nadie entregó el cuerpo al Estado finlandés. Lo llevaron de madrugada a Suonjeli y la enterraron callandito, que nadie volvió a decir palabra de la tía Jarmanni, vamos. Entonces fue cuando yo

decidí que no iba a vivir tan vieja y que ni hablar de irme donde los impedidos. Y no, que no me fui…, y mira que aquellos señores vinieron a buscarme este otoño…, pero no: ¡Salí por piernas, como la tía Jarmanni!

—Bueno, pero los tiempos han cambiado —observó Oiva.

—¡Qué sabrás tú, so tonto! ¡Pues sí que han cambiao mucho: se te meten primero en casa, dicen que a festejarte el cumpleaños, y luego te sacan en volandas y te llevan a toda pastilla al asilo!

Naska se volvió enfadada a sus quehaceres. Al marcharse gruñó por lo bajo:

—Esa ley de Finlandia es dura. En cuanto una se pone vieja, ¡halaaa!, la atan y al pueblo. Y si me hubiera dejado vosotros me hacéis igual, jodidos. Si no me llego a liar a voces, cualquiera sabe en qué calabozo me hubiese muerto.

—Naska, intenta olvidar esa historia —la tranquilizaron los hombres. Pero pasado un rato todavía les llegaba desde la cocina el estrépito de Naska, trajinando, barriendo irritada y riñendo al gato.

Remes terminó las obras al cabo de una semana. Puso en marcha el generador, conectó el sistema a la corriente eléctrica y dejó que la bomba sorbiese el agua del pozo. Se oyó un gorgoteo procedente de las cañerías, y con un ligero petardeo, la bomba impulsó agua y aire hacia el termo. El depósito se llenó y entonces dejaron que saliera el aire de las tuberías abriendo un poco el grifo. Pronto empezó a salir agua cristalina por el grifo del fregadero, primero fría, pero al cabo de un momento ya caliente. Cerraron el grifo y esperaron. Oiva fue a gritarle a Naska para que viniese. Le informó de que la señora Mosnikoff tenía que darse un baño de prueba. ¡Vamos, a quitarse la ropa! El comandante Remes le trajo un cepillo de baño, una toalla y jabón.

Pero ésta no consentía en meterse en aquel invento. Miraba la bañera con desconfianza.

—Una vieja como yo se ahoga ahí, seguro. ¡Con lo mala que he sido yo siempre para nadar, madre!

Un delicioso vapor se elevaba del agua que llenaba la bañera.

—¡Venga, ánimo, métete! —le decía Remes—. ¡Que no te vamos a mirar, mujer! Verás: cerramos la puerta. Naska, tienes que animarte a probar los aparatos nuevos, ya que los hemos traído hasta este monte solitario y los hemos instalado también para ti.

Pero Naska se negaba. Propuso que los hombres se bañasen primero, ya que tenían más experiencia en el asunto.

—Yo nunca me he tumbao en un cajón como ése. Da repelús…

Pero cuando el comandante y Oiva amenazaron a la abuela con atarla al remolque de la motonieve y llevarla con el gato a Pulju si no

se ponía inmediatamente en remojo, ésta se rindió. Cerró la puerta y se desnudó despacito. Los hombres le daban instrucciones a voces desde el otro lado.

—¡Si el agua está demasiado fría, quitas un poco el tapón y dejas que salga y luego abres el grifo y le añades de la caliente! ¡Pruébala con los dedos, a ver si está a tu gusto! —le gritó Remes.

—¡Y sobre todo cuidado, que no te vayas a resbalar! —le dijo Oiva.

Por un momento el cuarto de baño quedó en silencio. Naska hacía acopio de todo su valor. Entonces levantó una pierna por encima del borde de la bañera y probó el agua con los dedos de los pies. Estaba calentita. No le quedaba más remedio que meterse. Al otro lado de la puerta, Oiva le gritó animándola:

—¡Ahí, abuela, con valentía, que no pasa nada!

Naska murmuró para sí:

—Lo que tiene que hacer una…, nadar en un cuarto cerrado, en mitad del invierno… Si Kiureli lo viese… no se lo iba a creer.

Y así fue como Naska Mosnikoff se bañó en agua caliente por vez primera en su ya larga vida. Se tumbó en la bañera dejando que su rostro quedase por encima de la superficie del agua y de vez en cuando soplaba la espuma. Las articulaciones se le calentaron, produciéndole tanto placer que hasta le daban ganas de reír. Dos horas estuvo chapoteando en el agua, hasta que se cansó. Entonces se lavó, se secó y se vistió. Al salir les dio las gracias a los hombres:

—Ay, gracias, hijos míos, ¡hay que ver qué cajón más apañao! ¿Me dejaréis que me tumbe ahí todos los días? Y yo os pago los baños en cuanto cobre la pensión.

—¡Pero si la hemos traído hasta aquí para nuestra Naska! —le dijo enternecido Remes.

Luego fue el turno de los hombres, primero Oiva y luego Remes. Se afeitaron, se echaron desodorante en los sobacos y se cambiaron de ropa interior. Después del café de la tarde, se tumbaron confortablemente cada uno en su cama, a leer y a hacer crucigramas.

Por la noche, al apagar la televisión, llegó un espantoso gemido procedente del exterior.

Los hombres y Naska corrieron hasta las escaleras para escuchar mejor.

El espeluznante aullido venía del Bosque de los Zorros. Era tan brutal que ponía los pelos de punta. Naska susurró con voz temblorosa:

—¡Para mí que eso tiene que ser un oso!

Oiva y Remes se vistieron a toda prisa. Éste cogió una barra de hierro para usarla como arma y Oiva una linterna y un hacha. El comandante pensó que si era un oso lo que había caído en alguna de

las trampas para zorros, tendrían por delante una larga lucha, ya que habría que matarlo a golpes. Se internó en la oscuridad sin ningún tipo de temor y Oiva le siguió con sigilo, preparado para salir huyendo en cuanto hiciera falta.

Una de las trampas se había accionado y una fiera de gran tamaño se debatía contra el grueso tronco de un abeto, mientras que de su garganta salían rugidos ahogados. Remes le pidió a Oiva que enfocase con la linterna al bicho cuando fuera a dejarlo seco. Levantó la barra de hierro preparando el golpe de gracia.

Por suerte, Oiva atinó a iluminar la fiera antes de que el comandante Remes tuviera tiempo de hacerlo. No era un oso lo que había caído en la trampa, sino Hurskainen, el policía. Y tenía en la mano una salchicha helada.

23

El oficial Hurskainen se sentía muy contrariado. No había conseguido localizar a los ladrones de renos —aunque estaba sobre la pista— porque Dios había permitido que nevase, prefiriendo confundir al representante de la autoridad y permitiendo que un lapón de los bajos fondos consiguiese escapar de las garras del esforzado defensor de la ley.

¡Pero que se preparasen! En la oscuridad de la noche, cuando regresaba por Juha-Vainaan Maa de su búsqueda, la luz delantera de su motonieve iluminó una extraña construcción hecha por manos humanas: un abedul había sido doblado contra el tronco de un abeto. Había alguna cuerda en el artilugio, un trozo de papel clavado al árbol y junto a éste una salchicha. Hurskainen tenía hambre; se bajó de la moto para cogerla y leer lo que ponía.

La mano del detective no había hecho más que tocar la salchicha cuando un fuerte silbido cortó el aire. El abedul se soltó y tensó con fuerza la cuerda que Hurskainen tenía alrededor del cuello. La trampa estrangulaba al pobre policía contra el tronco escarchado del abeto con tal fuerza, que en un primer momento no salió ni un sonido de su garganta y la salchicha se le quedó en la mano.

Hurskainen estaba realmente pillado y no le ayudaba mucho meter la mano que le quedaba libre entre la cuerda y su cuello, porque el abeto apretaba aún con más fuerza el lazo, estrangulándole. Jadeando, apoyó la frente contra el tronco helado del abeto y gritó tan fuerte como pudo.

Hurskainen había nacido en Hyvinkää, cerca de Helsinki. Estaba divorciado, pues su mujer le había abandonado. Para olvidar su desgraciado matrimonio, había venido hasta el norte a trabajar como policía en el servicio forestal. En sus años de juventud se había hecho muy famoso en Hyvinkaá como cabecilla de los hinchas del Deportivo Tahko, así que llegado el momento de la verdad era capaz de gritar como un poseso. Y ese momento había llegado.

Mientras gritaba, los ojos de Hurskainen se fueron acostumbrando a la oscuridad y dieron con la etiqueta de cartón. La leyó: «Si eres una persona, cuidado con la trampa, es peligrosa.»

A pesar de hallarse a las puertas de la muerte, Hurskainen se puso rabioso. «Si eres una persona…» ¿Es que había que cachondearse de los policías hasta el último momento? No se le consideraba una persona, especialmente en aquellos páramos. Los lapones eran gente de moral retorcida. Se le reían en su propia cara y hablaban a propósito en aquella lengua enrevesada para que él los oyese, como queriendo alardear de que en realidad la ley finlandesa no tenía utilidad ni fuerza alguna en aquellos andurriales. Los unos mataban los renos de los otros y luego se iban juntos a tomar cerveza. Había que joderse.

Temiendo por su vida, Hurskainen gritaba de vez en cuando.

El pequeño Quinientos oyó los gritos de auxilio de Hurskainen. Se precipitó al lugar y vio que un ser humano se había quedado atrapado contra un gran abeto. El humano hacía tanto ruido que a Quinientos le dio miedo. Pensó que Hurskainen era una posible presa. De un momento a otro aquel extraño ser dejaría de gritar. Llegado ese momento, hasta podría comérselo, pero por ahora era mejor no acercarse demasiado, porque el humano parecía furioso y amenazador. Quinientos se contentó con dar un par de vueltas alrededor de la trampa, echar una meada para marcar el sitio y largarse por donde había venido. Lo que había visto le hacía sentirse bien. Era tranquilizador saber que en su territorio se estaba congelando una fiera de gran tamaño, suficiente para que un zorro pequeño pudiese ir tirando durante el frío invierno.

Hurskainen tuvo fuerzas para gritar durante un par de horas. Empezaba ya a perder las esperanza de ser salvado. ¿Es que éste iba a ser el final de su vida? Pues vaya final de carrera para un policía…

Pero entonces empezaron a oírse voces en medio de la oscuridad del bosque. Al cabo de un rato, el agotado policía distinguió un débil haz de luz que se deslizaba por entre los árboles y se le acercaba con insoportable lentitud. Gritó todo lo que el lazo le permitía.

Cuando creía que ya estaba salvado, vio a la luz de una linterna al extraño comandante: la cara en una mueca terrible, como la de un guerrero que desconociese el miedo, y el brazo en alto, fatal, listo para propinarle el golpe de gracia con una barra de hierro. Allí estaba el comandante Remes, preparado para sacudirle. ¡El transportista de bañeras! La barra de hierro señalaba directamente a la cabeza del policía forestal y éste cerró los ojos como Jesús en la cruz. «Voy a apurar este cáliz», la frase resonó en su cerebro.

Pero en el último momento, Oiva vió que era un policía y no un oso. El comandante bajó lentamente la barra de hierro y el detective de la tundra pudo seguir con vida.

En cuanto Oiva se dio cuenta de que quien se había ahorcado en la trampa era un policía, se alejó del lugar sigilosamente. Corrió como

un loco a la cabaña, le ordenó a Naska que se vistiese lo más rápido y con la mayor cantidad de ropa posible, y en cuanto la anciana estuvo lista, la llevó corriendo al calabozo y se encerró allí con ella.

—Un policía se ha quedado atrapado en una de las trampas, así que ahora tendremos que estarnos calladitos para que no nos encuentre —le susurró a Naska en la oscuridad de la celda.

El comandante cortó el lazo corredizo. Hurskainen tomó aire e intentó tragar. La nuez le dolía una barbaridad y le parecía que el cuello se le había dado de sí medio metro.

Remes lo llevó hasta la casa. Comprobó que Naska y Oiva habían tenido tiempo de esconderse. Bien hecho. Le rogó al policía que se pusiera cómodo y éste fue a tumbarse en la cama de Oiva. Se acariciaba constantemente la raya morada que tenía alrededor de la garganta y pensaba que algo malo le tenía que haber pasado en el velo del paladar, de lo que le dolía. Tenía motivos más que sobrados para interrogar al comandante inmediatamente, pero era mal momento para ponerse a apretarle las tuercas sobre aquellas trampas ilegales: cada vez que tragaba saliva era como tragarse un puñal.

—¿Tomaría usted un té? —le preguntó Remes intentando ser complaciente.

Hurskainen cabeceó cansadamente y le dijo que no. La verdad es que no le apetecía mucho.

Por suerte la noche no fue muy fría. Remes les llevó varias mantas a la vieja koltta y a su camarada y cerró meticulosamente la puerta de la celda. Barrió de delante del establo las pisadas, por si a la mañana siguiente al policía se le pasase por la cabeza investigarlo todo. El comandante pasó la noche intranquilo, pensando en el lío que se había formado. ¿Debería cargarse al policía? ¿Y si al husmear por allí resultaba que encontraba a Naska y Oiva en el calabozo? ¿Y si le daba un puñetazo en la sien y lo dejaba tonto?

Oiva Juntunen y Naska Mosnikoff estaban en el pajar, apretados uno contra el otro. Aunque la koltta era pequeñita y estaba bastante reseca a causa de la edad, despedía sin embargo cierta cantidad de calor, el suficiente para que Oiva Juntunen no se helase de frío. Oiva calculó que una vieja así, de unos cuarenta y cinco kilos, producía bajo las mantas un calor equivalente como mínimo a quince, quién sabe si a veinte vatios. De amperios, desde luego, no estaba tan bien como una mujer joven.

Naska durmió muy bien. Soñó que estaba de nuevo entre los brazos de su Kiureli, sintiéndose segura y querida. Se hubiese quedado allí una semana, pero pronto empezó a amanecer. Desde fuera llegaba amortiguada la voz del policía Hurskainen.

—Sintiéndolo mucho, tengo que ponerle una multa. Ese tipo de

trampas son ilegales. ¿Qué le parece si le pongo diez días de multa, comandante?

Remes le preguntó si podía pagar la multa después de la Navidad.

—Me parece una idea excelente —aceptó Hurskainen, y se despidió de él—. Le agradezco mucho que me dejara quedarme a dormir. Por estos lugares no abunda la gente equilibrada y con sentido común. Los representantes de la autoridad tenemos que ayudarnos los unos a los otros.

Al poco rato oyeron cómo arrancaba su motonieve y pronto ésta dejó de oírse. El policía, con el cuello amoratado, continuaba la dura labor de pisarle los talones a los sucios delincuentes, cuidando de no caer en las trampas ilegales.

Naska y Oiva quedaron libres y entraron en la cabaña entumecidos por el frío. El comandante les sirvió un café bien caliente.

—Lo mejor de todo es que me he acostado con un hombre —dijo alegre Naska.

A Oiva le preocupaba la visita del policía. ¿Cómo es que Hurskainen andaba por allí? ¿Todavía buscaban a Naska, o es que las autoridades tenían alguna pista sobre el oro, o sobre él?

El comandante lo tranquilizó amistosamente.

—Sólo estaba buscando a unos ladrones de renos. Me puso una multa por las trampas.

—Si hubieseis hecho las trampas como yo os decía, el policía ese no se hubiera ahorcao. Además, la gente tiene la zarpa más gorda que el zorro. Un policía no se quedaría enganchao de un palo.

—¡Naska, a la cama, que ya estás muy vieja para estos trotes!

A Oiva le contrariaba mucho que una trampa para zorros hubiese terminado convirtiéndose en trampa para policías. Si estaban allí era más bien para huir de las autoridades y no para atraparlas. Irritado, se fue a dormir.

El comandante salió de la cabaña para no molestar a los durmientes. Se dio una vuelta por el patio. El tiempo se le hacía eterno mientras contemplaba las interminables líneas de los montes y los pantanos, de un gris azulado. Aquel invierno le resultaba una mezcla a partes iguales de azul oscuridad y de soledad, de estar fuera del tiempo. Su pecho reventaba de añoranza, necesitaba a una mujer. Esa enfermedad no podía curarla una koltta de noventa años.

¡Si al menos en Juha-Vainaan Maa hubiese un club de oficiales! Hubiera sido agradable ir allí en la motonieve de vez en cuando y poder charlar con los capitanes. Incluso un club de suboficiales hubiera sido suficiente. O una cantina para soldados… donde hubiese voluntarias vendiendo buñuelos y zumo de bayas.

—Pero es que ni eso, demonio…

El comandante se dirigió lentamente a la leñera y se puso a cortar leña para la chimenea. Incluso su mujer estaba en España. Aquél era un invierno solitario y deprimente en muchos sentidos.

En ese mismo momento, un avión de la compañía Finnair procedente de Helsinki se acercaba a Rovaniemi. En el avión viajaban varios hombres de negocios, un par de diputados, tipos con gorro de piel y aspecto ruso y unos cuantos viajeros más, de los que no se sabía si eran turistas o viajantes. También había dos alegres mujeres suecas, con una apariencia frívolamente escandalosa. Eran hermosas y jóvenes, de risa mundana. No paraban de retocarse el carmín y de abrir y cerrar sus bolsos. Hasta las azafatas parecían tristes gorrioncillos a su lado.

El avión aterrizó en la pista helada. Las suecas se arrebujaron en sus abrigos de pieles y bajaron del avión.

—¡Ooooh!

Varios renos cubiertos de escarcha pasaron al galope por uno de los márgenes de la pista. Allá arriba, entre las nubes heladas, zumbaba un Draken de las fuerzas aéreas de Laponia.

Las mujeres tomaron un taxi y le pidieron al conductor que las llevase al Hotel Pohjanhovi. Váliruikka, el taxista, pensó que debía de haber otro congreso en la ciudad, ya que estaban llegando señoritas modelos desde el extranjero.

—Servidor… —dijo cuando les abrió la puerta del coche delante del Pohjanhovi—. A mandar…, son setenta coronas.

24

Las mujeres se registraron en el Hotel Pohjanhovi. Una se llamaba Agneta y la otra Cristine. Agneta era sueca y Cristine era de origen danés, pero ambas vivían en Estocolmo. Le preguntaron al recepcionista si un tal comandante Remes les había dejado alguna carta y ciertas instrucciones. Ellas eran las mujeres en cuestión.

El recepcionista les entregó un sobre que contenía instrucciones generales para el viaje y un fajo de billetes. Las mujeres se instalaron en su habitación y entre risas estudiaron los papeles.

Según la carta de Remes, tenían que tomar un taxi e ir directamente a Kittilá. Allí debían contratar la ayuda de algún guía, alguien que conociese bien el páramo, y bajo cuya protección pudieran llegar con éxito a Kuopsuvaara. El encargado de la oficina de turismo del municipio de Kittilá les ayudaría con gusto a encontrarlo. Remes les sugería que se vistiesen con ropa de mucho abrigo y que llevaran consigo «bebidas alcohólicas en cantidad abundante». «Los productos de belleza y demás parafernalia personal os lo traéis también. Sulo Remes os da la bienvenida a la Laponia finlandesa.»

Las mujeres tomaban vino blanco a sorbitos mientras se pintaban las uñas y cotorreaban de asuntos profesionales. Agneta dijo:

—Desde luego trabajar de puta tiene su gracia. Si hubiese estudiado magisterio no creo que estuviese aquí, sino más bien en algún pueblucho, dando clase a un puñado de mocosos repelentes.

Cristine opinaba que de todas formas la profesión tenía también su lado oscuro:

—A veces los hombres me parecen unos cerdos. Y nosotras no podemos tener hijos, con lo que a mí me gustaría tener un bebé.

A Agneta los bebés también le parecían monos y tiernos, pero le recordó a Cristine que los niños al final siempre crecían.

—Imagínate que tienes un nene. Luego va y se convierte en un hombrecito. Y ya conoces a los hombres, son una panda de golfos.

Cristine opinaba exactamente lo mismo. Sería mucho mejor que en el mundo no hubiese hombres. Pero, por otro lado y si así fuera, aquel viaje a Laponia no hubiese sido posible. Era tan emocionante viajar en avión, ir a bares de hoteles caros y dejar que los hombres le abriesen a

una las puertas…

Las mujeres pasaron un par de días de descanso en Rovaniemi. Fueron a los restaurantes del lugar, alquilaron esquíes y se dedicaron a bajar por las laderas de la colina de Ounas. Dormían hasta tarde y el servicio de habitaciones les traía el desayuno a la cama. No aceptaron clientes, aunque los pasillos del hotel hervían de atrevidos caballeros del norte, sobre todo a altas horas de la madrugada.

Al tercer día las chicas emprendieron la marcha. Recorrieron en taxi una Laponia que luchaba por escapar de las garras de la oscuridad y el frío. En Kittilá le preguntaron al encargado de la oficina de turismo si podía recomendarles algún guía experimentado que conociese bien el páramo y cuyos servicios pudiesen utilizar por un par de días. Habían venido a pasar sus vacaciones de invierno a Finlandia y unos amigos las esperaban en su cabaña de troncos del bosque. Las chicas le enseñaron a Joutsi-Järvi, el encargado de la oficina, un mapa militar de la zona en el cual el comandante Remes había señalado la ubicación de la cabaña de leñadores de Kuopsu con una gran cruz.

El encargo entusiasmó a Joutsi-Järvi. ¡Por fin, tantos años de lucha representando al municipio de Kittila daban su fruto! Aquellas mujeres no eran turistas de mochila, sino ricas extranjeras atraídas por la excepcional ubicación de Kittila en el mundo, que además dejarían en el municipio billetes a espuertas. ¡Cuántas veces Joutsi-Järvi les había dado la tabarra a los concejales del municipio, diciéndoles que éste era justamente el tipo de turistas que había que atraer a la zona! Gracias a ellos entrarían en Kittila, en la provincia y en el país entero valiosas divisas extranjeras. Se crearía empleo ante la demanda del sector de servicios y, gracias a ello, aquella apartada región podría mirar al futuro con la confianza que proporciona contar con los propios recursos para enriquecerse.

Joutsi-Järvi estaba decidido a conseguirles a aquellas dos bellezas el mejor guía que existía en la zona: Piera Vittorm. El hombre tenía más de sesenta años y probablemente no se dedicaría a acosar a las mujeres como hacían los guías más jóvenes. Además, en la comarca nunca había habido nadie que conociese el páramo tan bien como él. Bueno, la verdad es que Piera era un golfo y un vago, un ladrón de renos, un caso realmente triste desde el punto de vista legal, pero aquél no era el momento de ponerse a hacer valoraciones inútiles. Lo principal era que las mujeres tuviesen el guía más experto: un hombre que hubiera nacido y crecido en el páramo y que supiera orientarse sin brújula aún mejor que un ave migratoria.

Piera Vittorm se entusiasmó en cuanto le hablaron del asunto y vio a las mujeres en cuestión. ¡Claro que tenía tiempo para un trabajo como aquél! Se lavó y se afeitó la barba, se peinó y se vistió con su

mejor equipo. Y se puso en los sobacos una gruesa capa de Dunhill, claro.

—¡Hala, a promocionar el turismo! ¡Menudo pincel estoy hecho!

En Pulju, Piera cargó el equipaje en su motonieve e invitó a las mujeres a que se sentaran en el remolque que había enganchado a ella. Él llevaba puesto un abrigo de piel de reno y a ellas les dio también gruesas pieles para que se protegieran del viento helado durante el viaje. Entre risas, Agneta y Cristine se envolvieron en ellas. Todo aquello les parecía divertidísimo. Se reían a costa de Piera, diciendo que era el auténtico Papá Noel y que las iba a llevar seguramente a Korvatunturi, ¡ji, ji, ji!

Piera sabía perfectamente dónde quedaba la colina de Kuopsu, porque en los años cincuenta había estado allí de leñador. Se había dado un hachazo tan malo en la pierna izquierda, que todavía cojeaba. A veces, cuando estaba borracho, la jodida pata no le respondía y terminaba rodando por el suelo. Pero a pesar de todo no le asignaron una pensión, a pesar de que a muchos que caminaban como Dios manda se la daban, y además con intereses. Así que no era de extrañar que Piera, de vez en cuando —bueno, bastante a menudo—, matase algún reno ajeno, trapichease con aguardiente y jugase a las cartas en la cabaña de los empleados de la compañía telefónica. Su punto de vista sobre la legalidad distaba tanto del de la sociedad, que para solucionar diferencias pasaba alguna que otra temporada en la cárcel.

Pero hoy era su día de suerte. Transportaba en su trineo a dos seductoras perlas envueltas en pieles de reno. Piera conducía sin prisa mientras la tarde se iba oscureciendo. No había necesidad de correr. Los anfitriones debían estar ya a punto de acostarse. Piera decidió pasarse un par de días en el bosque al amor de la hoguera con aquellas dos bellezas. Se sentía aún muy capaz en lo que a asuntos de mujeres se refería. Hasta el momento las cosas le habían ido de manera bastante mediocre, ya que ninguna mujer se había interesado por él lo suficiente como para casarse. Las tías se quejaban habitualmente de que Piera olía a aguardiente, a sobaco y a humo de hoguera. También de que iba lleno de pelos de perro y escamas de pescado. Bueno, sí, y lo de la cera de los oídos…, y lo de tirarse pedos todo el rato. Pero cuando encima le reñían por tener los dientes amarillos o por la caspa, Piera se enfadaba y les decía, para su información:

—Señoras, sus chochos ni regalaos los quisiera.

Pero ahora iba afeitado y con el trineo a rebosar de mujeres extranjeras por aquel páramo nevado y lleno de vida. Piera conducía lentamente hacia Kuopsuvaara, pero desviándose poco a poco hacia el norte. Llevaba su preciosa carga en dirección a la colina de Sattaloma, que estaba a una legua de su destino real. Al llegar allí, detuvo el

vehículo e hizo gestos de asombro a las mujeres indicándoles que había algún fallo en el motor.

Para disimular, se puso a hurgar en él, le sacó un manguito y sopló a través de él, vaciando en la nieve la gasolina que contenía. Lo volvió a colocar en su sitio e hizo como que arrancaba la motonieve. Pero hete aquí que, como el motor no tenía corriente, no terminaba de arrancar. Lo único que se movía cada vez que Piera intentaba ponerlo en marcha era los cuatro picos de su gorro lapón, mientras que la máquina respondía mortecinamente a los intentos del astuto hombre.

No quedaba más remedio que encender un fuego. A las mujeres les daba miedo la oscuridad del páramo. Se acurrucaron una contra otra entre las pieles, mientras Piera talaba un hermoso pino y encendía el fuego. Cortó ramas de un par de abetos y las peló para hacer con ellas la estructura de una choza. Entrelazando las ramas más pequeñas y verdes le hizo un techo, y luego puso la cafetera al fuego. Extendió por el suelo de la choza ramitas olorosas y animó a las mujeres a que se tumbaran al calor del fuego.

La cúpula del cielo parecía traspasada por miles de estrellas, mientras que la helada se hacía más cruda. La aurora boreal despertó, juguetona. A lo lejos, en Juha—Vainaan Maa, aullaba un zorro hambriento. Era Quinientos. A las mujeres les asustaban los extraños sonidos del páramo, pero Piera les hacía sentirse seguras. Les daba masajes por aquí y por allá, para que los miembros no se les helasen. El picaro lapón metía sus hábiles manos en las profundidades de las pieles y pronto terminó por meterse él mismo, primero con una mujer y luego con la otra.

Toda la noche estuvo Piera Vittorm jugueteando con ellas. En la choza reinaba la felicidad y se estaba calentito. Cada vez que Quinientos aullaba al viento de Juha—Vainaan Maa su triste canción, a Piera se le volvía a abrir el camino sueco de la felicidad. Pensaba que era una suerte que en el mundo hubiera mujeres como aquéllas, dispuestas a darle cariño en lugar de collejas, como era lo habitual.

«Hay que ver lo amables que son las extranjeras…»

Tapó a las mujeres amorosamente con las pieles de reno y se echó entre ellas para disfrutar de un poco de sueño después de toda la felicidad de aquella noche.

En ese momento el comandante Remes se despertó y salió un momento al patio. Del norte le llegaba la voz de Quinientos y se paró a escucharla. Pero el pálido cielo del amanecer no descubrió a Remes el secreto de Piera. Así es el cielo de Laponia: todo lo ve, pero nunca cuenta nada.

El comandante lanzó un profundo suspiro. Su deseo de una mujer era tan violento que ni siquiera el tabaco le sabía bien. Durante los últimos tiempos había pensado más en las mujeres que en el

aguardiente.

Bueno, Dios aprieta pero no ahoga…

25

Piera Vittorm tampoco atinó al día siguiente a poner el motor en marcha, lo cual no le entristeció demasiado, así que se fue al bosque y mató un urogallo, lo destripó, lo desplumó y lo lavó haciendo un agujero en el hielo de un riachuelo. Lo rellenó con medio kilo de cebollas, un cuarto de mantequilla bien salada y un par de puñados de arándanos y, para terminar, le metió un palo de enebro por el culo y lo puso a asar en la hoguera. Le daba vueltas al calor de las brasas y le untaba la pechuga con la mantequilla derretida para que adquiriese un bonito color dorado. ¡Y qué olor tan bueno! Se comieron el delicioso menú servido sobre una tablillas que Piera había cortado del tronco de un árbol seco. Las mujeres sirvieron vino blanco en unas copas heladas. De postre tomaron café y luego jugaron a corre que te pillo al estilo sueco.

Al tercer día, Piera Vittorm atinó por fin a poner en marcha el motor y salieron rumbo a la colina de Kuopsu. La llegada de la expedición suscitó recelo y estupor entre los habitantes de la cabaña. Oiva Juntunen tuvo que reconocer que el escondite que había elegido no debía de estar tan alejado, ya que uno tras otro los turistas acudían a visitarles. La primera había sido Naska, luego los soldados, Hurskainen y ahora un trineo cargado de mujeres.

Piera Vittorm descargó en el patio las maletas y demás equipaje. De repente el comandante cayó en la cuenta de que aquél debía de ser el envío de mujeres que había pedido. Se le pusieron las orejas coloradas al recordar su llamada a Stickan desde el Hotel Pohjanhovi.

Pronto se supo que él era quien las mandaba. Le traían a Oiva Juntunen saludos de Estocolmo.

—¡Huy, ji, ji, ji! —rieron las chicas.

Piera Vittorm llevó los trastos a la cabaña. Oiva le pagó por el transporte y por sus servicios de guía. Fue una gran suma, porque Vittorm se quejó de que había estado tres día guiando a las mujeres por los bosques y de que habían tenido que quedarse un par de noches en Sattaloma por culpa de una avería.

Cuando Piera se marchó, Oiva ordenó al comandante que se reuniese con él en la celda para hablar de un par de cosas.

—¿Me quieres explicar qué significa todo esto? —le espetó Oiva.

—Bueno…, es que debía estar algo pedo cuando llamé a Stickan…

Oiva estaba realmente furioso. Enseguida se había dado cuenta de la clase de gente que eran las recién llegadas: jóvenes y bellas, ropa cara…, o sea, putas.

—¡Me quieres explicar cómo se te ocurrió encargar semejante cargamento de furcias!

Remes carraspeó y se puso a murmurar incongruencias. Que aquel otoño se había sentido tan solo… con tanta lluvia y tanta tormenta…

—Pensé que un par de chicas nos harían compañía…, en cierto modo, y entonces llamé a Stickan… Fue una ocurrencia que tuve. —El comandante miró suplicante a su jefe en la oscuridad del calabozo—. En realidad lo hice pensando en ti, sobre todo… Tú eres más joven… y, la verdad, Naska es demasiado vieja. Y parecen monas, ¿no?

Que eran monas había que admitirlo, pero pensando en que estaban escondidos, aquel asunto de las putas era peligroso.

—Por esta jugarreta deberías ser condenado a medio año de prisión —le gruñó Oiva al comandante cuando volvieron al patio.

Naska ya les estaba llamando desde las escaleras. Las mujeres se habían instalado sin problema alguno: sobre la mesa esperaban cinco copas y en el centro había una botella de champán. Agneta, la morena de facciones delicadas y unos veinticinco años, le arrojó a Oiva unas cuantas serpentinas. Cristine, un par de años mayor que Agneta y rubia, abrió expertamente la botella y sirvió la espumosa bebida en las copas. Naska se echó el champán al coleto de un solo trago.

—¡Pero bueno, cómo no me habéis contado que teníais mujeres! ¡Me hubiese puesto más apañada! ¡Y encima hablan sueco! ¡Oiva, hijo, dime qué cuentan!

Así fue como la cabaña dorada de Kuopsu se volvió internacional. Oiva y el comandante Remes tuvieron que hacer de intérpretes entre Naska y las dos suecas. Eso daba quehacer para todo el día, porque las mujeres tenían mucho de que hablar. Al principio Naska se extrañó de que las señoras no hablasen más que unas cuantas palabras en finlandés, pero luego pensó que tal vez la costumbre estuviese aún de moda entre la gente fina. Cuando era pequeña, Naska había oído contar que también en la corte del zar Nicolás se hablaba francés y no ruso.

—Yo ya estoy vieja, así que no me voy a liar ahora a aprender extranjero. En Suonikyla nos enseñaron un poco de sueco, pero ya se me ha ido de la mollera. Y en ruso sólo me sé unos rezos.

El brindis de bienvenida calentó el estómago y el corazón de Oiva. Al fin y al cabo, la compañía de dos mujeres jóvenes era justo lo que necesitaban en medio de aquella soledad, porque Naska era una mujer

encantadora, pero más vieja que Matusalén.

Remes les enseñó a Agneta y Cristine la cabaña de Kuopsu. Fueron a ver el cuarto de baño y las invitadas se mostraron encantadas. Echaron un vistazo a los estantes de las alacenas, curvados por el peso de tanta comida. Fueron también a ver el armario de la ropa blanca, se asomaron al pozo y vieron la sauna y los establos. Las mujeres probaron las rejas de la trampilla del estiércol y exclamaron:

—¡Huy, qué miedo, una cárcel!

Oiva les enseñó la cadena estéreo y se quedaron un rato viendo la carta de ajuste de la tele en color. Las mujeres estaban agradablemente sorprendidas por el lujo que allí reinaba, y Oiva se sintió halagado.

Acordaron que como Naska estaba sola, dormiría en la cocina. El comandante y su esposa, en este caso Cristine, se quedarían con el dormitorio de las cocineras. Agneta se instaló en el dormitorio principal para hacerle compañía a Oiva. Había sábanas de sobra para todos, porque el comandante Remes había comprado una gran cantidad durante sus viajes a Rovaniemi, y también les quedaban más de cuarenta rollos de papel higiénico. Todo era perfecto.

Naska trataba a las mujeres como si fuesen sus nueras. Le parecía muy bien que hubiese jóvenes en la casa, porque así ella no tendría que limpiar sola un lugar tan grande, ni prepararles cada día la comida a aquellos dos tragones. Estaba contenta, sobre todo por no tener que ocuparse de la colada.

Agneta y Cristine vaciaron sus maletas y colocaron sus cosas en los armarios de la cabaña. Se habían traído una cantidad enorme de ropa y fruslerías y se las enseñaban a Naska encantadas. Había camisones preciosos, sujetadores y medias de red, montones de pares de zapatos con tacón de aguja y una cantidad disparatada de ligas rojas. A Naska le parecía que sólo las princesas tenían tanta ropa y joyas. Ambas tenían espejos grandes y planchas de viaje. Unas chicas de lo más apañado, en su opinión. ¡Y qué jabones y perfumes tan olorosos gastaban! A Naska casi se le agrietaron las resecas fosas nasales al olerlos. Cristine le regaló un frasco de su perfume más caro y Agneta le dio un camisón transparente de color rosa que le llegaba hasta los pies. Era tan ligero que había que mirarse al espejo para poder creer que una lo llevaba puesto. Agneta y Cristine hubieran querido regalarle además una peluca pelirroja, pero Naska se conformaba con su pelo blanco.

—Una servidora no tiene necesidad de andar por ahí con unos pelos de fábrica en la cabeza. Y nuestro Salvador no se pondría muy contento si me viese llegar disfrazada… digo yo que se liaría con las cuentas, ¿no dicen que hasta los pelos de la cabeza tenemos contados? No sirve de nada ponerle pelos nuevos a una cabeza vieja.

Se acordaron también las condiciones de trabajo de las mujeres. Su sueldo sería de mil coronas al día, de las cuales no serían descontados impuestos ni seguridad social. Ellas respondían de la ropa de trabajo. Oiva acordó pagarles quinientas coronas a la semana en concepto de gastos de maquillaje y perfumes. También hubo acuerdo sobre las posibles consecuencias laborales de la menstruación y las posibles compensaciones. La longitud del contrato se calculó en principio que sería de varias semanas, al menos hasta el día de Reyes.

Luego las mujeres le dieron a Oiva una carta que Stickan había encargado que le entregasen en mano.

La carta era breve, pero elocuente. Stickan le contaba que le había resultado algo difícil conseguir a esas mujeres, pero que finalmente lo había logrado. La vida en Estocolmo continuaba como siempre: el negocio de las putas no es que fuese muy bien, los espectáculos de revista no le daban más que quebraderos de cabeza, el mercado del porno estaba saturado y lo único que iba estupendamente eran las apuestas. Lo suficiente para salir adelante. «Como tal vez ya sabrás, Hemmo Siira, el perito mercantil, ha salido de Lángholmen. Ha venido aquí un par de veces a preguntar dónde te escondes. Está muy nervioso. Dice que tenéis cuentas pendientes. Por aquí se rumorea que estás condenado a muerte. Algo que, desde luego, cabría esperar de Siira. Un asunto muy desagradable, ¿no te parece? Por cierto, Siira ha estado en Vehmersalmi y en Florida. Hace un par de semanas que no se le ve. No creo que lo hayan encerrado, pero poco le faltará.

Oiva suspiró profundamente. Siira, el asesino múltiple, andaba suelto. ¿Funcionaría el escondite, o encontraría Siira el camino de la colina Kuopsu? Durmió intranquilo esa noche y la culpa no fue sólo de Agneta.

—¡Arriba! ¡El mundo no da de comer a los vagos! —gritó Naska por la mañana, aunque Agneta y Cristine hubieran querido holgazanear en la cama hasta el mediodía, según su costumbre. La vieja koltta daba órdenes a las mujeres en las tareas de la casa. Eran un poco inexpertas en las labores de limpieza, pero Naska era una maestra paciente. Las cogía de la mano para enseñarles cómo había que barrer los suelos, cómo se aderezaba una salsa y cómo había que cocer la colada antes de lavar la ropa de cama. En agradecimiento, Agneta y Cristine peinaban a Naska cada día, por la mañana y por la noche. Le enseñaron a usar rulos calientes y a depilarse las cejas. Les hubiese gustado pintarle las uñas, pero eso sí que no lo consintió:

—¡Qué es eso de pintarse los dedos! —se resistió la anciana. Pero dejó que Agneta le pintase de rojo las uñas de los pies, porque no se veían dentro de los zapatos. Cristine le roció el cabello gris plateado con purpurina dorada y Naska se rió al verse en el espejo—. ¡Ayyyy, si me viese ahora el Kiureli!

26

Remes se enamoró como un burro. Su oscuro aspecto de Barbanegra pareció dulcificarse. Se transformó en un solícito gorila despistado que decía dulzuras, abría las puertas a las mujeres, se descubría respetuosamente ante ellas y les besaba la mano. Iba de vez en cuando a esquiar con Cristine, el objeto de su devoción, a Juha-Vainaan Maa y le iba abriendo la pista a la muchacha con una tenacidad ejemplar. Si Cristine se cansaba, Remes se quitaba su abrigo de piel y lo extendía sobre algún árbol caído, para que a la chica no se le quedase el pompis frío al sentarse. Remes estaba tan enamorado que los ojos a veces se le humedecían. Los andares del viejo bebedor se volvieron vigorosos y el estómago le entraba de nuevo en el cinturón. A veces el corazón del oficial batía feliz, sobre todo cuando las maniobras de acercamiento a su objetivo amoroso resultaban satisfactorias. Cristine respondía a sus sentimientos con toda la ternura y el deseo que era capaz de demostrar, teniendo en cuenta que se trataba de una profesional altamente cualificada.

Remes incluso planeaba divorciarse de su esposa y estaba seguro de que ella no pondría obstáculos. Lo único malo era que Cristine fuese puta, porque ni siquiera los oficiales más borra-chuzos se casaban con ellas. Remes le habló con dulzura sobre la posibilidad de que estudiase y cambiase de profesión, pero sus propuestas no tuvieron gran eco en ella. A la chica le parecía que ya era tarde para intentar volver a la inocencia de la infancia y a la pobreza constante que había acompañado a ésta. La cosa se comprendía con facilidad al oír su historia familiar, porque la chica procedía realmente de un ambiente miserable.

La familia de Cristine era de origen alemán. En la época de Hindenburg existía en Berlín la costumbre de alojar a familias pobres y numerosas en los edificios recién construidos que aún tenían los enlucidos húmedos y no estaban por lo tanto en condiciones de ser habitados por gente decente, a causa de su insalubridad. La familia de Cristine había secado decenas de viviendas: seis meses o un año de respiración era normalmente suficiente. Así era como se producía calor humano para la burguesía alemana. Además de vivienda gratis,

las familias que se dedicaban a secar casas recibían en pago neumonías, tos ferina y reumatismos varios. Los padres de Cristine se salvaron mudándose a Dinamarca. Aunque la verdad es que allí no les fue mejor, porque ambos padecían de una gota irremediable. El hogar era muy pobre y en cuanto a Cristine le crecieron los pechos y el trasero, se fue a Copenhague a trabajar de camarera en una cervecería. Allí, algunos de los expertos en levantamiento de jarra en barra fija le sugirieron que existía otra posibilidad para ganar dinero. La pobre y dulce Cristine no tardó en caer en la tentación de aquella otra posibilidad. Por decencia se mudó a Estocolmo, donde podía ejercer su nueva profesión sin temor a que su familia se enterase. Quería ahorrarles el disgusto a sus queridos y gotosos padres. Todavía les enviaba mil coronas cada mes como ayuda para su manutención.

Cristine lloró un poquito al acabar su relato. Aquella historia siempre la ponía tristísima, aunque no hubiese en ella ni una palabra de verdad. Es que siempre tenía que contarles a los hombres algo sobre su pasado y aquélla era la historia que más le gustaba de todas.

El corazón de Remes casi reventó de tristeza al oír aquella sarta de calamidades. Se arrodilló ante Cristine y le propuso matrimonio, eso sí, con condiciones. Si dejaba de lado su actual fuente de ingresos, podrían casarse. Una familia pequeña se las podía arreglar más o menos bien con una paga de comandante. Ella negó con la cabeza, entristecida.

—Si al menos fueses general… entonces tendríamos una pizca de esperanza —dijo la muchacha con lágrimas en los ojos. Realmente era una mujer de gran voluntad, que ardía por verse libre de aquella vida inmoral, pero le parecía que las ganancias de un comandante del ejército finlandés no bastaban para construir nada que fuese definitivo, ni moralmente valioso.

La convivencia entre Agneta y Oiva Juntunen se caracterizaba por su tolerante y apasionado compañerismo. Agneta se había visto anteriormente con Oiva en algunos de los guateques que éste había celebrado en su casa de Humlegård. ¡Y lo bien que se lo habían pasado! Lo único por lo que Oiva la reñía era por su costumbre de fumar droga, y hasta le prohibió terminantemente que fumase hachís en la cabaña. Incluso amenazó con devolverla a Estocolmo si no dejaba aquel hábito tan destructivo. Desde entonces, la muchacha se fumaba sus porros en el calabozo, donde era fácil colarse sin que nadie se diera cuenta y estar además en paz. Oiva la sermoneaba sobre los peligros de las sustancias estupefacientes, pero la chica le contestaba con una sonrisa de desprecio.

—Tanto cuidarse, tanto cuidarse… total, para que me pille una guerra nuclear…

En la familia de Agneta reinaba la costumbre de morirse joven,

más por culpa del aguardiente y el desmadre que de muerte decente. Agneta estaba orgullosa, porque en su familia había habido putas desde tiempos inmemoriales. La abuela de una tía de Agneta, sin ir más lejos, había sido mujer de vida alegre en Helsinki, allá por la segunda mitad del siglo xix. La llamaban Sylvi «la Seda», porque siempre vestía con ropa hecha de seda auténtica. La Seda había sido una cortesana rica, pero no tuvo tiempo de disfrutar de sus ahorros, porque murió de repente mientras le hacían un legrado. Eso fue en 1881, con veinticuatro años recién cumplidos. Agneta sabía que Sylvi estaba enterrada en Helsinki, en el cementerio de la Iglesia Vieja, pero como nadie le había puesto una lápida a su tumba, era ya imposible localizarla, ya que la cruz de madera con su nombre se había desintegrado con el tiempo.

Naska se fijó en que las esposas de Remes y Juntunen eran personas alegres y modernas. La vieja koltta se hacía cargo de que en aquellos tiempos la gente se comportaba de manera más bien singular, pero había cosas que no estaba dispuesta a aceptar. Por ejemplo, cuando Agneta se arreglaba por las noches con sus zapatos de tacón de aguja y sus medias negras de red y se paseaba medio desnuda por la cabaña, Naska la reñía así:

—¡Descarada! ¡Venga, a taparte! ¡Que vas a coger una pulmonía de andar medio en cueros, leche!

Naska Mosnikoff era una anciana piadosa. Intentaba que las damas suecas aprendieran a rezar, las hacía persignarse y les canturreaba salmodias en ruso litúrgico, pero los resultados fueron más bien mediocres. La casa se llenaba continuamente con sus risas frívolas. Naska opinaba que se podía estar alegre, que Dios no lo había prohibido nunca, pero ¿era preciso pasearse medio en porretas delante de los hombres, beber tintorro y fumar continuamente? Aquellas señoras tenían que darse cuenta de que la vida no era sólo alegría y cachondeo.

Naska decía que cada uno debería levantar un montecillo con sus pecados. Así todos podrían recibir el perdón y en el más allá estarían en permanente estado de gracia, como los monjes piadosos.

—¿Qué es eso del montecillo? —se interesó Agneta, que era la más pecadora del grupo.

Naska les contó que en Petsamo hubo en tiempos dos monasterios, el Monasterio de Arriba y el Monasterio de Abajo. Era sabido que los monjes del Monasterio de Arriba eran más piadosos que sus hermanos del Monasterio de Abajo. Los monjes tenían que guardarse de todas las tentaciones mundanas, ¿sabían eso Cristine y Agneta? Bueno, el caso es que en el Monasterio de Abajo había un monje de lo más hermoso, un hermano jovencito, el cual cierta noche oscura se había ido del otro lado de la frontera, a Noruega, y había andado en líos con una

chica de allá. Y así pasó que aquella chica noruega se enamoró locamente del monje y lo siguió hasta Petsamo, hasta el Monasterio de Abajo. Había decidido quedarse a vivir en el monasterio.

—Pero lo mismito daba. Le lloró y le suplicó al prior para que la dejase entrar. Hasta prometió meterse a monja si la dejaban.

El prior, hombre santo, estaba horrorizado. La muchacha enamorada fue arrojada del monasterio entre responsos airados. La acusaban de ser la esposa de Satanás, y los lugares por donde sus pies habían pisado fueron fregados innumerables veces, al igual que las habitaciones donde había estado. Todo fue lavado con agua y purificado de nuevo con incienso. Finalmente, todos rezaron a los santos para que aquella mujer impura no fuese de cabeza a los infiernos, sino que tuviese al menos la oportunidad de arreglar sus torcidas cuentas el día del Juicio Final.

Luego le llegó el turno al monje que había caído en tentaciones por culpa de aquella mujer, que para más inri era extranjera. ¡Y la de pecados que había acumulado el pobre! Pasó semanas arrepintiéndose. A grandes voces pedía perdón a Dios y a todos los santos, se arrastraba por los suelos, se untaba la cara con barro, hizo jirones sus cinco faldones de monje, desgarrándoselos para dar fe de lo profundo de su arrepentimiento. Al final, el padre prior se ablandó y le aceptó de nuevo en la comunidad, pero ya no como un igual, sino como hermano pecador, lo cual le obligaba a arrepentirse eternamente, tanto en su vida monacal como en la larga estancia en el Purgatorio que le estaba prometida. Como símbolo de su eterno arrepentimiento, el prior ordenó al hermano pecador que cada día cargase un saco lleno de tierra hasta el patio trasero del monasterio. Estaba lleno de arena y piedras y era terriblemente pesado de llevar. Lleno de fe, el monje llenaba cada día su saco y, temblándole las piernas por el esfuerzo, lo llevaba hasta el lugar que le había señalado su prior. Los sacos de pecados pronto empezaron a convertirse en un montecillo de pecados, que a lo largo de lo años se convirtió en una colina de pecados que llegaba ya al alero del convento. El monje se acostumbró a cargar con los sacos, era un hombre grande que se las hubiese apañado perfectamente trabajando como cargador en cualquier muelle. Al cabo de diez años, el montecillo de los pecados tenía el tamaño de una gran casa, pero el monje seguía dale que te pego cargando sacos y levantándolo aún más. Un día llegó al monasterio un nuevo prior, que se quedó muy pensativo contemplando la colina. Decidió que aquel pecado antaño cometido ya estaba más que purgado y que ya no hacía falta seguir cargando tierra ni piedras. El monasterio corría ya peligro de no verse a la sombra del montecillo de los pecados y eso fue lo que aceleró el perdón.

Sin embargo, el monje se había acostumbrado a andar cargando

sacos, así que no hubo manera de que lo dejara. Argumentaba que no se sentía aún en paz con sus pecados y que no le quedaba más remedio que seguir con el trabajo, hasta que su alma se purificase del todo. Hizo unas escaleras hasta la cumbre y plantó unos árboles fuertes como muslos. Venían a verlo desde Noruega. Se decía que si una puta subía hasta arriba del montecillo de los pecados, llegaba abajo convertida en decente. En la temporada alta, cuando más turistas había, daba gloria ver cómo subían y bajaban cientos de mujeres por aquellas escaleras.

—Yo estuve en el Monasterio de Abajo antes de casarme. Para entonces el pobrecillo monje ya tenía cumplidos los noventa. Y mira que cada día iba para allá arriba, a llevar tierra, angelito… En invierno, cuando sabía que el prior no lo veía, bajaba a rastra—culo, sentadito en su saco. ¡Gloria daba verle bajar tan alegre aquella cuesta tan larga!

Cuando por fin murió —bajo el peso de uno de sus sacos—, ya se le había concedido el perdón por todos sus pecados y fue bendecido y enterrado como los demás monjes. El montecillo de los pecados estuvo abandonado y salvaje durante decenas de años, hasta que los alemanes ocuparon Petsamo. Excavaron el montecillo para instalar en él una batería antiaérea, porque el lugar era alto y la tierra era blanda. Entonces llegaron los rusos y lo mandaron al cielo de un zambombazo, y se acabó el montecillo.

Lo único que ha quedado es el pecado.

27

La mente calenturienta de Hurskainen, el detective del páramo, le hizo acercarse a la colina de Kuopsu cierta oscura mañana. Había empezado a sospechar que la estancia del comandante Remes en la cabaña abandonada no se debía a simples motivos turísticos. A decir verdad, el tipo debía de ser bastante rarito para haberse venido a vivir a semejante pedregal, justo en la época de más oscuridad del año.

¿Acaso el comandante estaba loco? Por estar loco no se podía condenar a nadie, ni siquiera a pagar una multa. Pues vaya con la ley: por conducir de manera irresponsable podían caerle a uno treinta días de multa, pero por vivir a lo loco, nada.

Pero ¿y si el comandante tenía algo sobre su conciencia? ¿Y si se tratase de un proyecto ultrasecreto? ¿Armas escondidas?, ¿un complot militar?, ¿espionaje? ¿Y si Remes estaba vendiendo a los noruegos información sobre el ejército finlandés? Desde allí había poca distancia a Noruega, que además era miembro de la OTAN… ¡El comandante podía viajar hasta el otro lado de la frontera sin obstáculos de ningún tipo y sacar buenos dineros vendiendo los secretos militares de aquel pequeño país neutral! Sólo tenía que ir hasta Kautokeino y acordar un lugar tranquilo para encontrarse con algún agente de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Unos cuantos millones de coronas cambiarían de manos y…

También se oían rumores sobre el yacimiento de oro. El verano anterior Remes había estado excavando en un arroyo que era afluente del río Sietteló. Pero ¿tendría los permisos en orden? ¿Habría encontrado acaso una veta y la estaba explotando sin los certificados de concesión correspondientes?

Hurskainen apagó el motor de su trineo doscientos metros antes de llegar a la cabaña. Por suerte el comandante no tenía perro guardián. Aquélla era una ocasión estupenda para vigilar al sospechoso oficial sin que se diese cuenta.

El policía se acercó a la cabaña viento en contra, para no ser descubierto. Justo al pasar junto a los establos, le llegó el sonido de una tosecilla procedente del interior, que al parecer, no venía de la garganta de Remes. La que tosía era una mujer y joven, además.

Hurskainen se asomó por la trampilla del estiércol. Se quedó boquiabierto al darse cuenta de que le habían puesto unos barrotes. Tras ellos había una mujer, una belleza morena, vestida como la gente de la capital. Ésta había encendido una vela en la cuadra y manejaba nerviosa una maquinilla de liar tabaco. La visión resultaba contradictoria: la mujer llevaba ropa cara, pero estaba liándose un cigarrillo con la destreza de un tipo que llevase en el paro varios años. Daba la impresión de que estaba haciendo algo a escondidas.

Agneta se encendió el porro. Aspiró el humo profundamente. Mmm, qué gusto… Al verle los ojos, Hurskainen se dio cuenta enseguida de que aquello era un asunto de estupefacientes, y no de nicotina.

Qué extraño era todo aquello. Allí, en medio del páramo, había sido construido un calabozo sin conocimiento de las autoridades y en ese momento una mujer hermosísima estaba consumiendo drogas en él. ¡Qué cosa tan extraña! Nunca hubiese esperado algo así del comandante Remes. ¡Y todo aquello lo había descubierto él, sin haber recibido soplo alguno!

Cuando terminó de fumarse el porro, Agneta sopló la vela para apagarla y volvió a la cabaña haciendo como si viniese del retrete. Y la verdad es que parecía aliviada. Hurskainen observó que en la cabaña había electricidad: en el establo ronroneaba el motor de un pequeño generador diesel. Pensó que el comandante no debía andar con los bolsillos vacíos, si había conseguido traer hasta aquel miserable páramo a una mujer tan hermosa, además de tantas comodidades. Entendió por qué Remes iba arrastrando una bañera por aquellos bosques dejados de la mano de Dios. Desde luego aquella mujer no era de las que se contentaban con un barreño de plástico.

Probablemente el comandante había corrompido con las drogas a aquella belleza y la tenía ahora a su merced, como si ésta fuese una ninfa de los bosques y él un ogro de las montañas. Todos los señores tienen vergüenzas ocultas, pensó mientras sentía un alfilerazo de envidia atravesándole la carne. Se asomó al interior de la cabaña por una ventana, para ver qué clase de juego era el que Remes se traía entre manos.

Hurskainen vio por la ventana del cuarto de la cocinera que allí había más mujeres. ¡Menudo vividor estaba resultando el comandante! La belleza de hacía un momento estaba hablando alegremente con otra chica, aún más bella si cabía. Ambas mujeres andaban bastante ligeras de ropa, como si estuviesen a punto de salir a actuar al escenario de un cabaret. Medias de red, zapatos con tacón de aguja, sujetadores negros… Los curtidos ojos del policía se abrieron con estupor.

La puerta de la despensa se abrió y en medio de la cocina apareció

una mujer viejísima. Era pequeña y le recordaba a alguien. Iba envuelta en un albornoz de baño…, o sea, que Remes había convertido la despensa en un cuarto de baño… Hurskainen se asomó al interior. Allí estaba: la misma bañera que el comandante había arrastrado por el monte.

El detective del páramo reconoció finalmente a la diminuta anciana. Se trataba sin duda de la misma vieja que había desaparecido en el páramo a finales de aquel otoño. Había visto fotos de la mujer en el periódico y hasta en las noticias de la televisión. Parecía que la anciana estaba sana y salva, y hasta se atrevía a bañarse como las personas.

Por la ventana del lado de los listos, Hurskainen vio por fin al comandante en persona. Estaba sentado ante una mesa, haciendo un solitario con aire satisfecho. Parecía que jugaba contra sí mismo apostando dinero. Una forma bastante perversa de entretenimiento, pensó Hurskainen. En alguna ocasión él también la había probado, pero siempre terminaba debiéndose dinero a sí mismo, a veces incluso grandes sumas. Y cuando gastaba aquel dinero se sentía como si se lo hubiese robado a sí mismo. El comandante echaba de vez en cuando un trago de una lata de cerveza y fumaba puritos. ¡Pues sí que vivía bien el hombre! Vivía como un rey, y seguramente a base de chanchullos. ¡De qué manera se esconde la inmoralidad en el corazón de los hombres! Se saltaban las leyes, y cuando no se podía, las rompían. Lo mismito que en Nueva York.

Las sorpresas no se habían acabado todavía. Junto a la ventana, sentado ante la mesa del pagador, había un hombre más joven que el comandante, con un aspecto claramente urbano. Con ayuda de un martillo fino y un cincel estaba partiendo algún metal amarillo en pedacitos, a los que luego daba forma. Sobre la mesa había un almirez de bronce, un pesacartas, un embudo y un frasco de cristal de litro. En un pañuelo había pepitas doradas que el hombre clasificaba y a las cuales terminaba de dar forma.

A Hurskainen se le cortó la respiración: ¡oro! Realmente aquella cabaña era el colmo de la ilegalidad.

Decidió llevar a cabo una redada por sorpresa. Cargó su arma reglamentaria, se dirigió a la entrada principal, abrió la puerta de un empujón y entró como una exhalación.

—¡Manos arriba! ¡Todos contra la pared!

Comprobó si alguien iba armado. Nadie. Le quitó al comandante Remes el cuchillo de monte que llevaba en el cinto. Cuando empezó a cachear a Naska en busca de armas, ésta se molestó muchísimo y se lió a cachetes con él.

—¡A mí me vas tú a meter mano, so mamón! —le dijo desafiante.

—Parece que hasta tenéis una cárcel casera. ¡Vamos, todos para allá! —ordenó Hurskainen. Le intrigaba por qué el comandante Remes habría construido una cárcel en la serrería. Pero todo se aclararía a su debido tiempo, en cuanto pudiese empezar con los interrogatorios.

Primero interrogó a Naska. En efecto, se trataba de Naska Mosnikoff, la koltta fugitiva del asilo de Inari, que quería volver a su casa. Las autoridades y los medios de comunicación estaban equivocados: no sólo no había muerto, sino que ni siquiera se había perdido. Sesenta días de prisión, como mínimo, calculó Hurskainen. Pero era mejor no encarcelar a una persona tan anciana. Hasta una condena corta sería como una cadena perpetua para ella. Tras el interrogatorio envió de nuevo a Naska a la celda.

A continuación interrogó a las dos jóvenes. Eran suecas y no sabían ni una palabra de finlandés. El policía había estudiado en la escuela secundaria de Hyvinkää y gracias a los conocimientos de sueco allí adquiridos pudo sacar en claro que aquellas mujeres no eran muy decentes. Concretamente eran susceptibles de que se les aplicase la ley de vagos y maleantes… y lo que fuera, según la ley sueca, cavilaba Hurskainen. Trabajo para los de Inmigración…

El comandante no tenía ganas de colaborar. Amenazó a Hurskainen con partirle ambas mandíbulas, retorcerle el pescuezo y hacerle un nudo con las piernas. No confesó nada, sino que se limitó a darle a entender que lo más acertado sería que dejase de menear la pistola ante sus narices y saliese de allí por piernas. Autopsias se hacían cada día, pero la que él le iba a hacer iba a ser muy especial, porque sería en vivo.

Hurskainen se echó a temblar sólo de pensarlo. Había estado presente en varias autopsias. Mandó a Remes de vuelta al calabozo y llamó a declarar a Oiva Juntunen.

El estilo de interrogatorio cambió por completo. Oiva presentó con bellas palabras una apelación en favor de la abuela koltta Naska Mosnikoff. Se conmovió casi hasta las lágrimas al referir los terribles sufrimientos por los que la pobre anciana y su gato se habían visto obligados a pasar. A través del páramo tormentoso y helado, aquella mujer, la koltta más anciana del mundo, había peregrinado enferma y presa de un tremendo choque emocional debido a su avanzada edad…, hasta que él mismo y el comandante Remes la salvaron —¡pobrecilla!— ofreciéndole además un hogar provisional, lleno de calor.

—Nuestra intención era informar a las autoridades, pero la anciana se negaba y nosotros pensamos que ya habría tiempo…, como no tenía familiares que la echasen de menos… Le ruego que la comprenda, ella también es un ser humano, según la ley.

Hurskainen tenía que reconocer que el delito no había sido gran

cosa. Pero ¿de dónde venía el oro? ¿Cómo se llamaba aquel tipo? ¿Cuál era su profesión? ¿Su fecha de nacimiento?

Oiva vio al momento que entraban en asuntos más serios. Dijo su nombre, mintió sobre su fecha de nacimiento y su número de la Seguridad Social, así como sobre su profesión. Entonces se arrepintió de haber dado su nombre, y dijo que en realidad era un tal Asikainen, bibliotecario. Pero ya no pudo convencer al detective del páramo, el cual decidió llevar a Kittila a todos los habitantes de Kuopsuvaara.

—Ya les interrogará el comisario a todos. Les voy a llevar ante él, aunque sea de uno en uno. La ley se aplica también en el páramo.

Oiva trató de quitarle importancia al asunto:

—Bueno, se trata más bien de una cuestión de interpretación, que de un delito propiamente dicho. Intente ser un poco más flexible y entender la situación desde nuestro punto de vista. Es verdad, aquí hay dos mujeres extranjeras, pero ¿es eso un crimen? También hay oro…, un poquitín…, y, por cierto, podría cortar un trocito para usted. Entre nosotros: puedo asegurarle que en este momento es recomendable invertir en oro.

El cerebro de Hurskainen se puso a recordarle su divorcio, acaecido año y medio antes. Su mujer le había abandonado y se había llevado a los niños. Todos los meses tenía que pagarle ochocientos cuarenta y cinco marcos de pensión por ellos. Teniendo en cuenta su sueldo de policía, era una suma grandísima. Por eso llevaba medio año sin pagar. Ni siquiera había tenido dinero para ponerle a su coche una capa de antioxidante, aunque, por otra parte, el coche ya estaba demasiado oxidado. Si se compraba uno nuevo, necesitaría por lo menos treinta mil marcos. Hurskainen suspiró. Y todavía había gente que se podía permitir el lujo de hablar de oro…

—Aunque me diese usted treinta y cinco mil marcos, no podría hacer la vista gorda en un caso como éste —respondió heladamente el policía.

Oiva Juntunen agitó una mano, quitándole importancia a lo dicho:

—Pero bueno…, ¿y quién habla sólo de treinta y cinco mil marcos? ¡De ninguna manera! Yo le voy a dar a usted cincuenta mil marcos en mano, limpitos, a condición de que nos deje seguir aquí haciendo nuestra humilde vida de ermitaños. No estamos molestando a nadie, ¿no le parece? ¿Quién podría estar interesado en nosotros? Le aseguro que no tenemos nada que esconder, hablando en términos de ilegalidad. Sólo somos un poco raritos…, con algún que otro divorcio a la espalda y cosas por el estilo…, ya me entiende. A veces a uno le apetece estar solo y en paz. Fuera, ahí lejos, hay un mundo traicionero y ahí es donde queremos que se quede, cueste lo que cueste. Cincuenta mil marcos no es un precio grande. ¡Y como amigo que soy, se lo voy a pagar inmediatamente!

Hurskainen reflexionaba. Si pagaba las pensiones que adeudaba, se compraba un coche nuevo y unas ruedas de invierno…, unas Nokia 09…, eso sumaba cuarenta y cuatro mil marcos. ¿Y qué iba a hacer con los seis mil restantes? Podría comprarse un chaquetón de piel vuelta y uno de aquellos relojes digitales que usaban los submarinistas. Tal vez hasta un estéreo y un traje a medida. Podría ir al hotel a comerse una cazuela de perdices e invitar como quien no quiere la cosa a Use, la camarera, a que se fuese con él a hacer surf a las Canarias.

—¡Ni soñarlo! —soltó Hurskainen algo inseguro. Cincuenta mil marcos le parecían demasiado poco.

—Ahora que lo dice… le voy a dar setenta mil marcos. Sigue siendo un buen precio por su pequeño gesto de buena voluntad —le dijo Oiva.

Hurskainen consideró el asunto, digamos que desde el punto de vista civil. ¿Y qué necesidad tenía él de actuar como un policía, y más en Laponia, donde hasta los más miserables ladrones de renos se le cachondeaban en la cara? Podría dejarlo todo. Ya había pasado suficiente frío junto a las hogueras y aguantando los vientos helados que soplaban entre aquellos cerros. En año y medio se le había congelado la cara en dos ocasiones y para cuando se jubilase, la jeta se le llegaría a congelar otras veinte, por lo menos. ¿Y eso qué les importaba a los de la jefatura superior? Y, además, ya se sabía cómo eran las pagas de jubilación en la policía.

—¿Y si fueran cien mil marcos en oro?

Oiva Juntunen se apresuró a contestar:

—¡Hecho! Le voy a dar los cien mil marcos en oro o, si lo desea, en billetes. El comandante puede ir a Rovaniemi a cambiarlos. ¡Puede confiar en nosotros!

—Los preferiría en oro. Ahí hay un pesacartas. Y de esto ni una palabra, que ya hay suficiente alboroto con la corrupción de los políticos.

Oiva le aseguró que llevarían el asunto con toda discreción. Le rogó al policía que le entregase su arma reglamentaria y le acompañó al calabozo, donde las mujeres y Remes esperaban oír los resultados del interrogatorio. Oiva les informó de que había un detenido más y cerró la puerta tras Hurskainen. Luego sacó del pozo una cantidad suficiente de oro, se dio un paseo en la moto—nieve para despistar a los prisioneros, y pasado un tiempo prudencial, los liberó a todos.

Oiva llenó el frasco con oro por valor de cien mil marcos, y Hurskainen le firmó un recibo. Oiva le hizo jurar que no contaría nada sobre aquello y que viviría haciéndose el pobre, aunque tuviese cien mil marcos. El policía aseguró que sabría guardar el secreto. Contó

que en el año 1967 había trabajado en el Teatro de los Trabajadores de Hyvinkää representando a Juha,[6] y había recibido mejores críticas que Topi Hinkkanen, aunque a éste le habían puesto de Shemeikka, que era un papel de carácter.

—Bueno, vale, nos lo creeremos. Remes, trae el betún.

Oiva Juntunen le embadurnó los dedos a Hurskainen y tomó sus huellas en el papel del recibo. Conocía muy bien el procedimiento y disfrutaba muchísimo poniendo a un policía en la misma situación. Satisfecho, dijo que de vez en cuando también tocaba hacer las cosas al revés.

—Esto lo hago por si se te ocurriese venir a pedir un par de kilos más de oro —le explicó. Y siguió imprimiendo sus huellas por todos lados, en los frascos del oro, en la tapa de la cartilla militar de Remes, en los zapatos de tacón de las mujeres y en las hebillas de los cinturones.

Hurskainen estaba tan entusiasmado con su frasco de oro, que se puso inmediatamente en camino. No sirvió de nada que le ofreciesen pasar allí la noche, ni que le ofrecieran comida y una cama caliente. El detective del páramo se fue feliz hacia Pulju en su motonieve, cruzando el Bosque de los Zorros Ahorcados. Pensaba en lo agradable que sería ponerle la papelera de sombrero al comisario de Kittilá cuando volviese de vender el oro en Rovaniemi y solicitase el traslado al sur. Se la iba a hundir hasta los hombros, al viejo ese.

—Además, por eso sólo me pueden caer cinco días, si es que me cae algo.

28

Unos días antes de la Nochebuena, el comandante Remes le pidió prestada a Piera Vittorm su carabina, mató un par de urogallos, los desplumó y los dejó colgados en el calabozo, no fuera que los zorros, incluido Quinientos, lo mordisqueasen.

Se hicieron los preparativos de Navidad. Oiva y el comandante talaron un hermoso abeto en Juha-Vainaan Maa y Remes le hizo una base en cruz con unas tablas. Llevaron agua a la sauna, cortaron leña para la chimenea y fregaron la bañera y todos los suelos de la cabaña. Oiva talló unos cuantos adornos de madera. Una Navidad le premiaron en la cárcel de Turku por hacer adornos como aquéllos, precisamente. Se vendieron en el rastrillo para sacar dinero para los presos. Normalmente, con el dinero que sacaban por ellos, los internos compraban tranquilizantes en el mercado negro.

Luego hizo con las mujeres más adornos para el abeto, utilizando piñas y algunos de los líquenes que había recogido durante el verano.

Cuanto más se acercaban las fiestas, más se lamentaba la piadosa Naska de no poder acercarse a alguna ermita ortodoxa, ni siquiera en Navidad. El comandante Remes decidió aliviar la nostalgia religiosa de la anciana koltta. Cepilló una tabla de un metro de alto a modo de base para un ¡cono. Cristine, que era una maquilladora excepcional, recibió como misión confeccionar la imagen. El comandante dibujó a carboncillo sobre la gran tabla un esbozo bastante torpe de una Virgen María con el Niño Jesús. A Cristine se le fueron cuatro horas pintándolo, cuando normalmente tenía suficiente con una o dos para arreglarse su propia cara. El icono resultó precioso. La Virgen María hubiese sido una buena candidata a Miss Europa —si hubiese estado viva, claro—, y el Niño Jesús estaba mucho más mono que Shirley Temple en su época dorada. Sobre la posible duración del icono —en términos históricos— no se podía dar garantía alguna, ya que Cristine había usado para pintarlo principalmente base de maquillaje, carmines y coloretes varios, laca de uñas y cosas por el estilo. Oiva modeló con oro cuatro rosetas, una para cada esquina de la imagen y le hizo también unos ojos brillantes y dorados al Niño. A la Virgen María le hizo unos dientes de oro. Envolvieron el precioso icono con

papel de regalo y así quedó, en espera de la Nochebuena.

Ese día los hombres se levantaron temprano para ocuparse de los urogallos. Los lavaron por dentro, los salaron y encendieron en el patio una gran hoguera en la cual los doraron. Mientras el fuego se convertía en brasas, rellenaron los urogallos con manzana seca, ciruelas y tocino. Tras coserles la tripa y envolverlos en grandes tiras de corteza de abedul humedecidas, los enterraron bien hondo bajo las brasas. El comandante miró su reloj.

—Creo que estarán listos para la cena.

Agneta y Cristine empezaron a adornar el abeto a mediodía. Colgaron de las ramas las piñas decoradas con líquenes y las figuras de madera y finalmente colocaron en la punta la estrella. Recortaron tiras de papel que colorearon como si fueran banderas y a petición de Remes pusieron también la bandera militar de Finlandia.

Los hombres calentaron la sauna tradicional de Navidad a temperatura máxima. Primero se bañaron las mujeres y se regocijaron entre los vapores durante una hora, hasta que se cansaron y atravesaron entre carcajadas el patio nevado, camino de la cabaña y del calor de la chimenea. Después llegó el turno de sauna de Remes y Oiva. Como era Navidad, y haciendo una excepción, Oiva le lavó la espalda al comandante y disfrutaron de los vapores del baño en animada conversación. En opinión de ambos, la Navidad en el páramo era diferente y mucho mejor que las otras que habían pasado con anterioridad, ya fuera en el ejército o en la cárcel.

Mientras las mujeres terminaban de preparar la cena y ponían la mesa, los hombres se ocuparon de los animales del bosque, pequeños y grandes. El comandante abrió con su cuchillo de monte una lata de carne en conserva y la dejó en las escaleras de la leñera, para los zorros y los topos. Si Quinientos se espabilaba y llegaba a tiempo, le esperaban unos cuantos bocados de sabrosa comida. Alrededor del pozo y de las escaleras echaron unos cuantos puñados de avena mondada, para los pájaros. En la parte más baja de la colina de Kuopsu talaron unos álamos temblones, para que comieran las liebres. Detrás de la sauna, del pajar y de la cabaña, esparcieron medio kilo de sémola, para que los ratones también tuviesen su Navidad. Eso no se lo contaron a Naska.

La mesa de Nochebuena tenía un aspecto delicioso. Había exquisitos platos suecos, comida rusa, especialidades finlandesas y como colofón a todo aquello, dos aromáticos urogallos rellenos. Las copas más pequeñas rebosaban de aguardiente y en las más altas burbujeaba el champán rosado.

Naska bendijo la mesa con una oración en ruso litúrgico. Remes consiguió recordar en parte el Evangelio de Navidad y lo recitó entre carraspeos.

Tras la comida, Agneta y Cristine se pusieron a bailar como si fueran gnomos, dándole a la danza un cierto toque picarón de su propia cosecha. Luego todos se reunieron para admirar los regalos que estaban colocados al pie del árbol. Remes se animó a bailar unos cuantos pasos de kasachof, que al parecer había aprendido de unos soldados rusos que participaron en ciertas maniobras llevadas a cabo por su batallón.

El baile se vio interrumpido por un ruido que venía de fuera. De repente, un hombretón lleno de escarcha se presentó ante ellos y les deseó feliz Navidad.

¡Era Hurskainen, el detective del páramo! Acababa de llegar de Rovaniemi y traía regalos bajo el brazo.

Encendieron las velas. Le sirvieron de cenar y luego le dieron permiso para que fuera él quien repartiese los presentes.

Para Oiva había un cepillo de dientes eléctrico, las chicas recibieron de Papá Noel atuendos y joyas de lo más atrevido, y al comandante le tocó el mejor cuchillo de monte de la factoría Marttiini. Pero el mejor regalo fue el brillante ¡cono de Naska. Conmovida hasta las lágrimas, la abuela besó la imagen santa. Lo colgaron a la cabecera de su cama y le encendieron una preciosa vela.

—Ave María Purísima… —le dijo Naska a su ¡cono, con lágrimas en los ojos.

Cuando acabó el reparto de regalos, Hurskainen les contó que había vendido el oro en Rovanemi. Había en total mil setecientos cincuenta gramos, por los que le dieron más de cien mil marcos. Por eso había decidido tener un detalle con la buena gente de Kuopsuvaara y les había traído unos cuantos regalitos.

—A mediados de enero me trasladan a Hyvinkää. Ya no voy a tener que pasarme la vida churrascándome junto a una hoguera, ni helarme los dedos desatrancando el carburador de la moto—nieve. —Meter pillastres en el calabozo no era nada, comparado con tener que estar pastoreando a estos demonios de lapones, contó Hurskainen de buen humor—. Y ya he pagado lo que debía de las pensiones, y les he mandado a los chicos un paquete de Navidad. Un videojuego y una pistola de agua, ¡seguro que les encanta!

El cielo brillaba fuera lleno de estrellas, la helada era tal vez de veinte grados bajo cero. En el patio relucía el farol de hielo que Remes había hecho. En la cúpula celeste apareció temblorosa la aurora boreal. Una liebre solitaria roía más allá del patio su corteza de álamo. Del Bosque de los Zorros Ahorcados llegó el aullido triste de algún lobo nostálgico.

El comandante sacó de la mochila el último regalo de Navidad. Tenía la forma de una barra de medio metro de largo e iba envuelto

en un papel con dibujos de liebres vestidas de Papá Noel.

—No hay que olvidarse de Quinientos —dijo.

Los habitantes de Kuopsuvaara salieron a las escaleras. Oiva Juntunen silbó para que viniese Quinientos, que en ese momento estaba lamiendo la lata de carne que le habían dejado detrás de la sauna. El zorro se acercó sigilosamente al patio iluminado y al ver a Hurskainen y a los demás, enseñó un poco los dientes. El comandante Remes le tiró el paquete, que el zorro contempló al principio con desconfianza. Sin embargo no resistió dejarlo sin abrir. Cuando se dio cuenta de que lo que había dentro era un oloroso hueso de goma completamente nuevo, aulló de felicidad y se fue corriendo hacia el páramo con él entre los dientes.

—Le ha encantado —dijo Oiva.

Al volver adentro, las mujeres continuaron jugando un rato, cantaron villancicos y también comieron. Lo mejor de todo fue cuando Cristine cantó dulcemente en danés el salmo «El mundo es tan hermoso»:

> El mundo es tan hermoso
> y hermoso es el sendero que lleva a las almas
> hacia Nuestro Señor;
> por el mundo vamos cantándole
> y nuestro canto a Él nos lleva…

Todos se quedaron un rato en silencio al terminar la canción. Luego Naska dijo que estaba algo cansada y que les daba las gracias por sus regalos. La vieja koltta se tomó dos de sus pastillas para el corazón, haciendo honor a la Nochebuena. Normalmente se contentaba con una, aunque a menudo le pareciese que el corazón se le iba a salir del pecho. Se santiguó ante su icono varias veces, sopló la vela y se acurrucó entre las sábanas limpias. Antes de dormirse pensó que tal vez ésta sería su última Navidad. Y le pareció bien, porque era la más bonita de todas las que había vivido. Naska se durmió escuchando el familiar ronroneo de Jermakki.

La juventud todavía se divirtió un buen rato en la sala. Las chicas volvieron a interpretar el baile de los gnomos picarones alrededor del abeto, vestidas con medias negras hasta medio muslo y cantaron canciones jocosas meneando el trasero al compás. Bebieron, comieron y cuidaron de que el fuego no se apagase. Ya amanecía cuando se fueron a la cama.

Tras apagar las luces, el comandante Remes se acercó con sigilo a la cama de Naska, le puso con suavidad la áspera mano en la frente para sentir su temperatura y comprobó que dormía plácidamente. Entonces fue a la mesa de la sala a buscar un buen pedazo de pechuga

de urogallo, que puso en el tazón de Jermakki. El comandante levantó al gato de los pies de la cama y le enseñó la comida. Los ojos de Jermakki relucían en la oscuridad mientras se zampaba su cena de Navidad. Remes le acarició el lomo y su piel centelleó con un brillo azulado.

Fuera, bajo el resplandor de la aurora boreal, tres lobos hambrientos corrían por Juha-Vainaan Maa en dirección a Noruega, sin nada más en su mente que el caliente reno con el que esperaban llenarse los vacíos estómagos. Mientras, Quinientos roía tranquilo su hueso de goma, allá por Vitsiko, cerca de Pulju.

29

Pasó la Navidad y Hurskainen se marchó. Aún celebraron la llegada del nuevo año y después del día de Reyes sacaron el abeto de la casa. Todo volvió a la rutina diaria.

A Agneta se le acabó el chocolate para Año Nuevo y aparte de eso empezó a sentir en el cuerpo la llamada del trabajo. Cristine se hubiese quedado con ganas a seguir endulzándole al comandante sus vacaciones, pero su menstruación estaba al caer, y además temía encariñarse y que a causa de ello disminuyesen sus posibilidades profesionales. Así que, pensando en su futuro, decidió marcharse de Kuopsu.

Oiva les dio dinero para el viaje. Remes las ayudó a empaquetar sus cosas y llevó las maletas al remolque de la motonieve. Naska se quejaba de que en cuanto habían empezado de verdad los hielos, a las señoras les había entrado la prisa. ¿Y cómo se las iba a arreglar ella sola para cuidar de sus maridos?

A regañadientes, Remes transportó la bella carga hasta Pulju, sabiendo que ésta se perdería de nuevo en el ancho mundo.

El Señor te lo dio, el Señor te lo quitó… Agradezcamos al Señor lo que nos da. Era un difícil trago para él.

Ya en Pulju, Remes le pidió a Cristine que le jurase su amor, la tomó de la mano y se puso tan serio como si de una jura de bandera se tratase. Un par de lágrimas furtivas le escocieron en los ojos en el momento inevitable de la separación.

La temperatura subió cinco grados con el llanto del comandante. La nieve se derritió alrededor de los amantes. Entonces Agneta carraspeó. Un taxi llegó y se llevó a las dos bellezas. El comandante regresó a Kuopsuvaara y se volvió un hombre callado.

En Estocolmo, las dos fulanas no pudieron evitar irse de la lengua sobre su maravilloso viaje a Laponia, sobre los tiernos y peludos hombres del páramo y la paz de la vida en la naturaleza, rota sólo de vez en cuando por el aullido triste de algún lobo, lo cual le daba un toque excitante. Dijeron que en cuanto llegase la primavera ¡rían de nuevo a Kuopsu, si recibían, claro está, la invitación de los héroes del páramo, cosa que no dudaban.

Estas y otras cosas llegaron a oídos del perito mercantil y asesino reincidente Siira. Desde que el bobo del rey de Suecia le había indultado, había empleado todo su tiempo y su energía en descubrir el escondite de Oiva Juntunen. Había viajado a Vehmersalmi y a Florida, había interrogado y chantajeado, pero todo en vano. El resentimiento que Hemmo Siira sentía hacia su cómplice traidor había crecido día a día. Llevaba siempre un arma consigo, no para defenderse, sino para matar a aquel asqueroso sinvergüenza en cuanto tuviese ocasión de ello. Cinco largos años pasados en cárceles a cambio de nada son suficientes para amargarle el pensamiento a cualquiera. Y el suyo estaba más amargado que el de mil feministas.

De la boca de los niños y las putas sale a menudo la verdad, y a veces también puras mentiras. Siira decidió hacerse cliente fijo de Agneta. Para ello sacrificó las últimas ayudas que había recibido de la Seguridad Social. La inversión dio sus frutos. Siira pasó por una agencia de viajes y luego se compró un equipo de esquí.

En cuanto las visitas se marcharon, Naska se dispuso a hacer una gran colada. Había que lavar la ropa interior de los hombres, que estaba sucia, los manteles, las cortinas y una gran cantidad de ropa de cama. Durante la estancia de las señoras se había acumulado por lo menos docena y media de sábanas. Naska cargó la ropa sucia hasta la sauna, coció durante días una sopa con ella en el caldero, y no quiso ni oír hablar de la posibilidad de que le comprasen una lavadora automática.

—¡La colada es cosa mía, a ver si os enteráis, majos! Vosotros que sois hombres, ocuparos de esos zorros, que lo mío es restregar las sábanas —dijo Naska alegremente.

Una colada tan grande en pleno mes de enero estaba acabando con las fuerzas de la anciana, aunque ésta no permitía que los hombres se dieran cuenta. La abuela koltta tendía las sábanas limpias en las cuerdas heladas, aguantando el viento gélido. Con sus pequeñas manos venosas azules por el frío, se apresuraba por el patio y la sauna. Finalmente la gran colada acabó y los armarios se llenaron de nuevo hasta el techo de olorosas sábanas, pero Naska cayó enferma. Se había enfriado y cuando le tomaron la temperatura al atardecer, tenía 38,3 grados.

Pasó un par de días en la cama con fiebre alta. Remes se ocupó de nuevo de preparar la comida y limpiar la casa. Le hizo a Naska un caldo de carne, que luego Oiva le dio a cucharadas, incorporándola para que lo tragase. Los hombres andaban por la casa silenciosos y tristes: era como si su querida abuela estuviese enferma. Una y otra vez iban a arroparla y a tocarle la frente ardiente. Cerraron las cortinas de la habitación de la enferma y mantuvieron constante la temperatura del cuarto. Le prohibieron a Jermakki que ronronease

demasiado fuerte. Cuando Naska sintió necesidad de lavarse, Remes llenó la bañera de agua caliente y entre Oiva y él bañaron a la anciana y la secaron.

No sirvió de nada. La fiebre seguía subiendo y al tercer día Naska empezó a delirar. Daba la impresión de que conversaba con alguien, sobre todo con Dios, aunque parecía que con Kiureli también tenía algún tema pendiente.

Los hombres hablaron en voz baja de la posibilidad de llamar a un médico para que cuidase de la pobre anciana. En cualquier caso había que ir a buscar medicinas, penicilina y otras cosas. El que una persona de tanta edad se enfriase era grave. Por la mente de los hombres pasó la idea terrible de que Naska se les muriese.

Si su situación empeoraba, tendrían que llevarla al hospital, fuese como fuese.

—Yo me voy a Pulju en la motonieve y mando venir a un helicóptero del ejército —decidió el comandante—. Tú puedes esconderte en el calabozo mientras tanto, pero no podemos dejar que Naska se nos muera aquí.

Oiva pensaba lo mismo. Si la situación se ponía mala, él podía escapar de Kuopsu y, por ejemplo, llegar hasta Noruega esquiando. Ahora lo más importante era que Naska se curase. Tenían que hacer todo lo que estuviese en sus manos.

—Si no consigues que un helicóptero normal venga enseguida, manda venir uno de esos equipados con esquíes. Si estuviese nublado, encenderé varias hogueras en el llano de Kuopsu, para que veáis bien y podáis aterrizar. Despidámonos ahora, por si mañana no nos diese tiempo.

Los hombres se dieron un apretón de manos con gesto solemne.

En su delirio, Naska oyó lo que hablaban en la cocina y pudo distinguir algunas palabras. Le había parecido oír que hablaban del hospital, del ejército y de un helicóptero, así que se asustó de veras. ¿Acaso iban a arrojarla de nuevo entre las garras de las autoridades? ¿Es que las sábanas no les habían parecido lo suficientemente limpias?

Haciendo un último esfuerzo, la pobre abuela se levantó de la cama, se vistió y empezó a barrer el suelo. Se puso a tararear una canción mientras trabajaba y cuando los hombres vieron asombrados que la enferma se había puesto a trajinar, intentaron obligarla a que se acostase. Pero Naska era testaruda como ella sola, y empezó a preparar el almuerzo y hasta se atrevió a salir a buscar leña para la cocina.

—¡Quiá… si ya no estoy mala! —afirmó intentando aparentar alegría.

Tanto trajín acabó con la vieja koltta. Por la tarde vomitó delante

del horno y cayó al suelo sin sentido. Los hombres la llevaron a su cama y fregaron el suelo. Cuando le tomaron la temperatura, el mercurio subió hasta más arriba de los cuarenta grados. Naska respiraba con dificultad, los pulmones le pitaban, el corazón le latía agotado dentro del pecho, como muriéndose, y de sus ojos manaba un agua amarillenta. Naska les rogó a los hombres que le trajeran a Jermakki a los pies de la cama. El gato estaba serio. Ni siquiera ronroneaba, porque intuía que las cosas iban mal para su ama. Jermakki lamió la mano consumida de Naska y miró a la anciana con ojos entristecidos. Los gatos comprenden muchas cosas.

Remes y Oiva se quedaron velando a la cabecera de la enferma y continuamente le tomaban la temperatura. Prepararon algo caliente de beber y se lo dieron a cucharadas. Machacaron unas cuantas pastillas para la gripe, las diluyeron en agua e hicieron que la anciana lo tomase poco a poco. La abuela koltta sudaba por la fiebre, su respiración se volvió un ronquido y ya no era capaz de levantar la cabeza de la almohada. La pobrecilla ya no tenía fuerzas.

Por la noche Naska se durmió. Los hombres no se atrevieron a encender la luz eléctrica, así que encendieron la vela del icono. De vez en cuando el comandante Remes salía a fumarse un cigarrillo.

De madrugada, a las tres, Naska despertó. Con voz clara agradeció a Oiva y al comandante todo lo que habían hecho por ella.

—Le voy a hablar a Nuestro Señor para que sepa lo buena gente que sois. Portaros bien.

Los hombres sujetaban su mano cuando murió. El comandante Remes le cerró los ojos y Oiva le unió sobre el pecho aquellas manos que tanto habían trabajado. Cubrieron a la difunta con una sábana limpia de las últimas que ésta había lavado. Remes encendió otra vela ante el ¡cono. Los hombres se secaban los ojos y carraspeaban con tristeza.

El gato de Naska quiso salir.

A la mañana siguiente encontraron a Jermakki en las escaleras, muerto. Se había congelado en una postura como si estuviera durmiendo. El viejo gato había dejado de ronronear para siempre.

30

Oiva Juntunen y el comandante Remes llevaron el liviano cuerpo de la abuela koltta Naska Mosnikoffal calabozo, que de esa manera se convirtió en cámara mortuoria, y cerraron la puerta tras ellos. Oiva fue a la cocina a buscar una bolsa de plástico, donde metió el cadáver del gato. En opinión del comandante, no era ésa la manera más apropiada.

—No vamos a meter a Jermakki en una bolsa de basura.

Remes envolvió al gato en una toalla limpia y lo llevó a la improvisada cámara. Lo puso bajo la misma sábana, que ahora les servía a ambos de sudario, y a los pies de su ama, ya que era el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida.

Los hombres reflexionaron sobre qué debían hacer con los dos difuntos. ¿Sería acertado informar a las autoridades de lo sucedido? Habría que mandar el cadáver de Naska a que fuese enterrado en lugar sagrado…, habría que organizar el funeral, tendrían que enviar una carta a *La Nación Lapona* para que insertaran una esquela, comprar un ataúd, reservar una sala de la parroquia para reunirse tras el entierro, buscar quien cargase con el féretro y encargar una lápida…

—Tú puedes ocuparte del entierro —decidió Oiva—. Te llevas el cuerpo y organizas lo que haga falta.

El comandante Remes suspiró con cansancio. Hasta el momento no había enterrado a nadie, porque los soldados matan, pero la retaguardia es la que se encarga de esos detalles, así que no tenía la más mínima experiencia en organizar funerales.

—¿Me quieres obligar a que la lleve de nuevo a rastras a Pulju?

—Sí. Para eso te pago.

—Pero… si respetásemos las últimas voluntades de la difunta, no deberíamos sacarla de aquí. Recuerda que Naska no quería ni oír hablar del pueblo. Y en vida fue una desaparecida. Nadie va a echar de menos su cuerpo. Nunca.

Oiva le dio un par de vueltas al asunto. Si enterrasen a Naska Mosnikoff en el páramo evitarían el papeleo y las probables investigaciones de la policía. Y era cierto que Naska no echaba de

menos ir al pueblo, de ninguna manera. Seguro que no se tomaría a mal que la enterrasen por ejemplo en Juha-Vainaan Maa.[7] Posiblemente estaría hasta contenta.

La decisión fue finalmente sencilla y natural. ¿Para qué ponerse inútilmente a llevar el cuerpo de una anciana y el cadáver de un gato hasta Pulju, y de ahí quién sabía adonde? Lo más acertado sería enterrarlos allí mismo, ellos dos solos.

—Bueno, pero aquí no hay tierra sagrada —pensó Juntunen en voz alta.

Remes opinaba que el mundo entero era tierra sagrada creada por Dios, si uno se ponía a pensar las cosas en serio. Dios también había creado aquellos páramos solitarios, del mismo modo que había creado el cementerio de Inari. O el Vaticano.

—Yo voy a hacerle un ataúd de madera bien bonito —prometió el comandante.

Oiva se quedó pensando en el aspecto religioso del entierro.

—No me atrevo a llamar a un cura para que le dé las últimas bendiciones…; podría dar parte de que hemos enterrado un cadáver sin permiso. ¿Qué va a pensar Naska si la enterramos sin un cura…?

Remes tenía de nuevo la respuesta adecuada al problema: Naska había sido ortodoxa en vida. Sería un pecado traerle a uno de esos bribones luteranos para que la bendijera. Además, el comandante aseguró que él se sabía de memoria todo tipo de salmos funerarios y, si hacía falta, estaba dispuesto incluso a cantar un poquito.

—Si la enterramos nosotros va a tener una ceremonia digna, porque si mandásemos el ataúd a Inari, detrás de él ¡rían un par de asistentes sociales con prisa y un sacristán resacoso. Hemos vivido con ella tanto tiempo que es nuestro deber hacerle un último favor. Ocupémonos de la abuela hasta el final.

Así quedó decidido el asunto. El comandante Remes taló unos cuantos troncos muertos, hizo tablas de ellos y luego cepilló el ataúd.

El trabajo duró unos cuantos días. Los hombres estaban de luto por Naska y no hablaban demasiado. Iban cada día a visitarla, se sentaban un momento en el borde del pesebre y suspiraban. Era su tristeza profunda y real, como si un familiar al que amasen les hubiese dejado. Su apetito disminuyó, y no se sentían con ganas de fregar los platos, ni de barrer los suelos. El comandante se dio un martillazo en un dedo mientras hacía el ataúd, pero no maldijo tal y como era su costumbre, porque estaba de luto.

Cuando el ataúd estuvo listo, los hombres le pusieron a Naska su camisón largo, le peinaron los blancos cabellos y pusieron una almohada de líquenes bajo su cabeza. Luego clavaron la tapa y Jermakki viajó sobre ésta, a los pies de su ama.

Oiva hizo una gran corona trenzando ramas de abeto y la decoró con los líquenes más bellos que había recogido durante el verano. Todo estaba listo. Los hombres subieron el féretro al remolque de la motonieve, pusieron sobre él la corona, y tras él, envuelto en una toalla, el cadáver del gato. Para cavar llevaban una azada, una palanca de hierro y dos palas, todas ellas herramientas de buscador de oro que los hombres no necesitaban ya. En silencio, Remes arrancó. Conducía lentamente y con dignidad. Oiva no se sentó sobre el ataúd de Naska, sino que caminó tras el remolque hasta Juha-Vainaan Maa. A los hombres les parecía buena idea enterrarla allí, ya que por el nombre se podía deducir que alguna vez el lugar había tenido que ver con difuntos.

Eligieron como cementerio una pequeña loma de arena. Primero retiraron un metro de nieve con las palas para poder cavar la tumba y trabajaron en silencio. Hacía un día claro y helado, no se oía sonido alguno en el páramo. Daba la impresión de que hasta el cielo callaba esperando la llegada de Naska. Sólo a veces, de los árboles nevados se deslizaba una pizca de escarcha y tras flotar un instante iba a caer sobre la madera rojiza del ataúd, donde quedaba a modo de decoración.

—Se dice que los entierros hacen honor a cómo ha sido el difunto en vida —dijo el comandante desde el fondo de la fosa.

—Naska era una abuela encantadora —añadió Oiva a las palabras de su camarada—. No hay ninguna duda de que irá al cielo…; sería un crimen si no la dejasen entrar allí, con la de gente que entra por la cara.

—Estoy seguro de ello —jadeó el comandante desde las profundidades del agujero.

Cuando tenían ya una fosa de metro y medio de profundidad, Remes salió y se tomaron un descanso. A éste le hubiese apetecido fumarse un pitillo, pero renunció a sus intenciones. En los entierros no se solía fumar, sobre todo si en vida el difunto había tenido tendencia al asma.

Los hombres llevaron el féretro hasta el borde de la fosa, pasaron dos sogas por debajo, se quitaron las gorras y lo bajaron. Era ligera la envoltura terrenal de Naska, tanto, que los hombres la depositaron sin esfuerzo alguno en el seno de la tierra, que la tomó en sus brazos.

Oiva fue hasta el remolque a buscar la corona de abeto. La dejó caer en la tumba. El comandante Remes tomó del suelo un puñado de arena fina y la echó sobre la tapa del féretro. Tragando saliva, murmuró:

—Polvo eres, Naska…, y en polvo te convertirás…

Entonces carraspeó y se puso a cantar un salmo fúnebre: «En Tus

manos estoy, Padre amado…»

Con qué belleza resonaba el piadoso himno por el pinar solitario. Oiva se unió al cántico y al llegar a la tercera estrofa escucharon un triste quejido. A unos veinte metros de distancia, Quinientos se había sentado sobre la nieve y levantaba su hocico hacia el cielo. Su naturaleza era la de un zorro, así que no podía estarse callado si los demás cantaban salmos.

El eco del cántico y los quejidos de Quinientos resonaban aún, cuando los hombres se cruzaron de brazos y por un momento rezaron de pie junto a la tumba abierta.

Finalmente taparon la fosa. No hicieron montículo alguno sobre ella, ni le pusieron cruz.

—Si tuviese una escopeta, dispararía unas cuantas salvas de honor —se lamentó Remes.

—Le encenderemos una vela al icono esta noche —decidió Oiva.

Pero ¿dónde iban a enterrar a Jermakki? Oiva fue al remolque a buscarlo.

Quinientos se había recuperado por fin de tanto aullido y decidió apropiarse del cadáver del gato. Se alejó de la tumba con Jermakki en la boca y no consintió en devolver su presa, a pesar de que los hombres le amenazaron de todas las maneras posibles. Quinientos lo mordisqueó, pero no le gustó el sabor. La carne de gato, sobre todo cuando está congelada, no es siquiera del gusto de un zorro. Los hombres vieron cómo Quinientos se alejaba con Jermakki entre los dientes hasta la falda de un pequeño montículo. Allí escarbó en la nieve un profundo agujero y enterró en él al gato de Naska. La ceremonia de enterramiento de Jermakki había sido finalmente animal y en armonía con la naturaleza, tal como éste merecía.

Por la noche los hombres encendieron una vela al icono, se santiguaron y se quedaron hasta la madrugada en silencio, velando su tristeza. La casa se había quedado sin ama y sin alma.

31

El destino quiso que a Oiva y al comandante no les quedase mucho tiempo para la tristeza. Al día siguiente del entierro les llegó desde el Bosque de los Zorros Ahorcados el graznido de aviso de un cuervo. Preocupados, los hombres aguzaron el oído. ¿Otra vez venía alguien a alterar la paz de la colina de Kuopsu?

¡Otra vez!

Del bosque surgió un hombre pequeñajo vestido con un anorak, que se acercaba a la serrería esquiando con ímpetu. Cuando estuvo más cerca, vieron que colgando del cuello llevaba una bolsa para mapas y una linterna sujeta al borde de su gorro de lana. Su rostro expresaba cansancio y ganas de venganza. De su cinto colgaban una funda de pistola y un puñal.

Oiva reconoció de lejos al viajero. ¡Era nada menos que Hemmo Siira, el perito mercantil y asesino reincidente!

Oiva le explicó atropelladamente a Remes de quién se trataba y cuál era probablemente el motivo de su viaje. Siira venía a exigirle su parte del fenomenal botín, por el cual había pagado con cinco años de dura prisión en cárceles suecas y noruegas. Se enfrentaba a un ajuste de cuentas, y lo más probable era que no viviese para contarlo.

El comandante estudió el aspecto del esquiador. La verdad es que como amenaza no parecía nada del otro mundo. Él era capaz de matarlo de un puñetazo. El viajero tenía una pistola, claro, además de una gran experiencia como asesino: Siira era capaz de asesinar a sangre fría a cualquiera y la tortura tampoco le resultaba desconocida.

Oiva corrió a la celda a encerrarse, pensando que allí estaría más seguro, y le dijo al comandante que se escondiese con él tras las rejas.

—Un soldado no retrocede nunca ante un ataque, —tronó el comandante, preparado para recibir al visitante—. Así que ésas tenemos…, conque a exigir oro, cuando aquí no se lo han dado a nadie más —murmuraba para sí. Por si acaso, se situó cerca del pozo para tener a su alcance la barra que usaban para romper el hielo y que estaba apoyada en la tapa. El tipo tendría que ser un granuja de marca mayor, si después de atornillarlo al suelo con ella todavía seguía exigiendo llevarse el oro en su mochila.

El encuentro en el patio fue muy rápido. Pistola en mano, el perito mercantil saludó al comandante Remes. Le preguntó dónde estaba el otro tipo, Juntunen, el estafador, porque tenía en su pistola varias balas reservadas para metérselas a aquel cerdo en la cabeza.

El comandante le rogó al visitante que entrase en la cabaña. Mejor pensar las cosas con tranquilidad tomando un café. Juntunen, casualmente, había salido a dar una vuelta rutinaria para comprobar unas trampas para zorros, pero volvería antes de que oscureciese.

Siira soltó un taco al ver el lujo con el que habían amueblado la cabaña.

—¡Me cago en Satanás! ¡Yo en el trullo y él viviendo aquí como un sultán, a costa del oro!

El comandante puso a hervir el agua para el café. Intentó quitar hierro al asunto:

—Hemos intentado amueblar un poco esta madriguera, pero ahorrando, claro. No se ha derrochado ni un céntimo en cosas superfluas. Siéntese, haga el favor.

El asesino se sentó desconfiado, pistola en mano y listo para disparar. Miraba de reojo al extraño comandante. Siira era un tipo decidido. Había hecho un largo y agotador viaje hasta aquel páramo helado, con sus últimos ahorros y una sola idea marcada a fuego en su mente: liquidar a Oiva Juntunen y robarle el oro. Si el comandante aquel intentaba impedirlo, su destino estaría sellado: tendría que liquidarlo a él también. Esquiar desde Pulju atravesando el monte de Iso Aihkiselká le había agotado y empeorado su mala leche. Los cinco años de inútil presidio pesaban de manera indescriptible sobre su corazón de asesino reincidente.

El agua empezó a hervir y el comandante fue a añadirle el café. Luego empezó a servir la mesa, puso uno de los últimos manteles que había lavado Naska y unas tazas limpias. En la alacena encontró tortitas y galletas de Navidad hechas por ella y por las chicas.

—Oye, no hace falta que me montes una fiesta —dijo secamente Siira.

—Bueno, es que casi nunca viene nadie por aquí. Después de un viaje tan largo esquiando, es necesario tomar algo caliente —contestó voluntarioso Remes.

Le pidió a su huésped que se sentase a la mesa. El comandante sirvió café en ambas tazas. Siira sostenía la pistola con una mano y en la otra tenía una tortita de Navidad.

—No están mal estas tortitas —admitió.

—Pues pruebe estas galletas, hay muchas —dijo el comandante ofreciéndoselas—. Sírvase a su gusto todo lo que desee. No nos andemos con ceremonias.

Siira dejó un instante la pistola sobre la mesa y cogió una de las galletas suecas con forma de cerdito que había hecho Cristine. Los ojos eran dos pasas. En el mismo momento en que la boca del asesino múltiple se abría para morder el cerdito, el comandante Remes le arreó un puñetazo en toda la cara que produjo un sonido sumamente desagradable. Siira voló de la mesa a la pared y cayó al suelo, donde quedó tumbado con la boca llena de sangre y migas de galleta. El comandante se guardó la pistola en el bolsillo, le quitó a Siira el puñal que llevaba al cinto y luego se echó al hombro al malparado hombrecillo, que hacía esfuerzos por respirar. Atravesó el patio con él a cuestas hasta el calabozo.

Hubo cambio de hombres. Arrojaron a Siira a una de las cuadras en espera de que despertase, cerraron la puerta a cal y canto y luego se fueron a la cabaña para discutir sobre la situación.

Con toda seguridad las putas se habían ido de la lengua sobre los habitantes de Kuopsu en cuanto llegaron a Estocolmo… Las historias habrían llegado a oídos de Hemmo Siira y por eso había conseguido llegar hasta allí para cobrar su parte del botín. A los refugiados la vida se les había vuelto a complicar.

Oiva sorbía el café de Siira y comía galletas. El comandante Remes era un tipo excelente, de verdad. El perito mercantil estaba en el calabozo tan seguro como los lingotes de oro en el fondo del pozo, así que él podía respirar con libertad, al menos mientras el asesino múltiple siguiese tirado en el pesebre.

Decidieron dejar correr el asunto por un tiempo y que como primera medida Siira se quedase unos cuantos días encerrado para que reconsiderase con calma sus exigencias. Tenía una experiencia más que sobrada sobre lo que era estar encarcelado. Un poco más de lo mismo nunca podría hacerle daño a un hombre tan incorregible como aquél, decidió Oiva.

El perito mercantil se puso cabezón. Exigía su parte del oro y sabía que eran varias decenas de kilos lo que había en el botín. El primer día las negociaciones no condujeron a nada. El comandante Remes empeoró la calidad de la comida para que Siira depusiera su actitud, sin resultados. Tras haber aguantado una semana en el inhóspito calabozo, Siira planteó por fin que estaba dispuesto a conformarse con veinte kilos de oro. Semejante exigencia era, en opinión de Oiva, una desfachatez. La verdad es que aún le quedaban treinta y tres kilos, pero algún límite tenía que haber…

Siira inició una huelga de hambre para acelerar las negociaciones. Eso podía dar resultado para mejorar las condiciones de vida de los prisioneros en las cárceles de Suecia, pero en Kuopsu el método no le ayudó. El resultado fue que dejaron de darle de comer y nadie se acercaba a enterarse de cómo avanzaba su protesta.

Pasados tres días de colérica huelga, Siira montó un escándalo espantoso en la cuadra, pidiendo agua y comida y cagándose en sus guardianes. Cuando le pusieron delante un plato de gachas frías y el tazón del gato lleno de agua turbia, se rindió y pidió negociar de nuevo.

Oiva le ofreció diez kilos de oro y el perito mercantil se lo pensó dos días. Por aquellas fechas la temperatura bajó oportunamente hasta cuarenta grados bajo cero, y como en la celda no había calefacción, Hemmo Siira decidió aceptar la oferta.

Una vez más, las puertas de la cárcel se abrieron para el asesino reincidente. Lo llevaron atado a la cabaña, le dieron de comer y de beber y le dejaron dormir caliente toda la noche. Remes volvió a meterse durante un par de horas en el calabozo, mientras Oiva Juntunen partía un pedazo de diez kilos de uno de los lingotes para el perito mercantil. Con aquello había de sobra para que el hombrecillo se asegurase la vejez. Calculado en marcos finlandeses, eran más de seiscientos mil.

Siira firmó un recibo. El comandante le advirtió que no valía la pena considerar siquiera la posibilidad de vengarse. Se las volvería a ver con él si no se conformaba con la cantidad de oro acordada. Siira juró que ya no abrigaba semejantes intenciones. Recordaba el puñetazo del comandante y su estancia en el establo de la serrería. ¡No había comparación entre Kuopsu y la prisión de Lángholmen! Frente a la primera, esta última era un hotel de lujo, y comparados con Remes, los guardianes suecos eran mayordomos. Claro que si algo había digno de alabar en el comandante eran sus maneras brutales: en Estocolmo no había muchos gorilas profesionales cuyo puño atinase con tanto ímpetu y fuerza como el suyo.

—Usted tendría unas posibilidades laborales estupendas en Estocolmo. En los círculos profesionales siempre hay una gran demanda de tipos con puños fuertes.

Siira se puso en marcha en cuanto estuvo restablecido del duro encierro. El comandante Remes le metió en la mochila víveres para dos días y sus diez kilos de oro. Luego se estrecharon la mano. En cuanto Siira se hubo alejado sobre sus esquíes hacia el Bosque de los Zorros Ahorcados, Oiva dijo agriamente:

—Un criminal empedernido, es todo lo que se puede decir de él. Acaba de llevarse diez kilos de oro por la cara.

Justo cuando los hombres regresaban a la cabaña, les llegó desde el Bosque de los Zorros Ahorcados un grito terrible. Era como el aullido de muerte de un tejón que estuviera siendo electrocutado, pero más intenso y prolongado.

Juntunen y Remes se lanzaron tras la pista de Siira, temiéndose lo peor. Las huellas llevaban hasta el bosque de las trampas y pronto

apareció ante sus ojos una visión espeluznante, pero por otra parte cómica: Siira, el perito mercantil, había caído en una de ellas. Las piernas del criminal se agitaban con los últimos estertores. Cuando llegaron nada se podía hacer ya para salvar al infeliz. Éste tenía en una mano el letrero en el cual se advertía a la gente de que aquello era una trampa, y de una de las comisuras de su boca colgaba aún una salchicha congelada a medio comer.

Descolgaron el cuerpo y lo colocaron sobre los esquíes. El comandante se puso a cuatro patas sobre el difunto e intentó hacerle la respiración artificial. Sopló en los pulmones del asesino con la fuerza de un compresor, pero no pudo hacerlo revivir. Se había partido el cuello, seguramente.

Volvieron cargados con él hasta el patio de la serrería. Como ya iba siendo costumbre, el comandante empezó a cepillar las maderas para otro ataúd. Esta vez le sirvieron unos tablones que arrancó de los establos. Oiva no consideró necesario hacer una corona para el entierro y dijo que a Siira le bastaba con que le enterrasen vestido con su propia ropa en un féretro tosco. Cerraron la tapa para siempre con clavos de cuatro pulgadas y llevaron el ataúd a pasar la noche al calabozo, tras las rejas. En cuanto empezó a clarear lo cargaron en el remolque de la motonieve y salieron hacia Juha-Vainaan Maa. Oiva iba a horcajadas sobre el féretro para evitar que se cayese a causa de la velocidad a la que iban.

Cavaron la tumba siguiendo la rutina habitual. A mediodía estaba lista: un hoyo de dos metros de profundidad a unos veinte metros al este de la tumba de Naska Mosnikoff, al otro lado del montículo de arena. Eligieron el lugar a propósito, para que los fluidos corporales de los difuntos no terminasen mezclándose cuando llegase la primavera. A los hombres no les parecía apropiado, pensando en Naska. No se podía consentir que los mismos gusanos se comieran por turno a la dulce abuela koltta y a un empedernido asesino múltiple.

Arrojaron en silencio el ataúd a las profundidades de la fosa. Éste hizo un buen escándalo al chocar contra el fondo. Los hombres se quitaron las gorras, pero ninguno de los dos consideró oportuno cantar nada. Llenaron la fosa y la cubrieron de nieve. La próxima ventisca taparía toda posible huella y en verano crecerían en el lugar nuevas plantas. La curiosa vida de Siira el asesino había tenido un final ejemplar. ¿Habría empezado ya su peregrinación hacia las calderas del infierno?

Los hombres ya no encontraban nada interesante que hacer en la cabaña de leñadores. La vida se había vuelto ciertamente insulsa. Las dos tumbas sin nombre de Juha-Vainaan Maa habían acabado con la alegría en la colina de Kuopsu. De madrugada llegaban desde el cementerio los aullidos de los lobos hambrientos. El viento soplaba a

través de las rejas de la cámara mortuoria y el cristal de la ventana se había roto con la helada. El generador se apagaba a veces sin una causa justificada. Cuando calentaban la sauna, les entraba el humo en los ojos. Tampoco contribuía a animar el ambiente un cuervo repugnante que sobrevolaba a veces la cabaña e intentaba acertar en el pozo con sus negras y hediondas heces.

Oiva Juntunen pensó que no había necesidad de quedarse languideciendo en aquel páramo inhóspito. ¿Qué les impedía marcharse de allí, volver al mundo libre?

Remes pensaba más o menos lo mismo. ¿Qué sentido tenía estar allí, sin nada que hacer y prisioneros del hielo? Empezaba a apetecerle irse a Rovaniemi, al Hotel Pohjanhovi. Podría llamar a Stickan a Estocolmo, etcétera, etcétera.

Oiva le pidió a Remes que se encerrase en la celda por última vez. Tenía que pasarse por el escondite del oro para coger el dinero del viaje.

Sacó del pozo un lingote entero y cogió de la mochila de Siira su parte del botín. Luego sacó al comandante del calabozo y le ofreció el oro del difunto.

—Tómalo, tú tienes familia. Quédatelo, te lo has ganado —le dijo Oiva alegremente.

Los hombres se abrazaron.

Remes calentó la sauna por última vez y se dieron juntos un infernal baño de despedida. Después cerraron para siempre la cabaña y cargaron sus equipajes en el remolque de la motonieve. Antes de que oscureciese estaban preparados para partir hacia Pulju y volver al mundo.

Quinientos, que de ser un cachorrillo había crecido hasta convertirse en un zorro adulto, estaba sentado delante de la leñera, observando los preparativos de marcha de los dos hombres. Movió la cola y les hizo una mueca astuta.

—Quisiera poder llevarme a Quinientos a Estocolmo, como si fuese un perro —dijo Oiva pensativo.

—Pues sí, pero creo recordar que según las normas del Banco Nacional no se pueden sacar los billetes de quinientos del país —le respondió Remes con un guiño.

Los hombres se montaron en la motonieve y arrancaron. Pronto se perdieron en la tarde que ya oscurecía, con la luz delantera marcando el camino a Pulju. Condujeron a través del Bosque de los Zorros Ahorcados en dirección a Juha-Vainaan Maa… Y finalmente el sonido de la moto se apagó. Nada se oía ya desde la cabaña de la colina de Kuopsu.

Quinientos levantó su hocico hacia el cielo y aulló un par de veces

melancólicamente. Entonces se marchó callado hacia Juha-Vainaan Maa. Tenía que pasarse por la tumba de Jermakki a echar una meada, tal y como hacía siempre a aquella hora del día.

32

¿Se hizo justicia acaso? ¿Hizo la caprichosa naturaleza otra vez de las suyas, o se ejecutó, por el contrario, alguna sentencia dictada por los hombres?

Al cabo de cierto tiempo Sutinen, el ex conductor de excavadoras, fue puesto en libertad. Desde entonces se dedicó a perpetrar pequeños robos mal planeados y a visitar Lángholmen de vez en cuando, hasta que echó su último y apestoso aliento en un ridículo ajuste de cuentas.

—Los bajos fondos tienen también sus épocas bajas —comentó secamente Oiva Juntunen, al saber del destino de Sutinen.

Agneta continuó con las drogas, hasta que éstas terminaron con ella. Se decía que pocas veces se había visto un cadáver tan hermoso. El médico forense que llevó a cabo la autopsia se enamoró al parecer de su paciente y trabajó en ella tres días con sus noches.

Cristine tuvo más suerte y consiguió convertirse en la querida de Stickan. De ese modo aseguró su posición en las capas más altas de los bajos fondos.

Piera Vittorm se mudó a la cabaña de la colina de Kuopsu. Continuó con su brillante carrera de furtivo, cazando urogallos y, de vez en cuando, matando algún reno de la vecindad para poder seguir costeándose la bebida. El estéreo sonaba en la cabaña noche y día a todo volumen.

Al poco de acabársele la excedencia, el comandante Remes se reincorporó a su unidad. Como el coronel Hanninen se había jubilado, Remes heredó la brigada y fue ascendido a teniente coronel. En la actualidad, el teniente coronel Remes y su esposa son miembros activos del mejor círculo social de la guarnición.

Remes interpreta de vez en cuando alguna pieza en su piano de cola blanco, y en las cangrejadas que celebra en verano, tiene por costumbre servir aguardiente de naranja en lugar de vodka. Esta costumbre es considerada como una muestra de su alto nivel cultural.

Un turista alemán fue detenido en la aduana de Turku, por llevar escondido bajo una manta en el maletero de su coche cierto icono, como de un metro de alto y al parecer de gran valor. El contrabandista dijo que lo había robado en Laponia, en una cabaña de leñadores

abandonada. El icono fue confiscado y entregado a la Iglesia ortodoxa de Finlandia. El la actualidad se exhibe en el Museo Ortodoxo de Kuopio. El Patriarca de Constantinopla ha exigido en varias ocasiones que el icono —una obra de arte única— le sea entregado, pero sin resultado alguno, por el momento.

Quinientos, el zorro medio domesticado y aficionado a las muecas, ha tenido ya diez descendientes. En dinero, eso representaría cinco mil marcos. Esto prueba de nuevo lo versátil que puede ser la productividad de los bosques, si se compara con la unilateralidad de las explotaciones forestales.

Poco después de la muerte de Sutinen, Oiva Juntunen se cansó de su vida burguesa, vendió su casa de Humlegárd y se marchó. No se sabe cuál es su paradero en la actualidad.

En el Bosque de los Zorros Ahorcados las trampas saltaron una tras otra, ya que los turistas alemanes parecían francamente interesados en las salchichas secas. Con el paso del tiempo se ahorcaron en total sesenta turistas. Los cepos dejaban a los difuntos sin labios. En el Bosque de los Zorros Ahorcados ahora se puede contemplar toda una tropa de esqueletos que, en los días de viento, se agitan fantasmagóricos y tintineantes colgando de sus sogas. Cuando la helada es fuerte, una capa de blanca escarcha los cubre. En contraste con las nieves del páramo, la visión resulta mágica y estremecedora. Quien los ha visto una vez, ya no puede liberarse de su embrujo, ni olvidar ya jamás la exótica, la dorada Laponia.

NOTAS

1 *Oiva*, nombre propio masculino que quiere decir «espléndido, magnífico», pero también «ingenioso, perspicaz». *Sulo* es también un nombre propio masculino y su significado hace referencia a «gracia, encanto, dulzura». (*N. de la T.*)

2 Nombre que reciben los same (lapones) de religión ortodoxa originarios de la zona de Petsamo y la península de Kola (pertenecientes a Rusia en la actualidad) que residen en tierra finlandesa. (*N. de la T.*)

3 Canción en prosa, originaria de Laponia. (*N. de la T.*)

4 Vivienda lapona hecha de turba, habitual en la costa del mar Ártico. (*N. de la T.*)

5 Cerro de Laponia que se encuentra en la frontera este de Finlandia. Es el lugar donde se dice que vive Papá Noel. (*N. de la T.*)

6 Héroe taciturno y solitario de la novela homónima de Juhani Aho, cuya esposa se deja seducir por el brillante parlamentario Shemeikka. (*N. de la T.*)

7 Literalmente «Tierra del Difunto Juha». (*N. de la T.*)